



SERIE
HERMANAS
EGEA
VOL.4

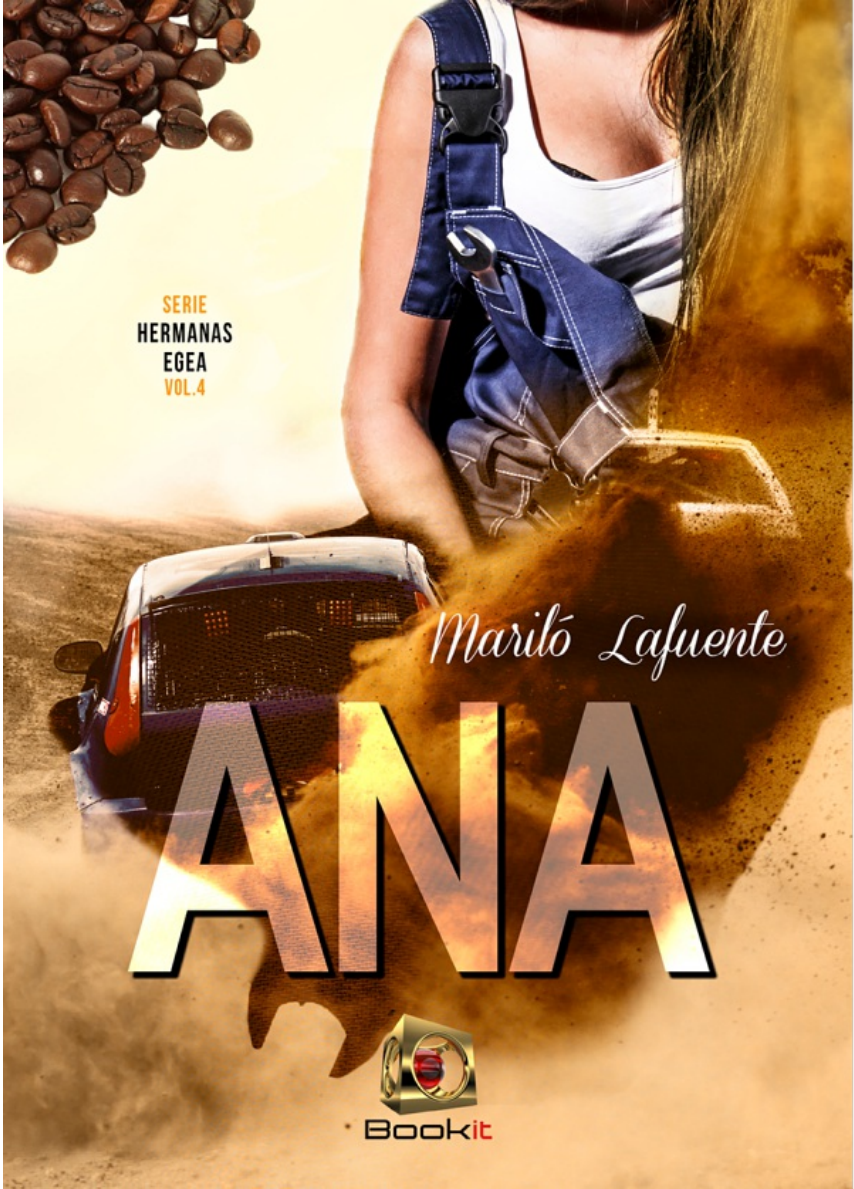


Maritó Lafuente

ANA



Bookit



SERIE
HERMANAS
EGEA
VOL. 4

Maritó Lafuente

ANA



Bookit

Ana

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de las autora

© Mariló Lafuente 2019

© Editorial LxL 2019

www.editoriallxl.com

04240, Almería (España)

Primera edición: marzo 2019

Composición: Editorial LxL

ISBN:978-84-17516-39-0

A mi hermana Esther, por la afinidad que nos une en las cosas más importantes de la vida. Eres mi mejor crítica y en la que más confío. Te quiero, Piti.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero agradecer a tod@s l@s lector@s de Las Hermanas Egea y en especial a l@s que, con sus comentarios y sin que ell@s ni lo lleguen a imaginar, me han dado la ilusión, en algunas ocasiones perdida.

También le doy las gracias a todas aquellas que, a pesar de que sus comentarios no han sido tan buenos, me han enseñado a corregir ciertos fallos.

A todas las personas que de alguna manera han contribuido a difundir esta serie, tanto por las redes como en persona. A L@s Autentic@s Devoralibros: M. José y Noelia, por hacerme un hueco en su evento y en sus mesas redondas. A Nuria Pazos por sus constantes palabras de ánimo. A l@s chic@s de Book's Wings por sus increíbles tertulias, tratándonos con tanto mimo que es imposible no querer volver. A Elisenda Fuentes, por ser siempre tan cariñosa conmigo. A todas mis compañeras por convertirse en mi consuelo en los momentos más chungos.

Pero mi mayor agradecimiento va para mis hermanas: Esther, Merche y Teresa, porque tengo la suerte de tenerlas en mi vida, de saber que siempre están allí, dispuestas a todo. Gracias por ser mis amigas, las mejores que nadie puede soñar. Por ser mis confidentes, sufrir a mi lado en los momentos más duros y alegrarse por mis triunfos más que yo misma. Os quiero, y Las Hermanas Egea es mi manera de agradecer todo lo que me aportáis en esta vida.

CAPÍTULO 1

Ana entró en el bar donde solía reunirse todo el grupo y caminó con gran estilo hasta la mesa en la que ya estaban esperándola. En cuanto la vieron, todos se pusieron a silbar como locos. Era la forma que tenían de recibirla. Desde que la conocieron, les asombró que una mujer tan guapa, tan bien vestida, moderna y esbelta se enfundara un enorme mono y pudiera arreglar cualquier máquina, por grande y sucia que fuera.

Era la pequeña de las hermanas Egea. Se graduó en Ingeniería Electrónica, Robótica y Mecatrónica, y fue allí donde conoció a Lucas. Este, a lo largo de toda la carrera, le contagió su afición por la mecánica de automóviles y motos. Para ella una máquina empezaba a no tener secretos.

Se acababa de comprar un coche viejo y estaba muy contenta e ilusionada. Quería hacer lo mismo que sus compañeros y, únicamente con su esfuerzo, convertirlo en uno perfecto para correr en circuitos. Ya no volvería a utilizar los de ellos para aprender mecánica o correr en cualquier pista cercana. De ahora en adelante tendría el suyo propio. Le había costado mucho convencer a sus padres, y no para que le dieran permiso, que ya era mayor para eso y no lo necesitaba, pero si quería su total complicidad.

Su amigo Lucas se reunía con un grupo de jóvenes pilotos todos los fines de semana. Su padre, ya jubilado, tenía un taller en el término municipal del Prat de Llobregat, en la zona industrial. Donde ahora se situaba una nave casi vacía, en otros tiempos había estado lleno de coches para reparar y seis empleados trabajando sin cesar. El local permaneció vacío hasta que todo el grupo de amigos lo ocuparon con sus viejos cacharros para tunear. Esto supuso una enorme alegría para aquel hombre que tanto echaba de menos la mecánica, tener esos coches allí le servía de entretenimiento. Cada uno ponía a punto su propio vehículo con la ayuda desinteresada de todos los demás. El padre de Lucas era el que más les ayudaba, no había avería que se le resistiera. Para todos era un héroe.

Y ahora Ana se había unido al grupo y esta vez para arreglar su propio coche. El próximo sábado empezaría.

—¡Ya os vale a todos! Esto no es el taller donde hacíamos las prácticas, es un bar y vosotros parecéis unos camioneros. Siempre estáis poniéndome en ridículo. ¿No os dais cuenta de que todos me miran?

—¿Y no será que te miran por la minifalda? —preguntó Martín.

Ana le sacó la lengua y se sentó al lado de Daniel, centrándose en hacer los planes para el próximo sábado.

—¿Llamo a una grúa para que lo lleve hasta allí? Creo que no llegará hasta el taller. Lo tengo en la fábrica, pero no sé si me responderá o se parará antes de llegar al Prat.

—Si no, llamamos a la grúa del taller de mi hermano.

—No quiero molestar, prefiero llamar a una que no tenga nada que ver contigo y que lo lleve hasta allí. Por cierto, ¿no molestaremos con tantos coches? —preguntó Ana.

—¡Qué dices! Mi padre estará emocionado. Desde que se jubiló, nuestros cacharros es lo único que le da vida —contestó Lucas.

—Por cierto, Ana, al final, ¿qué coche has comprado? —se impacientó Carlos, un apasionado de los coches y de los *rallies*.

—Un Volkswagen Golf 1800 G60 —dijo Ana, muy orgullosa de su adquisición.

—Cuatro cilindros, ocho válvulas —intervino Martín.

—No, tiene dieciséis válvulas.

—Entonces se trata de un Golf Limited con 207 CV. ¡Es una joya! ¿Cómo lo conseguiste si solo hicieron setenta y un coches? —exclamó Martín asombrado.

—Un amigo de mi padre, director de la Volkswagen, tenía uno en el pueblo, y en cuanto lo vi me enamoré de él. Me lo regaló con la condición de que lo ponga en funcionamiento y le prometí que correré con él.

—Veremos en qué condiciones está —quiso chincharla Lucas.

—Mañana sábado lo veremos, y os advierto: ¡no admitiré ni una crítica sobre mi coche!, lo voy a arreglar y correré con él —adelantó ella.

—¡Vale, vale!, nadie pensaba reírse. Yo estoy arreglando un Ford Fiesta —dijo Daniel—, y Carlos un Mini, así que no hay motivos para risas. Mañana nos encontramos a las once. Yo me voy ya, tengo que entrar a trabajar.

—Hasta mañana, Daniel, allí nos veremos —se despidió Lucas.

Cuando todos se fueron y Ana se quedó a solas con Lucas, entablaron una conversación diferente a la que habían mantenido mientras estaban con todo el grupo, mucho más personal. Su amigo seguía preocupado por su hermano y ella lo sabía.

Tres años antes, Hugo Roca, el famoso corredor de *rallies* y ganador de

numerosos premios en todo el mundo, sufrió un aparatoso accidente. Lo dejó al borde de la muerte y, al final, lo apartó para siempre del mundo de las carreras. Pero eso no era lo peor, desde que se recuperó, se había convertido en una persona arisca que explotaba con facilidad en cólera. Era un inconformista y no aceptaba su destino. Además, había olvidado cómo disculparse cuando no tenía razón. Cuando metía la pata, que era muy a menudo, en vez de pedir perdón se volvía distante, alejándose de todo y de todos.

—¿Cómo está tu hermano? ¿Se va calmando?

—¡Qué va! Yo lo quiero un montón, Ana, y tú lo sabes, pero es tan insoportable que evito acercarme a él.

—Pero os necesita, han sido dos golpes muy duros, el accidente y tener que dejar la competición. Además de eso, dos meses después su novia lo deja por otro piloto. Es normal que esté enfadado con el mundo.

—Ya lo sé, pero ni mis padres, ni Rosa, ni Raúl o yo tenemos la culpa. Nunca tiene una palabra amable para ninguno de nosotros, excepto para mi sobrino Xavi. Solo con él es como siempre. Ya estamos cansados del genio que gasta con nosotros y la forma tan déspota que tiene de tratarnos. Mi hermano y yo apenas le dirigimos la palabra ni le preguntamos nada. Cuando quiera ya se comunicará como hacen las personas normales, y no con gruñidos y malas contestaciones.

—Ya lo sé, pero tenéis que tener paciencia. Volverá a ser el mismo de antes, pero necesitará más tiempo. No te alejes de él, Lucas. A Lucía le pasó lo mismo cuando Manuel se fue y durante dos años cambió por completo, se volvió triste y melancólica. Claro que ella no estaba enfadada con nosotras. Cada persona actúa de diferente manera ante una decepción.

—Ya lo sé, pero han pasado ya tres años, y mientras estuvo en el hospital y la dura rehabilitación no nos separamos de él. Pero se ha encerrado de tal manera que trata a todo el mundo como si fuéramos enemigos. Cuando no se encierra en su casa, desaparece sin dar noticias. Y cuando viene a casa de visita, salta por cualquier cosa como un energúmeno.

—Dadle un poco más de tiempo y, sobre todo dile que cuando te necesite estarás a su lado. Después déjale su espacio. Ahora es lo único que puedes hacer.

—Lo haré, Ana, pero si tú lo hubieras conocido antes... Era tan alegre y bromista. Le gustaba estar con nosotros, en cambio, ahora nos huye.

—Por eso tienes que tener paciencia, porque el Hugo que está ahora no es real. Tú conociste al verdadero y está encerrado en algún lugar de su alma. Pero tarde o temprano su vida se normalizará, se conformará y aparecerá el verdadero.

—¡Ojalá sea verdad! Porque la paciencia se nos agota, sobre todo por el cansancio que veo en mis padres. A mí, si me toca mucho las narices, con mandarlo a la mierda todo arreglado. Pero mis padres sufren mucho y no se lo merecen. Gracias por dejar que me desahogue y sobre todo por escucharme. A la gente le cansa ya esta historia, pero nosotros seguimos muy preocupados.

—Siempre que lo necesites estaré aquí contigo. Y si no te pregunto, me cuentas tú. Soy tu amiga para lo bueno y lo malo.

Lucas la abrazó y juntos salieron del local. Se despidieron hasta el día siguiente y ella se fue caminando hasta su casa, que no estaba muy lejos. El tiempo a principios de junio en Barcelona era perfecto para pasear y estaba siendo una primavera muy propicia para disfrutar de la ciudad.

No pudo evitar, mientras caminaba, recordar por un momento al hermano de Lucas, el famoso corredor. No lo conocía personalmente y eso que había estado en su casa en muchas ocasiones, pero al no vivir con la familia nunca habían coincidido. Recordó el miedo de su amigo cuando su hermano permaneció tantos días en la UCI de un hospital de Francia. Después cuando despertó del coma, el traslado a Barcelona y la posterior rehabilitación. Y uno de los momentos más duros para toda la familia fue cuando los médicos le dijeron que no podría volver a correr. Lucas no tenía consuelo porque sabía lo que significaba para su hermano, y Ana, en aquel momento, se convirtió en su paño de lágrimas. Y para finalizar, el profundo cambio de su hermano, que tanto estaba afectando a toda la familia.

Cuando se produjo el accidente, Hugo ese año había ganado el Rally de Gran Bretaña, el de Finlandia, Córcega, Acrópolis, Cerdeña y Marruecos, y había hecho *pódium* en el resto de los premios. Estaba en lo más alto que un corredor podía estar. Y mientras disputaba el Rally de Montecarlo, con una carretera llena de nieve, al adelantar a un contrincante, este hizo un trombo chocando con fuerza con el coche de Hugo que se precipitó por un peligroso acantilado. Cuando pudieron acceder hasta él, el copiloto estaba ileso, pero Hugo se había llevado la peor parte del accidente. Con una pierna rota por varios sitios, una mano destrozada, dos costillas clavadas en los pulmones y la extirpación del bazo, entre otras lesiones, su cuerpo quedó como un cromo. Su

mano era lo peor y la causa de su prematura retirada.

Ana recordó esa sonrisa pícaro que tanto le gustaba, porque en secreto, la admiración que sentía por el corredor no se limitaba a sus méritos profesionales. Físicamente se sentía atraída por él, y no era para menos. Hugo y Lucas eran bastante parecidos, pero algo había en Hugo que la seducía. Podía que fuera la mirada insistente y profunda o ese gesto tan suyo, entrecerrando los ojos, lleno de picardía. O por el contrario eran aquellos labios carnosos, su barba de tres días, o el pelo largo y rubio que lucía. También podía ser aquel cuerpo que aparecía en los carteles publicitarios anunciando un tejano con el torso desnudo. No sabía si era algo de lo que acababa de pensar, o era todo el conjunto, pero la tenía totalmente embobada.

El sonido de su móvil, la famosa melodía de *In my life*, de The Beatles, la trajo al mundo real y dejó de fantasear con Hugo.

CAPÍTULO 2

Contestó a la llamada, era su amiga y compañera de piso, Olivia.

—Solo quería avisarte de que esta noche cenamos los tres. Javi está de bajón y ya sabes cómo se pone de dramático. ¿Tenías planes?

—No, los planes los tengo mañana por la mañana. ¿Qué ha sido esta vez?

—Lo de siempre, no soporta que Luis haga planes sin contar con él. Se ha enfadado y dice que no sale.

—Vale, hacemos una noche de chicas y esperaremos que se le pase pronto, si no, estamos perdidas.

—Yo lo compro todo y tú ruega a tu hermana para que nos prepare una bandeja de dulces, le daremos una alegría a Javi. Ya sabes lo que dice, que con dulce las penas son menos dolorosas.

—Vale, paso por el horno y veo lo que tiene Blanca. Llevaré también el vino.

Ana colgó y movió la cabeza sin poder evitar que una tierna sonrisa apareciera en sus labios. Y es que su amigo Javi siempre le producía una sensación de ternura. Sentía la necesidad de defenderlo de todo. Sabía que tanto ella como Olivia se preocupaban y lo protegían en exceso. Javi era arquitecto municipal y trabajaba en el ayuntamiento de su pueblo natal, Sant Feliu. Había ganado una oposición cuando terminó la carrera y desde entonces trabajaba allí. Era cariñoso, amable, generoso y capaz de hacer cualquier cosa por sus dos amigas, Olivia y Ana. Sin embargo, cuando estaba enamorado, se transformaba dejándose llevar por los instintos más básicos. Se convertía en un ser muy territorial, un hombre de Neandertal. Y eso era lo que le estaba sucediendo en estos momentos con su pareja, con Luis, porque Javi era gay.

Quizá fue por su condición sexual, por lo sensible que era que, desde el primer día de colegio, tanto Ana como Olivia se convirtieron en sus protectoras. Así siguieron a lo largo de toda su etapa de colegio y posterior época de instituto y no es que él hubiera tenido problemas con los demás alumnos. Claro que fue algo que nunca pudieron comprobar. Ana, a pesar de su dulce apariencia, se comportaba como toda una matona en cuanto veía que alguien lo increpaba por cualquier asunto. Y si Ana era así, ¡Olivia ni te cuento!

Siempre fue de esa manera y, desde muy pequeños, los tres se hicieron

inseparables. Por eso, a nadie le extrañó que, en cuanto terminaron sus estudios y se pusieron a trabajar, decidieran que, además de ser amigos, también se convertirían en compañeros de piso.

Desde ese primer momento habían tenido que sufrir todas y cada una de las crisis de Javi, que fueron muchas. Y últimamente sus constantes enfados con Luis, con él que llevaba dos años de relación, eran motivo de la mayoría de aquellos episodios. Javi era caprichoso y necesitaba tener la atención de su pareja en todo momento. Era un niño grande, y Luis muchas veces no lo soportaba y explotaba. Cuando se reconciliaban, durante un tiempo, Javi era como una balsa de aceite y la relación iba genial. Pero poco a poco y sin que ni él se diera cuenta, iba cambiando. Le exigía cada vez más dedicación hasta que tiraba tanto de la cuerda y forzaba tanto la convivencia, que al final llegaban ese punto de casi ruptura.

Lo único que los salvaba era que se querían con locura y tanto Ana como Olivia sabían que al final el amor ganaría la partida. No entendían el cambio de actitud que se producía en él, porque Javi era un chico serio y en su trabajo muy profesional y respetado. Pero en el amor era inseguro y siempre tenía el temor de que Luis lo dejara. Esas inseguridades les pasaban factura constantemente.

Luis lo adoraba, pero tenía que hacerle entender que no podía seguir así, dudando siempre de él, sospechando de todo él que se acercaba. Tenía que confiar como él lo hacía, y en eso estaban, en ese difícil aprendizaje de dejar espacio a la pareja sin pensar siempre lo peor.

Aunque no sabía muy bien qué había sucedido esta vez, sospechaba que los celos tenían mucha culpa. En cuanto Javi llegara a casa, les contaría todo con pelos y señales, como hacía siempre.

Olivia siempre estaba al tanto de todo lo que les sucedía a sus dos amigos. Ella trabajaba en casa y no se le escapaba nada, ninguno de los dos podía esconderle el más mínimo detalle de sus vidas. Era ilustradora de libros infantiles. Le mandaban los cuentos y ella daba imagen a los personajes de cada libro. Algunos de los dibujos pertenecían a famosos cuentos. Uno de sus personajes se había hecho muy famoso entre el público infantil, sobre todo en Barcelona. La famosa salamandra de colores que volvía a la vida para ayudar a algún niño triste. Lo que empezó como un cuento más, se había convertido en una colección y ya iban por el número dieciséis. Y una gran parte del éxito se lo debían al original diseño de sus personajes tan cercanos a los niños.

Olivia no tenía pareja, bueno, Lucas le llamaba la atención más de lo normal. Pero lo veía demasiado perfecto y no quería intimar ni con él ni con nadie, prefería evitarlo siempre que era posible. Ana hacía muchos esfuerzos para que se relacionaran, pero ella rehusaba con cualquier excusa.

Olivia llevaba un gran lastre en su vida. Era hija única y sus padres se habían separado cuando contaba con seis años. Desde entonces había vivido entre las continuas disputas de sus padres que la utilizaban para llevar a cabo sus venganzas personales. No creía en el amor, bueno, no creía en la pareja. Tampoco tenía la intención de comprobar si existía otro tipo de amor y convivencia diferente a la de sus padres, al menos por ahora. Tal y como estaba su vida era perfecta.

Una hora después de hablar con Olivia, Ana entraba en casa llevando todo lo que podía cargar: una enorme bandeja de pasteles que su hermana le había preparado, dos botellas de vino y alguna cosa más. Siempre que vas a un supermercado compras más cosas de la cuenta, aunque no te hagan falta.

Olivia salió en cuanto escuchó abrirse la puerta y le ayudó con las bolsas.

—Si que vienes cargada, solo tenías que traer algo de dulce y el vino.

—Como si no lo supiera, pero a ver quién entra a un supermercado y solo compra lo necesario. Tú, ya lo sé, pero yo soy incapaz. Por eso eres la encargada de hacer la compra. Bueno, ponme al día y dime qué le ha sucedido en esta ocasión a nuestro principito.

—Él no me ha dicho nada, ha sido Luis que me ha llamado. El pobre quería desahogarse, está hecho polvo y dice que no aguanta más, que nuestro Javi es tan celoso que le amarga la vida sin motivo.

—¿Y él que dice? —preguntó Ana.

—Todavía no ha venido, pero estará a punto de hacerlo. Luis me ha dicho que este fin de semana no lo pasaría con él, así que no tardará en llegar. Imagínate cómo vendrá, hecho una furia.

—¡Me lo imagino!

—Bueno, esperaremos a ver qué nos cuenta. Pero conociéndolo como lo conocemos, seguro que llega ofendido y poniendo a Luis de vuelta y media. Ya veremos que excusa pone esta vez para contarnos el sarao que le ha montado al pobre.

Y tal y como vaticinó Olivia, no tardó mucho en llegar y venía que echaba fuego por los ojos. Entró en la cocina y apenas las saludó, un escueto «Hola» sin mirarlas. Cogió una cerveza del frigorífico y se fue a su habitación a

cambiarse.

—No tardes mucho, la cena casi está preparada —avisó Olivia.

—¿Cenamos los tres juntos? —preguntó Javi.

—Sí, noche de chicas —contestó alegremente Ana.

—Dadme cinco minutos —añadió muy serio.

Entre las dos sacaron la cena y la colocaron en la mesa que había delante de la televisión. Los tres vivían en un piso enorme, propiedad de los padres de Olivia, situado en la Rambla de Poblenou. Estaban en el ático y podían disfrutar de las cómodas tumbonas y del *jacuzzi* durante todo el año, incluso en los meses de invierno. La terraza era el sitio perfecto para las confidencias, pero aquel no era el día más adecuado para preparar la cena allí. El tiempo durante todo el día había estado revuelto y en cualquier momento podría caerles una buena tormenta. Así que no quisieron arriesgarse, al menos para cenar, si luego querían tomarse una copa a la luz de la luna, saldrían.

Cuando empezaban a llenar las copas de vino, Javi entró recién duchado y con ropa cómoda. Se sentó y contempló aquella mesa con tanta opulencia, las miró y les preguntó:

—¿Qué estamos celebrando?

—¿Por qué tenemos que celebrar algo? Estamos los tres y vamos a cenar juntos, algo que hace días que no hacemos, ¿te parece bien? —preguntó Olivia, a la espera de su confesión.

—Yo no tengo mucha hambre —les dijo él, cogiendo la copa que Ana le ofrecía.

—Pues bebe, ya comemos nosotras. Además, Blanca nos manda unos pastelitos de los suyos que no hay quien se resista —anunció Ana.

—Bueno, para eso no hace falta hambre, entra como nada —declaró Javi, relamiéndose al pensar en las delicias que Blanca realizaba.

Los tres se quedaron en silencio, Ana y Olivia esperaban que Javi se decidiera y les contara qué había sucedido. Sabían que no tardaría mucho en hacerlo, así que esperaron pacientemente, saboreando una copa de vino acompañado de un delicioso plato de jamón y queso. Ellas comían fingiendo indiferencia, cuando la realidad era que, por el rabillo del ojo, no hacían más que vigilar cualquier reacción de su amigo. Por la forma de moverse en el sofá, totalmente inquieto, sabían que no tardaría mucho en empezar a contarles lo sucedido.

Solo tuvieron que esperar cinco minutos cuando Javi, sin más, les dijo:

—Luis y yo hemos tenido una fuerte riña. Creo que hemos terminado.

—¿Qué dices?! —exclamaron las dos arpías a dúo, mostrando un fingido desconocimiento propio de las mejores actrices del mundo.

—Anoche tuvimos una pelea y esta mañana me ha dicho que será mejor que nos demos un tiempo.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué habéis discutido? —preguntó Ana.

Javi pensó durante unos segundos cómo contarles lo sucedido, y sabía lo que le iban a decir sin equivocarse. Le había dado muchas vueltas durante todo el día y sabía que Luis tenía razón. No podía estar desconfiando siempre de todo lo que hacía. Pero por mucho que lo intentaba, no se daba cuenta hasta que ya la había cagado. Era consciente de que el fallo era siempre suyo, de que todas las discusiones que tenían eran por culpa de sus malditos e irracionales celos. Pero, por mucho que se esforzaba, era muy difícil mantenerlos a raya. En todo lo que tenía que ver con Luis era muy inseguro. No creía ser suficiente para él porque Luis era, además de guapo y de tener un cuerpo envidiable, simpático, agradable, inteligente y una bellísima persona. Lo tenía todo y eso era lo que más inseguridad le creaba. Y no es que él fuera un *Ecce Homo*. Era muy atractivo, pero tenía un carácter peculiar y un pronto al que era difícil de acostumbrarse. Y para poner la guinda en el pastel, era celoso y posesivo. ¡Vamos, una verdadera joya! Pero en su defensa hay que decir que tenía un corazón que no le cabía en el pecho, además de reconocer sus fallos. Tampoco le importaba pedir perdón las veces que fueran necesarias. Suspiró y se dispuso a contarles:

—Anoche Luis me dijo que tenía pensado ir de excursión al *Pedra Forca* dentro de dos domingos. Había hecho planes con sus amigos y me pidió que lo acompañara. Me dijo que no hacía falta que subiera al pico, que podía quedarme abajo con dos de sus amigas. —Suspiró y agachó la cabeza, avergonzado antes de seguir hablando—: Ya me conocéis, primero empecé a poner inconvenientes y al final exploté. Le eché en cara hasta el más pequeño detalle que pude recordar. Él no decía nada, solo me escuchaba y, entonces..., me vine arriba. Cuando me di cuenta, ya era tarde, había dicho cosas que no debí decir. ¡Es que la boca me pierde, ya lo sé!

Ellas sabían que habían tenido una fuerte discusión, pero hasta ahora no conocían el motivo de la monumental pelea. No era difícil de imaginar. Las dos lo miraban, pero se mantenían en silencio, seguían bebiendo y comiendo con fingida normalidad, hasta que Javi no pudo aguantar por más tiempo y

explotó.

—¿Vais a seguir calladas toda la noche? Sé que pensáis que soy lo peor, pero decidme algo, lo que sea.

—Es que ya no sabemos qué más decirte —comentó Olivia—. Siempre te pasa lo mismo, los malditos celos te pierden y se te calienta la boca. No tienes freno ni control.

—¿Qué tiene de malo que vaya de excursión con sus amigos? ¿Qué peligro ves? ¡Son sus amigos, los mismos que tenía antes de conocerte! ¿Qué trabas pone Luis para que quedes con nosotras? Que yo sepa ninguna. Él confía en ti, en cambio, tú ¿confías en él? —preguntó Ana.

—¡¡¡Ya lo sé, listas!!! Pero lo tendríais que ver en cualquier reunión. Todos lo quieren y lo admiran. Y sé que cualquier día me dejará.

—¡Claro que lo hará! Porque eres insoportable, posesivo, celoso y si pudieras lo tendrías siempre encerrado en casa y atado a la pata de la cama, ¿no es así? —contestó Ana.

—¿Y qué puedo hacer? ¡El miedo me puede! —exclamó con desesperación.

—Habla en serio con él y exponle tus miedos, tus dudas e inseguridades. Mientras no lo hagas, vuestra relación corre un serio peligro. Llámalo o, mejor, mándale un mensaje, no te cogerá el móvil si está tan enfadado como supongo. Dile que lo sientes y que tienes que hablar con él, que tienes un problema y no sabes cómo solucionarlo. Veremos cómo responde —le propuso Olivia, sabiendo de antemano que Luis lo escucharía.

Javi pensó en lo que sus buenas amigas le decían y sabía que tenían razón en todo, así que después de prometerles que esa misma noche le mandaría un mensaje, los tres atacaron sin piedad la enorme y succulenta bandeja que Blanca les había regalado.

CAPÍTULO 3

Cada fin de semana desde hacía un mes, Ana junto con Lucas, Daniel, Carlos y Martín se reunían en el taller. El viejo coche de Ana fue la envidia de sus compañeros, incluso el padre de Lucas se emocionaba con cada arreglo. Aunque ahora estaba con todo el motor fuera, cada pieza que colocaba o simplemente limpiaba y funcionaba, era todo un logro para nuestra mecánica.

Aquella tarde de sábado, una visita inesperada sorprendió a todo el grupo. Hugo, el hermano de Lucas y famoso corredor de *rallies*, se presentó en el taller ante el asombro y admiración de todos. Lucas, en cambio, lo miraba receloso. Últimamente no hablaban demasiado y, las veces que lo hacían, casi siempre acababan riñendo. Por eso la visita de Hugo sería una de las cosas más gratas si no fuera por el mal momento que pasaba su hermano desde hacía ya años. Su padre y él lo miraron con cautela, no sabían el motivo de aquella visita. Hugo se dio cuenta y, si le molestó su reacción, no se le notó. Se acercó a ellos mirando con mucha atención lo que estaban haciendo cada uno. Al final fue su padre el que habló:

—¿Cómo tú por aquí, Hugo?

—Tenía curiosidad por saber lo que estabais haciendo.

—Pues ya ves, tenemos todos los coches destripados por completo. Estos chicos se están empleando a fondo.

—Ya veo —dijo pasando entre todos los coches, desde el Ford Fiesta de Daniel, el Mini de Carlos y Martín o el Renault de Lucas.

Miró cada uno de aquellos coches de arriba abajo muy detenidamente, prestando atención a lo que estaban haciendo. Pero si por alguno de los automóviles que estaban reparando tuvo más curiosidad fue por el Golf. No veía a nadie alrededor, hasta que descubrió que por debajo del coche unas piernas asomaban por uno de los laterales.

Ajena a lo que sucedía en el taller, Ana seguía intentando sacar parte del tubo de escape que se resistía. Estaba tan concentrada en su tarea, que no se dio ni cuenta de que había alguien más entre ellos.

—¿Hay alguien desocupado? ¿Me puede traer quien sea una llave plana 12-13?

Hugo, que estaba cerca cogió de su caja lo que esa sensual voz, que salía por debajo del coche, le pedía. Y sin decir nada la puso sobre la mano

extendida que apenas asomaba.

La sorpresa para el chico fue mayúscula, nunca habría imaginado escuchar una voz tan sugerente para pedir una llave. No tenía nada que ver con las de algunas mujeres mecánicas que él conocía, muchas de ellas más roncadas que las de muchos hombres. Pero esta voz era diferente. Dulce, además de melodiosa, y sonaba como música en sus oídos.

Lucas, que vio el desconcierto en sus ojos, se acercó a él para hablarle de Ana, ya que no la conocía.

—Ella es Ana. Hemos estudiado cuatro años juntos y le he contagiado el gusanillo de la mecánica, porque de los coches ya lo traía ella. ¡Ana! —llamó levantando la voz para que ella lo escuchara. En cuanto esta se asomó por el lateral, Lucas prosiguió—: Quiero que conozcas a mi hermano en persona, porque por fotografías ya lo haces.

Salió con gran rapidez y muy nerviosa. Estar ante todo un campeón la hacía sentir muy pequeña. Se puso de pie con premura, limpiándose las manos en el enorme mono que llevaba puesto y, cuando fue a acercarse a Hugo para darle dos besos, este se echó hacia atrás, impidiendo así su saludo. Se quedó tan cortada ante aquel hombre tan estirado, que tuvo suerte de que su cara estuviera manchada de grasa y nadie pudiera ver cómo esta se tornaba escarlata. Carraspeo y, alejándose de él, dijo muy escuetamente:

—Hola. Encantada de conocerte después de todo lo que Lucas me ha hablado de ti. Y ahora, si me disculpas, voy a continuar.

Y dándose media vuelta, volvió a meterse debajo de su coche sin dirigirle a aquel imbécil ni una sola mirada, aunque solo fuera de reojo. Lucas se quedó un poco confundido con la forma de actuar de su amiga. Claro que este se había perdido el desplante del que ella había sido objeto.

Aunque por fuera Ana aparentaba una indiferencia total, su cabeza estaba repitiendo cada uno de los insultos que le dedicaba. Ya debajo del coche, enfadada como pocas veces había estado, mascullaba para sus adentros todo lo que le habría gustado decirle a la cara a aquel impresentable.

¡Menudo cretino! Podía haber puesto una excusa para que no se acercara, pero apartarse cuando lo iba a saludar... No tenía palabras. ¡Era un gilipollas! ¿De qué se extrañaba? Ya sabía por Lucas cómo era. Pero este se había quedado corto. Le daban ganas de gritarle y decirle «¡Ya no eres nada!». Fue admirado, pero si seguía con esa actitud, en poco tiempo lo aborrecerían. ¡Y eso que ella era amiga de su hermano! Si se le acercara uno en la calle, igual

le pega. Con lo que estaba disfrutando con sus amigos arreglando los coches y el muy imbécil le había estropeado lo que quedaba de tarde.

Movió la cabeza, intentando que la figura de Hugo saliera de su mente. No merecía la pena perder el tiempo ni enfadarse por un idiota. Ya sabía cómo era y que tenía a su familia amargada por aquella forma de actuar tan déspota.

Nadie se había dado cuenta del feo detalle que le había hecho y ella lo agradeció, no quería preocupar a su amigo por el comportamiento de su hermano. Bastante estaba sufriendo, como para que ahora tuviera una nueva preocupación. Pero cuando volvía a casa, conduciendo su León, no pudo evitar recordar cómo había aparecido Hugo ante ella, igual que un dios nórdico. Rubio, con el pelo largo, con unos ojos azules que la miraban intentando entrar en el rincón más recóndito de su alma. Estaba segura de que cinco minutos más frente a ella y todos sus secretos habrían sido desvelados, al menos esa fue su impresión. Llevaba unos tejanos y una camisa blanca que en ese cuerpo tan impresionante quedaban perfectos. Después sonrió pensando cómo habría quedado su immaculada ropa con su saludo, con ese mono que llevaba de todo tipo de manchas, grasa y polvo, entre otras.

Lo mejor era olvidar aquel incidente, quizá si hubiera sido al revés, y ella vistiera uno de sus monísimos modelos y le presentaran a un mecánico con un mono lleno de grasa, también habría reaccionado de la misma manera. Seguro que se habría apartado de él como lo había hecho Hugo.

Pero ese pequeño desplante provocó una desazón que debía calmar a toda costa, así que hizo una llamada.

—Hola, Raquel, ¿estáis en el local? —preguntó ansiosa.

—Sí, estamos de ensayo —contestó con dificultad ante el ruido reinante en aquel garito.

—¿Puedo pasar y tocar un poco? No os molestaré.

—Cuando quieras, ya lo sabes.

—En cinco minutos estoy allí.

La cara le cambió de repente y una enorme sonrisa apareció en sus labios. Otra de sus aficiones era la música y sobre todo la percusión. Tocaba la batería. Desde muy pequeña se interesó por la música comenzando sus clases de solfeo. Estudió piano y, cuando lo tuvo terminado, descubrió la percusión. Se enamoró de tal manera de aquel vibrante instrumento, que apartó su piano y se centró en la batería. Durante unos años, su tiempo libre lo dedicaba por completo a la música, incluso formaba parte de un grupo, Las Vespas, unas

locas que eligieron el nombre porque siempre se movían en Vespa. Finalmente, la mecánica entró en su vida de una manera muy apasionada y casi había desbancado a la música. Pero en momentos como aquellos en los que sufría un fuerte bajón, era lo único que la reconfortaba.

En cuanto llegó al local, todos los miembros del nuevo grupo, Las Lolas, la saludaron con gran efusividad. Esta vez eligieron el nombre porque dos de las cuatro componentes se llamaban Lola. No se complicaban mucho la vida.

La actual batería le cedió su asiento, y Ana, tomando las baquetas entre sus dedos, se marcó unas cuantas notas de calentamiento. Era maravilloso zambullirse en el enérgico sonido de los platos junto a los bombos y sentir cómo todo su cuerpo mimbrea con cada nota. Desapareció su tensión y se olvidó por completo del cretino de Hugo. Era un pijo al que le asustaba un poco de grasa, ya cambiaría de parecer respecto a ella.

Pero como pudo comprobar Ana en días sucesivos, aquel comportamiento no fue algo esporádico ni fruto de una situación imprevista, más bien parecía un comportamiento propio de alguien lleno de resentimiento, pero ¿hacia ella? Si no se conocían. Si no se habían visto nunca.

Pero así era.

Hugo, a partir de aquel momento, empezó a visitar el taller de su padre con más asiduidad. Era como si con el entusiasmo de todos esos jóvenes, él recobrara cada día un poco de la ilusión perdida. Al menos eso pensaban su padre y hermano. Lo veían contagiarse con las ganas de trabajar que tenía el grupo y reía al ver con qué satisfacción celebraban cada pequeño arreglo. Pero si había un motivo secreto que lo guiara hasta el taller de su padre cada fin de semana y que todo el mundo desconocía, era ver a Ana, aunque a los ojos de todo el mundo pareciera lo contrario.

CAPÍTULO 4

Lucas no tardó mucho tiempo en darse cuenta de que su hermano no hablaba nunca con Ana. La miraba cuando nadie lo observaba, pero nada más. Ni siquiera le brindaba su ayuda como hacía con todos. Nunca se acercaba para ver cómo progresaban los arreglos de su coche, únicamente la miraba trabajar, pero siempre manteniendo cierta distancia. Era como si temiera que aquella mujer pudiera contagiarle una grave enfermedad. Desde el día que los presentó, no habían vuelto a cruzar ni una sola palabra. La mayoría de las veces su saludo consistía en un ligero movimiento de cabeza. Por eso cuando su hermano lo estaba ayudando a desmontar el capó delantero, aprovechó la ocasión y le preguntó:

—Hugo, me he dado cuenta de que no le diriges ni una palabra a Ana, ¿hay algún problema con ella?

—No —dijo escuetamente.

Si su hermano no preguntaba, no pensaba decir nada más. Pero sabía que no iba a tener esa suerte.

—Te interesas por los coches de todos y por ayudarnos, excepto a ella. Por eso he pensado que tenías algún problema. Entonces, ¿qué pasa?

—No me siento cómodo con las mujeres en este campo y, no es porque dude de su capacidad para hacer lo mismo que yo, es que no me sale tratarlas como a un colega más.

—Pues sí que creo que tienes un problema. Nunca pensé que fueras tan machista, ¿no las crees capaces de ser buenas con los motores? Ana es un encanto de mujer y una excelente mecánica.

—¿Hace mucho que la conoces? —preguntó cambiando de tema. Le daba pereza explicarle que de esa manera se acercó Lidia a él, con la tontería de que se convertiría en su mecánica.

—Cinco años. Nos conocimos el primer día de clase y desde entonces nos hemos convertido en muy buenos amigos.

—¿No hay nada entre vosotros?

—Ni entre nosotros ni con ninguno del grupo. Su ilusión es correr en un *rally*, quiere saber qué se siente. Espera tener a punto el coche para hacerlo. Su sueño es correr un día en el de los Monegros.

La prueba de tierra se celebraba en la famosa comarca zaragozana, con un

clima semiárido y de gran riqueza biológica. La Baja España Aragón tenía lugar en mayo.

—¡Menuda loca! Se necesita mucha preparación para correr en un *rally*, no es cualquier cosa.

—Pero es muy cabezota y nadie le hará cambiar de parecer, ¿no la conoces!

—No, en eso tienes razón, no la conozco. —«¡Ni ganas!», añadió para sus adentros. Era amiga de Lucas y no quería ofenderlo.

—Pues tú te lo pierdes, porque es la mujer más encantadora que conozco.

—¿Y cómo no te la quedas? —saltó con cierto tono de burla.

—¡Qué iluso eres hermano! No somos nosotros los que elegimos, son ellas. Además, yo tengo echado el ojo a una preciosidad.

—Yo siempre soy el que elijo —dijo orgulloso y con cierta altivez.

—¡Claro! Por eso estás solo y amargado. —Rio Lucas ante aquella contestación llena de prepotencia.

Hugo no quiso replicarle a su hermano. Aunque era más joven que él, tenía razón y por ahora ninguna mujer lo había elegido. Y por lo visto él tenía muy mala vista para hacerlo. Lo poco que podía observar de Ana, aunque le fastidiaba reconocerlo, le gustaba. Era inteligente y cualquier explicación sobre mecánica, por muy complicada que fuera, la pillaba a la primera.

Se veía agradable y extrovertida cuando estaban de broma. Hugo muchas veces se quedaba en el pequeño despacho de su padre, sin que ellos supieran de su presencia. Aunque no podía verlos, escuchaba sus conversaciones y sus constantes bromas. En todo momento Ana se comportaba como si fuera una más. Claro que cuando él estaba por en medio, se encerraba en su trabajo. Solamente contestaba si le preguntaban, y muy escuetamente. Después, volvía a sumergirse en su coche.

Si en un principio nadie se había dado cuenta, tres meses después y trabajando cada sábado, todo el grupo era consciente de la frialdad que había entre ellos. No llegaba ni a eso, ya que la relación era inexistente, apenas intercambiaban un saludo.

Pero Hugo no dejaba de observarla constantemente y se había dado cuenta de que era muy minuciosa en su trabajo. Repasaba cada parte del coche cien veces si era necesario hasta conseguir que el arreglo quedara perfecto. Era muy tenaz, capaz de abstraerse de todo lo que la rodeaba y centrarse únicamente en la reparación hasta que lo lograba.

También se había dado cuenta, durante ese tiempo, de que evitaba cualquier tipo de confrontación o pelea inútil. Sin embargo, era clara y concisa en sus argumentos a la hora de defender sus ideas. No se andaba con rodeos y siempre iba directa al grano. No gastaba energías innecesarias en discusiones que no llevaban a ninguna parte. Únicamente se limitaba a exponer sus razonamientos y jamás intentaba convencer a nadie. Claro que a ella también era muy difícil de convencer.

La cabezonería era una de las características común en las cuatro hermanas, venía en sus genes de familia. Eso sí, no podía compararse con ellas, le ganaban por goleada.

Esa noche, Lucas y Ana iban a cenar juntos. A él le gustaba hablar y compartir sus preocupaciones con ella. Era la persona que mejor lo entendía, lo escuchaba y animaba. Y además era compañera de piso de Olivia. Ella era la mujer a la que le había echado el ojo, aunque era más que eso; se había metido en su corazón. Pero le estaba resultando muy difícil ganarse su confianza. Siempre sucedía lo mismo, pensaba que había dado un paso hacia adelante y en su siguiente encuentro daba dos hacia atrás. Muchas veces había estado a punto de tirar la toalla.

Ana le aconsejaba que tuviera paciencia, que Olivia tenía un lastre familiar muy grande que la había marcado desde que era una niña y que seguía haciéndolo. Se lo repetía muy a menudo, sobre todo cuando lo veía a punto de flaquear. Ana conocía a su amiga y sabía que lo único que le impedía abrirse a él con total libertad era el recuerdo que seguía teniendo de las vivencias de sus padres. Estaba segura de que, si seguía insistiendo, al final conseguiría traspasar las barreras que ella misma había levantado. Sobre todo, porque a Olivia, Lucas no le era indiferente. Pero tampoco iba a ser fácil conquistar ese corazón tan endurecido.

Quedaron en un restaurante muy cerca de su casa y, después, Olivia se pasaría para tomar una copa con ellos.

Lucas la esperaba en una mesa cuando la vio entrar acaparando todas las miradas del local. Era una calurosa noche de finales de septiembre y todavía hacía mucho calor. Ana estaba muy bronceada, ya que aprovechaba la playa hasta el último momento. Incluso en el invierno, cuando salía un día soleado, le gustaba pasar una mañana tumbada en la arena mientras leía o simplemente escuchaba música. Y esa era la causa por la que, durante todo el año, mantenía aquel color tan saludable. El mar y el sol la llenaban de energía.

En aquella ocasión, había elegido una sencilla falda negra que combinaba a la perfección con una llamativa camiseta. Bamboleaba su cuerpo al caminar, cruzando el local, con una gracia innata. Calzaba unas altísimas sandalias que hacían que sus piernas parecieran interminables. Sin prestar atención a las miradas llenas de admiración que se posaban sobre ella, llegó hasta la mesa que tenían reservada y donde Lucas ya estaba esperándola.

—¡Lo siento! Llego un poco tarde.

—No importa —respondió Lucas—. Acabo de llegar, todavía tengo mi cerveza intacta.

Se sentaron y enseguida el camarero les tomó nota de lo que tomarían para la cena.

—Bueno, tú dirás qué es lo que te preocupa.

—¿Por qué tiene que preocuparme algo?

—Porque te conozco y sé cuando algo te ronda por la cabeza.

—Es una tontería, y más que preocuparme, me molesta. Verás, no me hace gracia que mi hermano y mi mejor amiga se ignoren. Más que eso parece que sois incapaces de compartir un mismo espacio.

—¿Y quién te ha dicho eso, si se puede saber? —preguntaba buscando al camarero para que le trajera algo de beber y evitando así la insistente mirada de Lucas.

—No es algo que me haya dicho nadie, es algo que hemos visto todos y, aunque tú me lo niegues, y mi hermano también...

—¿Tú hermano ha hecho qué?

—Ha hecho lo mismo que tú, negar lo evidente, decirme que no tiene ningún problema contigo. Pero como no me lo creo y él no suelta prenda, quería saber qué sucede entre vosotros.

—Tú hermano tiene razón, no sucede nada, no ha habido ocasión para que haya ningún problema.

—Eso es lo que me preocupa, que no seáis capaces de dirigiros la palabra.

—Que nosotros seamos amigos, no quiere decir que yo tenga que tener afinidad con toda la gente que forma parte de tu vida. No pasa nada, no tengo que convivir con él, así que no te preocupes.

—No me preocupa, pero, como te he dicho antes, me fastidia y sobre todo porque no encuentro una razón.

—Por mi parte, al menos, no hay ninguna. Si tu hermano tiene alguna, ahí no puedo hacer nada.

—Ya sabes lo que sucedió, al accidente me refiero. Se que, a partir de aquel momento, dejo de fiarse de las mujeres, o lo que es peor, las metió a todas en el mismo saco. Ahora, para él todas sois unas aprovechadas movidas solamente por el interés.

—Pues yo no tengo ninguna intención en que cambie de opinión. La verdad es que siempre lo he admirado, y tú lo sabes, pero desde que lo conozco prefiero mantenerlo a distancia. Y por eso no pasa nada, así que relájate y no te preocupes más. Es algo que no me quita el sueño ni un poquito así —mintió Ana juntando sus dedos ante él y señalando apenas la punta del dedo.

Porque la manera en que la trataba, aunque no quería reconocerlo, sí que le dolía y más de lo que deseaba.

—Yo sí que lo siento y no solo por ti. Sé que, si mi hermano te conociera y supiera cómo eres, cambiaría de parecer. O por lo menos no pensaría que todas las mujeres sois unas arpías.

—Bueno, es algo que no depende de nosotros y ya te he dicho que no me quita el sueño. No quiero que te preocupes, lo que tenga que ser, será. Lo que tú quieras en esto no tiene ninguna importancia.

—¿Le has dicho a Olivia que se pase a tomar una copa con nosotros? ¿Crees que vendrá?

—Sí, hemos quedado en que se pasará. —Y mirando su reloj dijo—: En media hora la veremos entrar. Ya te dije que tuvieras mucha paciencia si quieres algo con ella. Tendrás que luchar contra todo el veneno que sus padres han metido en su corazón durante muchos años y lentamente. Le tendrás que demostrar que el amor no es lo que ha visto en su casa, sino que es algo que desconoce. Ella también se interesa por ti, pero tiene miedo a dar rienda suelta a sus sentimientos. No esperes que dé un paso, es muy reservada en ese terreno. Deberás hacerlo todo tú, al menos hasta que entienda lo que de verdad significa el amor, o tengas la paciencia para enseñárselo.

—Estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para conquistarla, aunque cuando está cerca, pase de mí.

—Esa es la forma que tiene de protegerse, pone una barrera de indiferencia, pero te aseguro que solo es fingida. Llevamos muchos años juntas y sé cuándo se interesa por alguien. Y te aseguro que por ti siente algo más que curiosidad.

No les dio tiempo a seguir la conversación, justo acabó de hablar Ana, cuando Olivia empujaba la puerta del local. Con sus dulces ojos, pero con

gesto rudo, echó una rápida mirada a todas las mesas. En cuanto los encontró, fue decidida hacia ellos. Lucas la miraba totalmente expectante y no era para menos, Olivia levantaba admiración. Su menudo, pero bien formado cuerpo, hacía despertar en él el más ardiente deseo. Soñaba con sus labios, con besarlos una y otra vez y descubrir su sabor deleitándose dentro de su boca.

Sus manos se movían nerviosas tamborileando sobre la mesa, ansiaban acariciar aquel cuerpo que, contoneándose, se acercaba a ellos. En los escasos metros que había desde la entrada hasta la mesa donde estaban, le dio tiempo de admirar todo su cuerpo e imaginar lo que el pequeño vestido escondía. Adivinaba unos pechos firmes. Paró en seco, tenía que poner freno a su mente como fuera, porque esos pensamientos lo estaban calentando demasiado. Cuando Olivia llegó hasta ellos, estaba totalmente excitado.

—Siéntate —le pidió Ana—, nos falta tomar el postre.

—¡Qué lentos sois! Hola, Lucas —saludó Olivia mirándolo con rapidez y sin prestarle mucha atención.

—Hola, Olivia —articuló a duras penas.

Los ardientes pensamientos y las tórridas imágenes que no podía sacar de su cabeza le impedían decir nada más. A pesar de la dulzura que expresaba su cara de ángel, sabía que era una mujer con carácter y que su apariencia engañaba. No era que le tuviera miedo, sino que temía asustarla y que se cerrara completamente a él. Como le decía Ana, debía dar pasos cortos pero muy seguros. Por eso, aunque se moría por lanzarse en picado para conquistarla, se mantenía expectante esperando una señal, por pequeña que esta fuera, para seguir adelante.

La conversación en un principio fue un poco forzada, y tanto Olivia como Lucas se dirigían solo a Ana. Pero unos minutos más tarde, el diálogo fluyó entre ellos con una naturalidad sorprendente. En las escasas ocasiones que habían coincidido sucedía lo mismo, la complicidad entre ellos se palpaba, pero acabada la velada no eran capaces de dar el siguiente paso. En cambio, en esa todo parecía diferente. Habían encontrado un tema de conversación que los estaba acercando sin que ellos se dieran cuenta. Los dos eran amantes de los videojuegos y además sentían, más que predilección, pasión por los mismos. Era algo que los unía y una fuente inagotable de conversación. Lucas se frotaba las manos, había encontrado el camino para llegar a Olivia.

En ese preciso momento, Ana, que los escuchaba sin interés, también vio la oportunidad para acercarlos.

—¿Por qué no vienes una noche a casa y hacéis una maratón? —propuso para darles un pequeño empujón.

—¡Pero si tanto tú como Javi me lo tenéis prohibido! —contestó ella, poniendo sus expresivos ojos azules como platos.

Olivia no podía creerse lo que su amiga le estaba proponiendo, precisamente porque Ana era la más estricta con esa regla.

—¡Bueno! Por una vez, y sin que sirva de precedente, no pasa nada —argumentó, aunque sabía que algún día se arrepentiría de lo que estaba haciendo. Todo fuera por ayudarles.

—¿Y podré jugar sin cascos?, ¿y en nuestro cómodo sofá?, ¿y en la televisión grande?, ¿y poniendo el volumen alto para no perdernos ninguna de las trepidantes escenas? —preguntaba Olivia sin llegar a creérselo.

—¡Por supuesto! Pero no hagáis una costumbre de esto —repitió Ana, siendo consciente de que había destapado la caja de Pandora—. Solo de vez en cuando, sin tomarlo como hábito —puntualizó.

Temía que Olivia iba a aprovecharse de aquella decisión y no tardó ni un segundo en darse cuenta de ello. Eso sí, si la relación entre ellos seguía adelante, eso de jugar se acabaría.

—¿Cuándo quieres venir, Lucas? —preguntó Olivia, por si acaso Ana se arrepentía. No pensaba desperdiciar la ocasión.

—Por mí, mañana mismo. ¿Qué te parece? Si tienes planes, tranquila, lo dejamos para otro día.

—¡Qué dices! ¿Y perder la oportunidad que me dan de jugar en el salón, sentada cómodamente y con los altavoces a tope? ¡Ni hablar! Mañana mismo.

Hicieron planes explicándole a Ana cada uno de los juegos. La pobre no se enteraba de nada. El favorito de Olivia era *The Last of Us*, uno de los juegos clásicos, humanos infectados que se convertían en zombis. En cambio, Lucas se decantaba por el famoso videojuego de *Assassin's Creed*, de ficción histórica. Los dos eran unos experimentados jugadores y los videojuegos, en esa ocasión, sería lo que los uniría.

La primera cita. No era convencional, pero como principio de algo estaba más que bien.

CAPÍTULO 5

El tiempo pasaba, el verano acabó y las fiestas de la Merced en la ciudad de Barcelona dieron la entrada al otoño. La ciudad se llenaba de música. El encuentro de Gigantes de toda Cataluña, cuyas enormes figuras paseaban por las calles, producía la admiración de grandes y pequeños. Los Castellers se alzaban queriendo tocar el cielo y buscando hacer casi lo imposible. Los fuegos pirotécnicos iluminaban el cielo en las cálidas noches de finales de septiembre.

El negocio familiar subía como la espuma y el trabajo de Blanca empezaba a dar sus frutos. La repostería de su hermana era muy apreciada, y la mayoría de los días, los frigoríficos de todos los locales se quedaban completamente vacíos.

Las ventas aumentaban y con ello el trabajo y la necesidad de más personal. También crecieron las reparaciones, así como la instalación de nueva maquinaria, por lo que el trabajo de Ana se disparó. Pero cada sábado por la mañana, religiosamente, acudía al taller de Lucas o, mejor dicho de su padre, y poco a poco, transformaba su Volkswagen Golf en el coche que le llevaría a participar un día en el Rally de los Monegros.

Todos los sábados, también religiosamente, Hugo acudía sin perderse ni uno. Nunca hablaban entre ellos, ni siquiera una pequeña conversación. Su relación era inexistente, se limitaba a un simple saludo cuando llegaba y un adiós cuando se marchaba. Ese era todo el contacto que tenían.

A pesar de esa frialdad, Hugo no faltaba ni un solo sábado. No le decía nada, pero no dejaba de observarla desde la distancia. Ana intuía aquellas miradas, porque cuando levantaba la vista de su coche, siempre se encontraba con aquellos misteriosos ojos azules que la miraban diciéndole infinidad de cosas, pero sin abrir la boca.

Al principio, pensó que aquel distanciamiento sería cuestión de días, y que al final hablaría con ella como lo hacía con el resto de sus amigos. Pero pasaban los días, las semanas y los meses y todo seguía igual. Ya no esperaba nada, se había acostumbrado a aquella indiferencia, aunque las miradas entre ellos dijeran cosas muy diferentes.

Ese sábado del mes de noviembre, como todos los demás, el grupo al completo trabajó en gran armonía entre bromas, risas y canciones. La mañana

estaba discurriendo con gran tranquilidad. Ana, mucho más suelta que cuando Hugo rondaba entre ellos, hacía reír a sus amigos con sus sueños. La peculiaridad de ese sábado era que Hugo no había hecho acto de presencia y ella estaba tan alegre como siempre y lo demostraba.

—Mi coche va a tener tanta potencia que estoy segura de que quedaré en un buen puesto. Os dejaré comiendo tierra detrás de mí —les decía a sus compañeros.

—Primero tienes que terminar el coche —le informó Carlos—. Eres como la lechera: has ganado la carrera antes de arreglar el coche.

Ana le sacó la lengua.

—Voy a terminar mucho antes que tú, listo —le replicó—. Por cierto, ¿alguno de vosotros se anima a ser mi copiloto?

—¿No sería mejor que empezaras siendo tú el copiloto? —preguntó Dani.

Ana lo miró atónita, dejó la llave inglesa que llevaba en la mano y se puso seria.

—¿No me ves capaz de conducirlo porque soy mujer? ¿Tú lo vas a hacer mejor que yo, patán? —preguntó ofendida por la duda.

—No te pongas a la defensiva —contestó Dani—, y lo digo muy en serio. Si fueras un hombre te diría lo mismo, no has corrido nunca y deberías familiarizarte con ese tipo de carreras. Es una forma de hacerlo yendo de copiloto al menos durante un tiempo.

—No te enfades, Ana, pero Dani tiene toda la razón —le dijo esta vez Lucas—, empezar a correr en un *rally* de primera no es lo más inteligente. No es cuestión de ser hombre o mujer, es cuestión de experiencia. Tampoco se lo recomendaría a Carlos y no es ninguna mujer.

Ana se quedó pensativa, tenían razón, carecía de la experiencia necesaria. Le dio vueltas y al final les contestó:

—Creo que hay otra opción, y es acudir a todas las pequeñas carreras que pueda correr para coger experiencia, ¿qué os parece?

—Tú misma, por lo menos así te darás cuenta tu sola —le dijo Dani de nuevo.

La mañana llegaba a su fin y Ana había dado por terminado su trabajo. Recogió todas las herramientas y las dejó en su lugar. Tapó con una fuerte lona su coche y se fue a los servicios a cambiarse.

No pasaría por casa, iría directamente a la de su madre. Se congregaba toda la familia porque su hermana Lola los había convocado para darles una

noticia. Nadie sabía nada, pero todos intuían que les iban a dar una fecha para la boda. Habían tardado años en reconocer su amor y ahora todo eran prisas.

Se lavó a conciencia y después se vistió, llevaba un minivestido de última tendencia, con unas botas de alto tacón por encima de las rodillas y una corta cazadora negra de cuero. Se dio un pequeño toque en los ojos y en los labios y, por último, se cepilló el pelo. Mientras se colocaba el bolso sobre su hombro, no pudo evitar una última mirada al espejo antes de abrir la puerta y salir.

Pero cuando lo hizo, su sorpresa fue mayúscula. Hugo estaba ante ella, hablando con los chicos, y al volverse y verla se quedó sin respiración. El que de verdad se llevó una mayor sorpresa, sin duda fue él.

La miraba de arriba abajo, una y otra vez, sin pestañear. Aunque adivinaba que dentro de aquel enorme y mugriento mono se escondía una preciosidad de mujer, jamás imaginó, ni en sus mejores suposiciones, que llegara a esos extremos. Le pareció la más hermosa y sensual que jamás había visto.

Los silbidos de sus amigos no se hicieron esperar y, aunque estaba más que acostumbrada, esta vez no pudo evitar que su rostro se volviera de un fuerte color grana.

—¡¡¡Cada día te superas, Ana!!! —gritó Daniel.

—¡¡Esta es nuestra chica!! —coreó Martín.

—Ya vale, chicos —les dijo Lucas—. Dejadla tranquila, no seáis pesados.

Volviéndose hacia sus amigos intentó hacerlos callar, viendo que ella no respondía como siempre hacía, intuyendo que el motivo de aquella incomodidad era su hermano. Pero como si hubiera leído la mente de su amigo, Ana reaccionó. No quería que Hugo se pensara que era una tímida damisela, debía reaccionar como siempre hacía, con bromas.

—No, déjalos que este modelito es nuevo. ¿Os gusta? Lo estreno hoy, tengo una celebración importante en casa y la ocasión no es para menos.

—Guapa es poco, Ana, estás arrebatadora, ¿verdad, Hugo? —dijo entre risas Carlos.

Hugo no dijo nada, pero no apartaba los ojos de ella, no podía seguir con lo que estaba haciendo, porque aquella mujer lo había dejado sin aliento y sin palabras. Jamás volvería a verla de otra manera, por muchos monos que se pusiera encima. Para él esa imagen, la de Ana con ese minivestido y esas botas, se grabaría para siempre en su retina.

—¡Lo que pagaría por ver el día que salga con un tío y se le pare el coche!
—decía entre risas Carlos.

—Tú siempre imaginando situaciones —añadió Ana.

—Y para colmo —esta vez era Dani quien seguía imaginando la situación — que el tío no tenga ni idea de motores.

—Y sale nuestra SúperAna con uno de estos modelitos —dijo Martín señalándola con la mano—, levanta el capó y se pone a arreglarlo. Sería todo un espectáculo. ¿Os lo imagináis?

—Yo quiero estar presente —corearon Dani y Carlos entre risas.

—No hay nada más sexy que una mujer en minifalda y tacones arreglando un coche —dijo esta vez Martín.

Todos coreaban risas y silbidos. Hasta el padre de Lucas y Hugo reía con ganas ante las ocurrencias de los chicos. Ana les hacía burla sacándoles la lengua, pero en el fondo se divertía mientras se dirigía a su coche. Se montó en el asiento del conductor y sin dejar de reír, les dijo adiós con la mano.

Salió deprisa, casi derrapando, y el grupo al completo miraban cómo lo hacía sin dejar de reír. No todos la observaban de la misma manera, para Hugo, más que con diversión, la miraba con deseo.

Se incorporó a la autovía de Castelldefells, iba con el tiempo justo para llegar a casa de sus padres, pero al entrar en la Ronda Litoral, esta venía bastante cargada y tuvo que ir más despacio, llegando tarde a la cita.

La estaban esperando para empezar a comer y, después de tomar asiento, miró detenidamente a todos los comensales que llenaban la mesa. Se encontraban sus tres hermanas y sus parejas, y Adrián, como siempre, en medio de sus abuelos. Lía dormía plácidamente en su carrito a pesar del barullo, la pequeña apenas tenía tres meses.

También acudían a la comida Isabel y Pedro, aunque eso no era nada extraño. Desde hace muchos años eran asiduos en cualquier celebración de la familia Egea. Más que amigos eran familia. Y para finalizar, terminó el recuento con Julia y su novio Samuel. Enseguida se dio cuenta de que era la única que no tenía pareja y, sin querer, le vino a la memoria Hugo. No supo por qué asoció ese hombre a su falta de pareja, pero su inconsciente parecía no atender a ningún patrón.

Se centró en la conversación y se esforzó por alejar la imagen de aquel rubio de ojos azules, alto y fuerte, que se colaba con demasiada facilidad en sus pensamientos, imaginando situaciones que jamás llegarían a ser reales.

Cuando llegó la hora del postre, tal y como imaginaban todos, Lola y Mario se pusieron de pie y cogidos de la mano, como dos adolescentes,

mirándose como si nadie más que ellos dos estuvieran en el mundo, pidieron silencio. Todos los miraron esperando sus palabras. Y fue Mario el que empezó:

—Bueno, creo que ya sabéis lo que os vamos a anunciar. Habéis acertado, os queremos contar que ¡nos casamos!

Ninguno de los que ocupaban la mesa se quedó en su sitio. Se levantaron de sus sillas y corrieron a felicitar a los novios. Todo eran besos, abrazos, enhorabuenas y, solo cuando se calmaron, vinieron las preguntas.

—¿Para cuándo? —preguntó Julia.

Los dos se miraron y sonrieron sabiendo de antemano que se formaría otra algarabía en cuanto les dijeran la fecha.

—El mes que viene, el veintisiete de diciembre.

Como era de esperar, el gran salón se llenó de gritos, unos de alegría y otros de protesta. En ese momento, Mario les dijo algo que los hizo callar a todos.

—Vamos a hacerlo pronto, porque, ante todo, nos apetece. Pero hay otro motivo.

Mario atrajo a Lola a su costado y la animó para que les diera la noticia. Esta con la sonrisa de felicidad en su boca, les dio la sorpresa más increíble. Ninguno de los allí congregados esperaba escuchar algo así.

—¡Estoy embarazada!

Todos enmudecieron, aunque solo fueron unos segundos porque enseguida se volcaron de nuevo sobre la feliz pareja. Parecía imposible que estuviera sucediendo algo así. Unos meses atrás, eran tan solo amigos, al menos eso creía Mario. En cambio, ahora, al observarlos, podías distinguir el amor que se profesaban solo con ver las miradas llenas de complicidad que intercambiaban entre ellos.

Después contestaron a todas las preguntas. Lola estaba embarazada de tan solo dos meses. Se casaban después del día de la Navidad y querían pasar Fin de Año en Escocia.

Todo era felicidad y, en esos momentos, Ana echó de menos tener una pareja a la que abrazarse para celebrar una noticia tan importante para la familia como la que acababa de dar su hermana Lola.

El único hombre que deseaba tener a su lado era precisamente aquel que no le hacía ningún caso, aquel que la ignoraba y ni siquiera quería cruzar una palabra con ella. Pero su corazón iba por libre y no atendía a todas las señales

que aquel prepotente rubio le mandaba. Seguía anhelando su compañía y reírse a su lado con complicidad, haciéndose mil confianzas. Quería tener lo mismo que tenían sus hermanas.

Suspiró porque era un imposible. No debía hacerse ilusiones y pensar constantemente en él. Esa no era la mejor forma para arrancarlo de su mente. Así que apartó aquellos sueños para concentrarse en la fiesta familiar.

Las cuatro hermanas se encontraron solas en la cocina mientras recogían con la protesta de su madre e Isabel. Era la excusa perfecta para los cotilleos entre hermanas.

—Blanca, tendrás que poner un poco más de interés, que la tercera hermana te ha pasado —apremió Lucía.

—No te preocupes que no voy a ofenderme, todavía no es mi momento —respondió Blanca sonriendo. Y no sería por la insistencia de Pablo, pero necesitaba más tiempo, hacía muy poco que la repostería entraba en el negocio y quería que estuviera más consolidado.

—Ana, ¿cómo vas con el chaval que conociste? —preguntó Lola.

—Igual que siempre, no cambia su actitud hacía mí, me ignora, como si no estuviera. Ya me da igual. —Suspiró.

—¡No te lo crees ni tú que te da igual! Ese suspiro te delata —dijo Lucía, siempre observadora.

—Vale, no me da igual pero no puedo hacer nada, así que me tiene que dar igual. —Viendo las caras de preocupación de sus hermanas, enseguida les dijo —: Eh, que apenas lo conozco, no os montéis películas. Lo admiraba, eso es todo, simplemente se me ha caído un mito.

—¿Lo conocemos? —preguntó Lucía.

Les iba a decir de quien se trataba, pero al final lo pensó mejor y lo mantuvo en secreto, ya habría tiempo para confesarlo.

—No creo, pero nunca se sabe —mintió. Sus hermanas la miraban indulgentes ante sus palabras, pero sin llegar a creerla. Esa cara llena de tristeza no era por la caída de un mito sino por algo más serio—. Lola —dijo intentando trasladar la atención de sus hermanas hacia otro tema. No soportaba que le tuvieran lástima—, ¿por qué no nos habías dicho que estabas embarazada? Lo tienes que saber desde hace muchos días, al menos tres semanas.

—Pues veréis. Yo quería decíroslo a vosotras y también a mis amigas, entre ellas Julia. Entonces Mario me convenció para hacerlo cuando

estuvierais todos juntos. El fin de semana pasado no pudo ser porque Mario trabajó. Y no lo he sabido hace mucho, lista, ya sabéis que mis reglas son muy irregulares —les contó Lola.

—¿Y cómo te diste cuenta? ¿Por los vómitos matutinos? —preguntó Lucía —. Yo no podía parar de vomitar hasta bien entrada la mañana.

—Lo recordamos todas, los sufrimos a tu lado, así que no nos lo cuentes otra vez, por favor —mencionó Blanca.

—No tengo vómitos —anunció Lola

—Igual es pronto. Se pasa tan mal... —insistió Lucía.

—No voy a tener vómitos y tú tampoco los tuviste con Adrián, solo con Lía. No seas tan pesada, que ya tengo doctora y no eres tú, sabelotodo.

No pudieron evitar reírse las cuatro. Lucía siempre encontraba remedio para todo. En cuanto alguna de ellas tenía una pequeña molestia, a ella solo le faltaba extender la receta.

CAPÍTULO 6

A partir de entonces, Hugo no pudo evitar que la atracción que sentía por Ana fuera en aumento. Le daba igual verla con el mono lleno de grasa o cuando se cambiaba y se ponía una de esas ropas tan insinuantes y sugerentes que lucía. Su cuerpo siempre reaccionaba ante ella. Porque desde aquella primera vez que la vio salir del vestuario, jamás se marchaba antes. Ansiaba verla con esas minifaldas o esos ajustados pantalones que dejaban muy poco a la imaginación. La deseaba como jamás había deseado a nadie, ni siquiera hacia su novia Lidia había ansiado tanto verla. Quizá porque desde el primer momento que la conoció la tuvo en su cama. Ana tenía algo que lo volvía loco y, cada día que pasaba, le resultaba más difícil mantenerse alejado de ella. Sabía que no le quedaba mucho tiempo antes de sucumbir y caer postrado a sus pies. Aunque había algo que lo retenía a dar cualquier paso y era el temor a un rechazo, sobre todo por la forma en la que durante esos meses se había comportado con ella. Por ahora se conformaba con observarla y desearla en silencio y a distancia.

Había sido un perfecto cretino al propiciar una distancia desde el principio y no tratarla como al resto del grupo. Era algo que, aunque quisiera, ya no podía evitar. Debería haber hecho caso a su hermano en todo lo que le decía de ella. No la conocía, pero por lo que veía cada día parecía una buena chica, trabajadora, atenta, espabilada y, además, le gustaba sacarse las castañas del fuego. Nunca abusaba de su condición femenina y arrimaba el hombro como todos. Jamás se escaqueaba cuando había que hacer un trabajo duro y, a la hora de ayudar, era la primera que dejaba lo suyo para acudir en ayuda de un compañero. El compañerismo era, precisamente, una cualidad que Hugo admiraba mucho.

Por su parte, Ana desde el primer momento se sintió atraída por aquel hombre tan creído, desconsiderado y maleducado. Y aunque cada día se esforzaba para evitarlo, no podía conseguirlo. La química entre ellos era muy fuerte y crecía sin cesar. Las miradas que intercambiaban eran abrasadoras. Además, no podía hacerlo porque hiciera lo que hiciera y se colocara donde se colocara, los ojos de Hugo los sentía siempre sobre ella. En cuanto levantaba la vista, siempre se los encontraba expectantes, ansiosos y diciéndole cosas que su boca callaba. Pero, al volver a su trabajo,

recapacitaba y llegaba a la conclusión de que no podía ser, que entendía mal las señales, que lo que ella suponía que era deseo, perfectamente podía ser resentimiento. Claro que justo a continuación se preguntaba ¿de qué? ¿Qué motivos podía tener Hugo para albergar ese sentimiento contra ella? No se aclaraba.

Cuanto más días pasaban, más confundida estaba, no entendía aquella extraña forma de actuar, cuando todo podía ser muy sencillo. Pero la frialdad de Hugo la atemorizaba. Era como un témpano de los que aparecían en el tejado de la casa de sus abuelos en los largos y fríos inviernos de Camprodon. Eran peligrosos y en cualquier momento podía caer y herir al que estaba cerca. Lo mejor en aquellos casos era alejarse para no resultar dañada. Lo mismo sucedía con Hugo.

Aquella misma mañana, después de cambiarse, Ana se dirigía a su coche mientras se despedía de todos sus compañeros. Se disponía a meter la llave del contacto, cuando Lucas se acercó hasta ella tocando levemente la ventanilla. La bajó, dispuesta a escuchar alguna confidencia de las que le solía hacer sobre su amiga Olivia, pero no fue así.

—Ana, te voy a pedir un favor, ¿puedes llevar a mi hermano hasta una nave en Hospitalet? Es que lo iba a llevar yo, pero me acaba de llamar Olivia para quedar y no podía negarme. Hazme ese favor y te prometo que te lo devolveré con creces.

—¿Estás seguro de que va a querer venir conmigo? Mira que tu hermano piensa que soy poco menos que el anticristo, jamás se acerca a mí. Dudo que quiera estar tan cerca, pero por mí no hay problema.

—Seguro que querrá ir. Lo único que tiene es fachada y miedo, te lo he dicho muchas veces.

—Vale, yo lo espero, si no quiere venir conmigo, me haces una señal y me voy, sin ningún problema. No quiero que esté incómodo, cuando lo puede llevar cualquiera de ellos —dijo señalando al resto del grupo—. Todos estarían encantados.

—Ellos no se marchan todavía, mi padre le va a colocar el motor al coche de Daniel y necesita varias manos. Yo no puedo quedarme, salgo pitando y los demás han dicho que lo ayudan.

—¡Vale, vale! Yo no tengo problema. Espero que él tampoco.

Lucas corrió hacia el interior sin perder tiempo. Ana se alegró mucho por sus amigos, y aunque iban despacio, sabía que Olivia estaba enamorada de

Lucas, al final se lo había confesado. El tacto con el que él estaba llevando la situación, hacía que su amiga cada vez estuviera más enamorada.

Seguía pensando en ellos, cuando la puerta del copiloto se abrió y Hugo asomó la cabeza. Era casi la primera vez que le dedicaba algo más que un saludo o una despedida.

—¿De verdad que no te importa llevarme? Si te alejo mucho de tu camino, puedo llamar a un taxi.

—Seguro, no me importa. Voy a casa y me da igual tomar la Ronda Litoral que seguir por la Gran Vía. —Hugo entró y se sentó a su lado. A pesar de que el coche era espacioso, se quedaba pequeño con su presencia. Nerviosa, accionó la llave y metió primera para salir del recinto. Se incorporó en la Autovía de Castelldefells, dirección Barcelona, y enseguida le dijo—: Tú me guías.

—Tienes que girar como si fueras a entrar en el Gran Vía 2, centro comercial, y seguir recto. Cuando estemos llegando te indicaré en qué calle debes girar hacia la derecha.

—Perfecto —dijo solamente.

Y puso en marcha la música. Sería incómodo hacer el trayecto en silencio. Así que enseguida salió la canción que estaba escuchando de The White Buffalo. Ella era menos marchosa que sus hermanas y entre sus cantantes favoritos escuchaba a Lana del Rey, Birdy o Billy Valentine, entre otros.

—Me gusta este cantautor, lo descubrí hace poco viendo una serie —le explicó.

—Creo que estamos viendo la misma serie, Sons of Anarchy —apuntó Hugo, volviéndose hacia ella, en cuanto reconoció una canción.

—Sí, la hemos terminado de ver hace un par de semanas. La vi con tu hermano y mi amiga Olivia. Los domingos por la tarde hacíamos maratón y hubo un día que llegamos a ver ocho capítulos. La última temporada la vimos subtitulada, no teníamos paciencia para esperar. ¿Tú también la has visto? —preguntó.

—Sí, yo la veía cada noche cuando llegaba a casa. A veces me tentaba para ver más de dos capítulos, pero tenía otras cosas que hacer. Reconozco que la tentación era muy grande.

El silencio volvió a llenar el coche y la música del cantautor de Oregón, con sus melódicas canciones, reemplazaba aquel silencio. Ninguno de los dos hablaba y fue Hugo el que finalmente decidió a poner punto final a un

comportamiento tan incomprensible.

—Ana, yo... Me gustaría disculparme. Desde el primer momento me he comportado contigo como un cafre y sin ningún motivo. Siento haberte hecho el vacío y tengo que reconocer que no esperaba que hoy me hicieras el favor de traerme hasta aquí, esperaba que me mandarás a la porra, como mínimo. Pero has demostrado ser mejor que yo. Disculpa mi comportamiento.

—No tienes que disculparte, no tiene ninguna importancia, de verdad. Las personas cuando se ven, no siempre se caen bien. Eso pasa continuamente, así que tranquilo.

—No es eso, no te he dado jamás la oportunidad para comprobarlo, simplemente actué de esa forma tan irracional. Al menos no intentes disculparme, me hace sentir mucho peor.

—Vale, vamos a olvidarlo. Borrón y cuenta nueva.

—Sigue esta calle recta —le indicó Hugo en cuanto Ana abandonó la Gran Vía, girando a la derecha—. Y en la segunda travesía, vuelve a girar a la derecha. Al llegar a la tercera nave, paras delante.

Cuando llegaron delante de la enorme nave que Hugo tenía en aquella zona industrial, paró el coche justo en la puerta, como bien le había indicado, y esperó a que saliera. Este lo hizo, pero antes de cerrar la puerta y despedirse, le dijo:

—¿Quieres entrar? Tengo una reliquia que puede ser que te guste verla.

—¿Sí?, ¿qué es?

—Entra y lo verás.

No pudo resistirse, cualquier vehículo con motor le entusiasmaba, así que entró al local detrás de Hugo. Este la llevó directamente hasta donde tenía colocada una de sus últimas adquisiciones. Quería llevársela a su casa, pero necesitaba hacerle un par de retoques y por eso la tenía en su taller. Eso sí, no dejaba que nadie la tocara excepto sus dos mejores amigos: Josep, mecánico de primera, y Marc, piloto de *rallies*, como él, y todavía en activo.

Cuando Ana se acercó a la inmensa moto que lucía señorial ante ellos, los ojos se le abrieron como platos y una amplia sonrisa de satisfacción ante lo que contemplaba iluminó su cara. Se tapó la boca con ambas manos, mientras daba saltos de alegría.

—¡Dios mío, jamás pensé que llegaría a ver algo así! ¿Puedo tocarla?

Hugo asintió con la cabeza afirmativamente y, Ana, sin atreverse casi a acercarse, alargó la mano y la colocó sobre el depósito.

—¡Es una Harley-Davidson Knucklehead! —gritó impactada por la sorpresa de tener ante ella una joya como esa.

—¿¡La conoces!?! —preguntó él, sorprendido porque una preciosidad como ella conociera una máquina como la que estaba ante ellos.

—Es la madre de las modernas Harley. Después de la guerra mundial se creó la más veloz en sus tiempos con casi 1000cc, pero mucho más ligera.

—Pensaba darte una clase teórica de motos y sabes más que yo. ¡Es increíble!

—Los coches son mi primera pasión, pero después comparto afición con mi hermana Lola y su pareja. Salgo de vez en cuando con ellos.

—Y esta que he comprado, ¿qué te parece?

—¡Una joya! ¿Dónde la has conseguido?

—Llevo mucho tiempo detrás de ella. Esta es del año cuarenta y siete.

—¡Te habrá costado un pastón!

—No ha sido barata, pero merece la pena —dijo riendo con sinceridad.

—¡Ya lo creo!

—¿Quieres ver mi colección? En esta nave solo están los coches, aquí los reparo junto a mis amigos. Algunos de estos vehículos llevan conmigo muchos años.

—¡Claro que quiero!

El hielo entre ellos se había roto. Ana contemplaba los coches que Hugo tenía detrás de una vitrina, al fondo de la enorme nave. Había un Audi Quattro, un BMW M3 E30, un Impreza, un Lancia Delta Integrale. Ana lo miraba buscando una explicación a esa colección, aunque se la imaginaba. En un principio pensó que eran los coches que él había conducido a lo largo de su carrera. Pero enseguida reflexionó y llegó a la conclusión de que no podía haber corrido con tantos. Hugo enseguida la sacó de dudas.

—Todos son coches legendarios que han ganado muchas carreras, pero yo no corrí con ninguno de ellos. Yo competía con Hyundai hasta los tres últimos años de mi carrera, que lo hice con Citroën. Estos coches los tengo porque desde el año pasado se celebra en Cantabria un *rally* de clásicos. Allí se reúnen algunos de los coches de *rallies* más legendarios. Y no solo son los coches, sino que, al volante de joyas como estas, hubo pilotos tan legendarios como los vehículos. Y solo una vez al año, me permito conducir uno de ellos —dijo señalándolos con la mano—, en plan tranquilo y *amateur*, pero, al fin y al cabo, en un *rally*. —Hugo la miraba, estaba seguro de que sabía su historia.

Si algo le había quedado claro durante esos meses, era que le unía una fuerte amistad con su hermano Lucas. Pero aun sabiéndolo, la miró a los ojos y le preguntó—: ¿Tú conoces toda mi historia? Estoy casi seguro de que has sido un gran apoyo para mi hermano durante aquel tiempo. ¿Me equivoco?

—No.

Pero sin dar ni una explicación de hasta qué punto conocía su drama. No sabía cómo se tomaría Hugo si supiera todo lo que su hermano le contaba.

—Como lo sabes todo, no hace falta que te explique cómo me siento cuando me pongo al volante de uno de estos coches. Por un día vuelvo a ser el piloto que era, aunque no corra para ganar ni para hacer un *pódium*. Es una sensación difícil de explicar.

—Me lo imagino, pero ¿no es peligroso para tu salud?

—No. Bueno —dijo pensándolo mejor—, los días siguientes tengo unas molestias, pero con una semana de reposo se soluciona.

Entraron a un pequeño despacho donde Hugo le enseñó algunas fotos colgadas de los vehículos que tenía en su casa, un Porsche Boxster biplaza, la Harley-Davidson que llevaba muchas veces los sábados y un Porsche Cayenne.

CAPÍTULO 7

Los dos estaban tan inmersos mirando las fotos que tenían sobre la mesa, que no se dieron cuenta de que sus cabezas estaban tan juntas que casi se rozaban. No eran conscientes de su proximidad. Fue al dar por terminada la sesión de fotos, que simultáneamente se giraron uno hacia el otro y se quedaron a escasos centímetros. Sus cabellos rubios se rozaban, sus respiraciones se mezclaban, sus intensos ojos azules se miraban sorprendidos, pero ninguno de los dos se apartó. No tuvieron la fuerza necesaria para retroceder, sino que se quedaron quietos como dos estatuas, pero ardiendo por dentro.

Poco a poco estos signos fueron cambiando sin que ni ellos mismos se dieran cuenta. Sus ojos seguían manteniendo las miradas, pero la expresión de sorpresa había desaparecido de sus semblantes para dar paso a una pasión que intentaban mantener oculta. Sus pupilas se dilataban con tal rapidez, que daba la sensación de que sus ojos habían cambiado de color. La respiración de Ana se aceleraba, moviendo bajo la ajustada camiseta que llevaba puesta, unos tensos y turgentes pechos. Hugo enseguida se dio cuenta del cambio que se había operado en ella. Bajó la mirada hasta ellos y volvió a subirla de nuevo a sus ojos. También sus fuertes pectorales se movían como los de ella. Los latidos de sus corazones habían aumentado la velocidad, y podían escucharlos con claridad en la corta distancia que existía. Todo eran señales inequívocas del deseo que los inundaba. Los dos llevaban días sintiendo cierto nerviosismo en sus estómagos, las famosas mariposas que aparecían siempre que el amor hacía acto de presencia y, como en ese caso, aunque ni siquiera hubieran intercambiado cuatro palabras entre ellos.

El mundo se había parado y todo lo que había alrededor desaparecía. Era como si un fuerte vacío los envolviera y no existiera nada más en el universo. Era una sensación extraña cuando tan poco sabían el uno del otro. Pero al corazón no le hacía falta un motivo racional para sentir un deseo como ese.

Ninguno de los dos lo pensó y la distancia entre ellos desapareció. Los labios entreabiertos de Ana recibieron a los ardientes de Hugo que se abrían y se movían con insistencia. Se saboreaban como si estuvieran hambrientos. Ya no se conformaban con sentir sus labios, sino que necesitaban que sus cuerpos también se unieran. Se deseaban y un beso se quedaba corto para todo lo que

ellos ansiaban.

Hugo la rodeó con sus potentes brazos y la atrajo hasta él, sintiendo cada curva de su cuerpo. Ana le rodeó la cintura, mientras ladeaba su cabeza e intensificaba ese caliente beso. Aunque intentaran separarse, sería imposible, había ganado el deseo sobre la razón, y cuando eso sucedía no había vuelta atrás.

Hugo se moría por amar a aquella preciosa mujer que durante meses había despreciado. Ahora no había nada en el mundo que pudiera cambiar, todo se centraba en Ana. Durante meses, a pesar de su extraño e inexplicable comportamiento, sin darse cuenta, había alimentado una pasión que no creía posible. Él pensaba que con la firme decisión de ignorarla sería suficiente. Sin embargo, en la primera ocasión que la tiene cerca no podía resistirse a ella.

—No debo, pero te deseo.

—Y a mí me sucede lo mismo.

No dijeron nada más, lo único que necesitaba saber, antes de seguir adelante, era si ella quería lo mismo, si ansiaba lo que él ansiaba. Por eso la contestación de Ana fue suficiente para darle vía libre y, por primera vez en mucho tiempo, dio rienda suelta a su desenfadada pasión. No sabía lo que tenía la mujer que se contoneaba entre sus brazos con ardientes suspiros y gemidos de satisfacción para ser tan adictiva, pero ahora que la conocía no pensaba alejarse de ella.

Era tanta la excitación de los dos, que Hugo miró a su alrededor para improvisar un lecho y no amarla, por primera vez, de pie en un taller de coches. Pensó en llevarla hasta uno de aquellos automóviles, pero todos tenían barra de seguridad. ¡Imposible! Después se maldijo para sus adentros, precisamente aquel día no tenía en el taller su cómodo Porsche Cayenne. Pensando en ese amplio asiento trasero y en lo fácil que sería colocarla sobre su dura erección y entrar hasta lo más profundo de su cuerpo, se maldecía una y otra vez en silencio.

Giró sus hambrientos ojos por todo el recinto y no pudo ver nada que pudiera servirle para su cometido. Hasta que su pierna rozó una superficie rígida, miró hacia abajo y vio la mesa. Estaba llena de papeles, pero no se lo pensó dos veces. Separó sus labios de los de Ana, la sujetó con una sola mano y, con la que quedó libre, de un rápido manotazo, limpió la mesa sin dejar nada encima.

La tumbó con mucho cuidado sobre la superficie y empezó a besarla,

mientras sus manos se metían bajo sus diminutas braguitas. Movía sus dedos con gran destreza, tocando esa suave y húmeda carne que se contoneaba buscando más. Con aquel simple tacto la estaba poniendo al límite, deseando que entrara en ella cuanto antes y le diera todo el placer que su cuerpo pedía con insistencia.

Él también estaba al límite de su voluntad. Tenerla abierta ante él, esperando para recibirlo, hizo fracasar el intento de jugar con sus dedos hasta hacerla gemir de placer. Deseaba tocarla y besar cada centímetro de esa blanca y suave piel. Pero la urgencia por llenarla y sentir cómo su miembro resbalaba dentro de ella hacía imposible que pudiera seguir tocándola de esa manera tan íntima. Con la mano que tenía libre, la llevó hasta su pantalón desabrochándolo con rapidez y bajándolo, hasta que su miembro recto y duro saltó de su encierro y sin más preámbulos lo guio hasta ella. Tiró fuertemente de esas diminutas braguitas que quedaron en su mano, dejando libre el camino. Todavía le quedó algo de voluntad y la utilizó para entrar en ella muy poco a poco, sintiendo cómo su grueso pene se deslizaba por el estrecho canal.

Ana sintió la manera en la que se introducía y cómo se llenaba de él. Hugo perdió la poca voluntad que le quedaba y empujó bruscamente hasta que todo su miembro quedó enterrado. Pensó que se corría porque jamás había sentido un placer tan grande. Era como si Ana estuviera creada a su medida. Lo oprimía de tal manera que tuvo que pararse durante unos segundos y permanecer completamente quieto para evitar terminar, sin apenas haber empezado a moverse.

¡Jamás le había sucedido algo parecido!

Cuando recuperó un poco su dominio, se movió con cautela y salió unos centímetros de su cuerpo, para volver a entrar y empujar suavemente. Ella gimió agarrando con más fuerza sus brazos. El erótico sonido desencadenó todavía más la urgencia en los dos y todo se precipitó. Comenzaron un baile trepidante que acabó en pocos minutos con una explosión de placer.

Hugo se dejó caer sobre ella, posando un suave beso sobre su sien y hablándole muy bajito al oído, como si temiera que alguien pudiera escuchar lo que le decía.

—¡Ha sido increíble!

—Te doy la razón —manifestó todavía sin recuperarse de la dejadez en que había quedado.

Cuando se separó de ella, comprobó que ni había pensado en colocarse un

preservativo y la miró con preocupación.

—¡Jamás me había pasado antes, pero no hemos utilizado protección!

—La verdad es que somos unos irresponsables. Por un embarazo no hay que preocuparse, utilizo anticonceptivos. Espero que estés sano. Yo lo estoy, recientemente me hice una revisión y estaba bien.

—Te aseguro que yo también.

—Pues asunto arreglado.

Se recompusieron sus ropas, y cuando ya estaba todo bien colocado y los papeles que habían volado por el recinto volvía a estar en su sitio, Ana se dirigió a Hugo para despedirse.

—Bueno, ¿ahora tienes medio de transporte?

—Sí —dijo Hugo señalando hacia una esquina donde estaba su moto junto al casco.

—¡Caray, vaya moto! —exclamó sin evitar acercarse y pasar sus dedos sobre ella—. ¡Es preciosa!

Hugo la miraba ansiando que esas caricias fueran dirigidas a él y no a su moto. No hacía ni cinco minutos que la había poseído, y de nuevo volvía a deseársela. Por eso supo que no podía apartarla y que quería tenerla a su lado. Se daba cuenta de que todo lo que durante meses había despreciado, ahora era lo que más deseaba en el mundo.

—¿Aceptarías cenar conmigo esta noche?

Ella no tuvo que pensarlo, era un deseo hecho realidad. Desde hacía meses soñaba con algo parecido y en esos momentos estaba sucediendo. No quería hacerle pagar por todos los desplantes que había sufrido. Deseaba conocerlo, estar a su lado y no iba a desperdiciar esa oportunidad. Claro que debía ser realista y, después de tantos meses ignorándola, no pensaba construir castillos en el aire. Había surgido una ocasión y ambos se habían dejado llevar. No fueron ellos, sino sus cuerpos los que reclamaron aquel contacto. Así que, antes de hacerse más ilusiones, bajó de la nube en la que todavía estaba y con los pies firmemente enclavados en el suelo, le contestó con sinceridad:

—No tienes que hacer nada para cumplir. Lo que ha sucedido entre nosotros es algo que no hemos podido evitar ni tu ni yo. No quiero que te sientas obligado a nada, de verdad.

—No es por cumplir, y mucho menos sentirme obligado, pero en cierta manera creo que te lo debo y no por lo que ha sucedido hoy. Durante meses me he comportado como un imbécil y ahora me doy cuenta de que eres una mujer

increíble. Estás llena de sorpresas y deseo conocerte. Mi hermano me avisó y no le hice caso. Un día me dijo que, con mi actitud, estaba perdiendo la oportunidad de conocer a una de las mujeres más sorprendentes del mundo. Tengo que reconocer que tenía razón y eso que sé muy poco de ti, pero ese poco ha sido suficiente para dejarme sin palabras.

Halagada por lo que escuchaba, se enrojeció y bajó la cabeza, avergonzada. No le gustaba que la adularan de esa manera, la hacía sentirse incómoda. Hugo levantó con el pulgar su barbilla y la contempló con ternura.

—Déjame conocerte, dame esa oportunidad, te prometo que no te arrepentirás.

—De acuerdo, nos vemos esta noche.

—¿Te paso a buscar?

—¿Con ella? —preguntó señalando la impresionante Harley-Davidson.

—Si quieres.

—¡Eso ni se pregunta! Por cierto, ¿qué tengo que hacer para que me dejes llevarla?

—Nada, te la dejo cuando quieras. —Pero después lo pensó mejor y la miró ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos, le dijo—: Bueno, déjame que lo piense detenidamente.

—¡Eres un tramposo! —Aunque no pudo evitar sonreír también. Sabía perfectamente lo que estaba pensando.

—Te paso a buscar a las ocho —dijo cogiéndola por la cintura y acercándola a él hasta tenerla de nuevo pegada a su cuerpo. Colocó sus labios sobre los de ella y, sin suavizar aquella presión, le exigió—: Pero antes dame algo para que pueda aguantarme hasta entonces. —Y sin más la besó como si fuera el último.

CAPÍTULO 8

Ana subió a su coche como un autómata. Los besos de Hugo eran increíbles. Accionó la llave de contacto y salió del aparcamiento. Mientras se alejaba, miraba por el retrovisor. Hugo estaba plantado ante la puerta vigilando su marcha. Al torcer para incorporarse a la intensa circulación de la Gran Vía, se tocó los labios que todavía palpitaban por la intensidad de sus besos. Estaban hinchados y enrojecidos, pero jamás había estado tan satisfecha como en esos momentos. Iba dentro del coche, cómodamente sentada, pero su sensación era la de flotar. Todo lo que llevaba meses deseando se había cumplido con creces, Hugo era más de lo que imaginaba. Además, dentro de unas horas se volverían a encontrar.

Enseguida se acordó de algo.

—¡Mierda! —exclamó dando un golpe al volante.

Había quedado con Hugo sin recordar que aquella noche pensaba cenar con Blanca y después salir a tomar una copa con su hermana, Pablo y Fabio. Su hermana se había empeñado en hacer de casamentera con ellos, pero no tenía nada que hacer ni por su parte ni por parte de él. Se caían bien y era divertido, pero ni ella ni Fabio estaban por la labor.

Lo sentía mucho, pero iba a llamar a su hermana. Ya quedaría otro día con ellos, no perdería la cita con Hugo por nada del mundo. Después lo pensó mejor, no iba a llamarla, sabía que hoy comían todos en casa de su madre. Comería con ellos y luego tendrían charla de hermanas. Avisó a su padre para que pusieran un plato más.

Comieron casi toda la familia juntos, solo faltaba Pablo, que estaba en el restaurante. Blanca no había olvidado llevar sus nuevas creaciones en repostería. Su familia eran los mejores críticos, si pasaba aquel estricto escáner, sería un éxito.

Después de la comida, las cuatro hermanas se encerraron en una habitación mientras la abuela le dedicaba toda la atención a su pequeña Lía. Adrián dormía la siesta junto a su abuelo, que también dormitaba en el sofá. Frente a ellos sus yernos Manuel y Mario también daban unas cabezadas.

—Explicame qué es tan urgente para anular la cena de esta noche con nosotros —le recriminó Blanca.

—Antes quiero contaros algo que durante estos meses he ocultado.

—¡¡¡Uuuuuuuy!!! ¡Que la pequeña Ana está enamorada!

Las tres hermanas la miraban con insistencia, esperando que negase las palabras que Lola había dicho sin más. Pero en vez de eso, en sus labios lució una enorme sonrisa de satisfacción que les confirmaba aquellas sospechas.

—¿Tú lo sabías? —preguntó ofendida Lucía.

—No lo sabía nadie, y si me dejáis hablar y no me interrumpís, os lo cuento todo.

Todas se callaron y la miraron esperando que la pequeña de las hermanas les contara el secreto que tan celosamente había guardado durante meses.

—Todo sucedió cuando en el mes de junio empezamos a ir al taller del padre de Lucas y allí conocí a su hermano Hugo.

—¿Hugo Roca? ¡¿El corredor de *rally*?! —preguntó Lola emocionada.

—Sí, ese mismo. Durante meses nos mirábamos muy intensamente, pero no intercambiábamos ni una sola palabra. Era algo extraño, por una parte me ignoraba, en cambio, no dejaba de mirarme. Durante este tiempo no he podido evitarlo y me he enamorado de él como una niña de quince años, soñando con él y sufriendo por su indiferencia. Pero hoy he descubierto que de indiferencia ¡nada de nada! Me deseaba tanto como yo a él.

—¡Vamos que te lo has pasado por la piedra! —dijo Lucía rompiendo el romanticismo que estaba imprimiendo Ana a su relato.

—¡Joder, Lucía, qué bruta eres! —replicó Ana al ver su historia privada de la sensibilidad que ella quería imponerle.

—Pero ¿te lo has beneficiado o no? —Esta vez fue Lola la que habló—. Al menos dínos si has consumado o solo os habéis mirado los ojos y luego sigues contando.

—¡Sí, hemos follado! ¿Contentas?

—Menos que tú, por lo visto —observó riendo Blanca—, pero no nos hagas caso. Ya las conoces, las dos son muy brutas en cuanto hablan de sexo.

—A ver, no os hagáis las remilgadas, que cuando os ponéis brucas vosotras dos —dijo señalando a Blanca y a Ana—, soltáis cada perla por la boca que avergonzáis hasta a las brutas de la familia. ¿No es cierto, Lucía?

—¡Completamente! —contestó esta, apoyando a Lola—. Venga, sigue ya. Así que hoy has follado. —Cuando sintió que sus hermanas la miraban, preguntó—: ¿Qué? Nos habíamos quedado allí, ¿no? —Y al darse cuenta, rectificó—: ¡¡¡Uyyyyy, perdón!!! ¡Que tú no eres de las que follan!, tú haces el amor, ¿no? Me gustaría observarte por un agujero y ver cómo pones los ojos

ante una buena polla, porque ¿tiene polla o pene?

Ninguna de ellas pudo evitar explotar y reír a carcajadas ante tal ocurrencia. Es que Lucía desde su reconciliación con Manuel, hacía año y medio, volvía a ser la misma de siempre. A pesar de su aspecto fino y delicado, hablando con sus hermanas y amigas en lo referente al sexo era completamente desinhibida, le gustaba llamar al pan, pan y al vino, vino. Era la que utilizaba los vocablos bruscos en una conversación sin buscar los sinónimos que sonaban mejor. Era de lo más normal que en sus conversaciones, a veces tan subidas de tono, que era capaz de sacar los colores a la más joven de las hermanas.

Pasaba lo mismo con Lola, también era más directa y brusca. En cambio, Ana y Blanca, aunque no se quedaban atrás, eran un poco, ¡solo un poco!, más delicadas. En esa ocasión, Ana quería que todo sonara como un cuento de hadas, pero ¡con sus hermanas era imposible!

—¡Venga! —suplicó Blanca llorando de risa—, deja que nos cuente la historia como ella quiera.

—¡Bah! No insistas, os lo voy a contar sin rebozar, que no estáis preparadas para sutilezas. Pues sí, esta mañana lo he llevado hasta un taller que tiene en Hospitalet, y me ha pedido disculpas por comportarse como un imbécil. Y, cuando hemos llegado, allí dentro, de las tiernas miradas hemos pasado a follar como animales. ¿Así lo entendéis mejor? ¡Sois unas ordinarias!

—¿Y qué tal fo... hace el amor? —expuso Lucía.

—¡Madre mía! No podía ponerme de pie, es que la tiene muy grande y casi no entraba, parecía el pollo relleno de Navidad, al menos esa sensación me dio —les confesó Ana.

—¡Así que tiene una buena tranca! ¡Ya me parecía a mí que llegabas muy contenta! —exclamó Lola.

—¿Y qué tiene que ver eso para que no vengas a cenar? —interrogó Blanca.

—¡¡¡Porque voy a cenar con él esta noche!!! Lo siento, ya quedaremos otro día —le prometió Ana mirando a su hermana.

—¿Y Fabio? —aseveró Blanca—. ¡Os hacíais tantas confianzas!

—Ni a Fabio ni a mí nos ha interesado nunca tus planes de casamentera. Es verdad que somos confidentes, pero no de la forma que tú piensas. Él va detrás de Victoria, pero ya ves tú lo que es la vida, con todo el desparpajo italiano

que tiene, ante Victoria se siente tan cohibido que no se atreve a nada. Dice que nuestra Vicky tiene una personalidad apabullante y que cuando está delante de ella no puede reaccionar —les contó Ana.

—¿Mi Vicky? —preguntó Lucía sorprendida—. ¡Y ella pensando que la trataba con indiferencia porque no la soportaba! Incluso dejó de ir por el restaurante.

—Y él pensando lo mismo de ella, que no quería ni verlo. No, si el amor es muy enrevesado... —les decía Blanca.

—Ahora ya sabes con quién debes actuar de Celestina, y a Vicky la tienes al lado del restaurante —añadió Ana.

—¡Esto no se queda así! Ahora mismo la llamo para que venga a cenar en tu puesto. ¿Por qué no me lo habíais dicho? ¡Esto lo arreglo yo en un santiamén! —sentenció Blanca.

—Toma mi móvil y hazlo —ofreció Lucía acercándole su teléfono.

Nada costó menos que arreglar aquella cita a ciegas. Fue pan comido. Vicky accedió a ocupar el puesto de Ana. Claro que no le había contado la verdad por miedo a que se echara atrás, sino una pequeña mentira piadosa, cenaría con las hermanas Egea. Aunque nada más entrar iba a descubrir el engaño y si pudiera la mataría, a Blanca no le importó, ya se lo encontraría.

Terminaron las confidencias, entre risas y comentarios subidos de tono que sonrojarían a cualquiera. Cuando volvieron al salón, los tres hombres que las esperaban las miraban con insistencia, habían escuchado las sonoras carcajadas y tenían mucha curiosidad por saber qué era lo que hablaban. Todas se morían por contarles lo sucedido, bueno, sin los detalles más íntimos. Ana era la pequeña de las hermanas y, por lo tanto, la más protegida por todos los miembros de esta numerosa familia.

Lola era la más impaciente de todas, así que su hermana le dio permiso con una simple mirada y un leve gesto de cabeza, para que fuera ella quien lo contara.

—¡Os voy a dar una noticia! No me corresponde, pero tengo su consentimiento. ¡La pequeña Ana está enamorada! —dijo dando saltitos sin parar.

Mario la observaba y cuando la vio saltar enseguida su expresión se llenó de preocupación y no pudo evitar recordarle algo.

—Cariño, recuerda que estás embarazada y no puedes hacer según qué cosas.

—Mario, cariño —dijo poniendo énfasis en ese apelativo cariñoso—, estoy de dos meses y faltan siete para que nazca el bebé —le recordó—. No voy a poder aguantar todos esos meses si sigues así. Estoy embarazada, no enferma, y puedo hacer vida normal. Te prometí que no iría en moto, que no escalaré y tampoco me tiraré en paracaídas o en parapente. No pienso bajar ningún barranco, ni haré *puenting*. Pero dar unos saltitos de alegría no es una temeridad, así que ¡relájate! Con todas las experiencias peligrosas que hemos vivido, no entiendo tanto miedo. No voy a quedarme en una urna. Durante todo el embarazo pienso hacer vida normal. —Al ver la cara de agobio de su futuro marido, no pudo evitar acercarse a él y darle un beso lleno de ternura—. Tranquilo, tesoro, que todo está controlado —le susurró en voz baja

—No sé si estoy preparado para pasar por todo esto. ¡Estoy acojonado! Pero te quiero más que a nada en el mundo.

—Con eso me basta, todo lo demás lo aprenderemos juntos.

Todos los miraron enternecidos, y es que no era para menos. De repente se convertían en pareja conociéndose desde siempre y ya iban a ser padres, un cambio impresionante. Pero era tan grande el amor que los unía que podrían con todo. Solo debían hacerse a la idea y por lo visto a Mario le costaba más que a Lola.

—¿Lo conocemos? —preguntó su padre ansioso.

Aunque adoraba a sus hijas por igual, Ana era su ojito derecho. Solían ir muchas veces de pesca, tanto a la playa cuando anochecía, como en Camprodon durante los veranos. Los dos pasaban tardes enteras en los ríos Ter y su afluente Ritort, cuando estaban en el pueblo. Ana, a pesar de su fuerte feminidad y de ser la más presumida de todas las mujeres de la casa, era la única a la que le gustaba ese deporte. No le importaba coger los escurridizos peces y quitarles el anzuelo. Lo mismo que mancharse con grasa. Los motores era otra de las aficiones que compartía con su padre y, ni un solo vehículo de la familia se salvaba de pasar una exhaustiva revisión, a veces propio de los mejores talleres. No se les resistía ninguna avería. Ana era el hijo que nunca tuvo.

—Pues..., sí, lo conocéis todos vosotros. Es Hugo Roca.

—¿El corredor de *rally*? —preguntó Mario igual de sorprendido que Lola minutos antes.

—El mismo.

—Es el hermano de Lucas, el pobre chico tuvo un grave accidente que lo

apartó de la competición. Fue una lástima porque en pocos años llegó a lo más alto —informó su padre al resto de la familia. Ana le había hablado de lo ocurrido.

—¡Caray, papá! Estás al día de todo —observó Lola mirando a su padre.

—Tu hermana me contó esa historia cuando sucedió, hace ahora unos tres años, si mal no recuerdo. Además, por aquel entonces, Lucas venía mucho a casa. Claro que vosotras ya no estabais viviendo aquí y no os enterabais de todo lo que se hablaba.

Ana sonreía. Todas las hermanas le hacían confidencias porque, entre otras cosas, sabía escuchar. Su madre también era un buen apoyo, pero después de escuchar, siempre intentaba meter la famosa frase de «Tú lo que tienes que hacer es...». Esos consejos gratuitos que nadie pide y que muchas veces fastidian más que ayudan. Pero con su padre no era así, él escuchaba y, cuando terminaban de hablar, simplemente les preguntaba: «Y tú ¿qué quieres hacer?».

Jamás trataba de imponer su criterio con autoridad, aunque supiera que las decisiones que tomaban eran erróneas, las dejaba equivocarse y que aprendieran de sus fallos. Lo único que hacía era esperar y estar a su lado para recogerlas cuando caían y seguidamente consolarlas. Eso las cuatro hermanas lo aprendieron desde que eran unas niñas y, por ese motivo, Lucas se convirtió en el confidente de todas ellas. Cuando tenían un problema, siempre acudían a él. Su padre sabía escucharlas y, sin dar su opinión, las hacía razonar y pensar hasta que ellas tomaban una decisión.

Mientras vivieron en la casa familiar, contaban con él para cualquier problema, hasta que se independizaron. A partir de aquel momento solo le llegaban los más graves. Pero Ana había seguido hablando con él como si todavía viviera en casa. Le contaba todo lo que le preocupaba, algo gordo o una simple tontería. Las largas tardes de pesca daban para muchas confidencias.

—¿Y qué os parece? —preguntó Blanca.

—Nunca me has hecho esa pregunta cuando supimos que Manuel, Pablo o Mario iban a entrar a formar parte de nuestra familia. ¿Me equivoco? —quiso saber Lucas.

—Creo que no —contestó Blanca.

—Pues le digo lo mismo que os habría dicho a cualquiera de vosotras —añadió su padre, mirando a las tres hermanas mayores—, si a vosotras os parece bien, a mí también. Es vuestra vida y cada uno debe saber cómo

vivirla. Lo único que me importa es que seáis felices y hay muchos caminos para conseguirlo.

—¿Y cuándo lo conoceremos, Ana? —preguntó Mario impaciente.

—¡Ehhhhh! Despacio. Empezamos a conocernos, así que no me agobiéis, porque no voy a forzar ningún encuentro. —Conocía a Mario desde siempre y sabía lo insistente que podía llegar a ser para conseguir lo que quisiera.

—¡Venga ya, pitufa! —Era el apelativo cariñoso que utilizaba para llamar a la pequeña de la familia desde que nació—. Tu hermana y yo podemos ir al mismo restaurante y hacer que nos encontramos por casualidad.

—¡Que no, Mario! ¡Que no me vas a convencer! Es nuestra primera cita y quiero estar a solas con él, no quiero una cena a cuatro. Y no digas ni una palabra más. Lola, llévate a este pesado, por favor.

—Vamos, cariño, déjales su tiempo, que tu tuviste el tuyo, por cierto, el más largo que se conoce, ¿no?

Mario protestó, pero Lola tenía razón. No quería darle a la pequeña Ana esa noche para conocer y descubrir qué quería de Hugo, cuando él tardó años en darse cuenta de que amaba a Lola.

La conversación volvió a ser exclusivamente de las cuatro hermanas eligiendo vestuario para una noche tan importante, el problema era que no se ponían de acuerdo. Ana las dejó debatir y nombrar casi por completo su amplio ropero. Pero tenía muy claro qué iba a llevar puesto aquella noche. Las escuchó y a todo les decía que sí, pero no era nada de lo que nombraban. Una ocasión especial requería un vestuario especial. Dos días antes había ido de compras con Olivia y Javi, y tenía el modelo perfecto para ese momento.

CAPÍTULO 9

A las seis de la tarde, Ana estaba en el sofá de su casa contándoles a sus amigos, Olivia y Javi, lo sucedido, cuando la melodía *Eleanor Rigby* de los legendarios The Beatles sonó en su móvil. Era un número desconocido. Lo miró para ver si le sonaba y a punto estuvo de no contestar. Lo pensó por un momento mientras escuchaba el tono y al final se decidió. Suerte que estaba sentada, porque cuando la voz de Hugo pronunció su nombre, se quedó sin fuerza.

—¿Ana? Soy Hugo.

—Ya te he conocido.

—Le he pedido el número a mi hermano, espero que no te moleste, pero quería proponerte algo.

—Claro que no me molesta. Si no puedes venir, no pasa nada, de verdad. Tranquilo, lo dejamos para otro día —dijo Ana, a la vez que se levantaba y se alejaba de sus amigos, segura de que quería anular su cita.

—¿Por qué no voy a poder ir? —contestó confundido—. Solo quería comunicarte que hay un pequeño inconveniente. Me dijiste que pasara a buscarte con la moto, pero está lloviendo y no creo que te apetezca llegar al restaurante y cenar mojada. Quería proponerte que, a la hora que hemos quedado, pasaré a buscarte en coche. He pensado que, si te apetece ir en moto, podemos quedar mañana, hacer una excursión, comer donde nos apetezca y regresar después. ¿Qué te parece?

Ana, que no se creía lo que escuchaba, tragó saliva. No solo quería cenar con ella, sino que le estaba proponiendo que pasaran juntos el domingo. Llegó junto a la ventana y movió la cortina hacia un lado, comprobando que Hugo decía la verdad, estaba lloviendo y no era plan de ir en moto. Tenía toda la razón, así que contestó titubeando por la sorpresa:

—¡Me... Me... Me parece estupendo!

—¡Vale! En dos horas paso a buscarte. No te retrases. Estaré impaciente.

—Seré puntual —prometió.

Colgó y se quedó durante unos segundos mirando a través de la ventana sin observar nada en especial. Sus emociones eran tan intensas que no la dejaban moverse.

Olivia y Javi la miraban esperando que ella dijera algo, pero estaba tan

abstraída en sus propios pensamientos, que no se daba cuenta. Así que los dos la hicieron reaccionar y volver al presente.

—¿Se puede saber que te ha dicho? —preguntó Olivia con impaciencia.

—Que dentro de dos horas me pasa a buscar y que, como llueve, vendrá en coche. Después me ha propuesto que si quiero ir en moto, podemos quedar mañana, salir de Barcelona y comer donde decidamos.

—¡Y lo dices así como si nada! Está muy claro, lo has dejado totalmente noqueado. No sé qué le habrás hecho, pero se ve que ha sido algo increíble —le replicó Olivia con una picarona sonrisa.

—¡Ana, lo tienes en el bote! Durante meses no se acercaba a ti y sabía lo que hacía, porque en el momento que lo ha hecho ha caído rendido a tus pies —aseguró Javi.

—¡Voy a aprovechar esta ocasión! Vamos a la habitación, tengo que cambiar el vestuario. Lo que pensaba ponerme ya no me vale —exclamó Ana corriendo hacia su cuarto.

Olivia y Javi se levantaron del sofá como si un resorte oculto los hubiera catapultado y corrieron tras ella. Empezaron a sacar ropa del armario hasta que media hora después lo tenía decidido. Eligió un vestidito negro muy corto con un amplio cinturón y unos altísimos zapatos abotinados. Su rubia melena suelta y un sutil toque de maquillaje. Media hora antes ya estaba totalmente vestida.

—¡Qué casualidad, hoy salimos los tres! —dijo Javi, intentando sonar casual.

—Ah, ¿sí? —exclamó Ana con la mirada volviéndose hasta Olivia—. No me habías dicho nada. ¿Y se puede saber con quién has quedado?

—¡Adivina! —contestó maliciosamente Javi, ya que Olivia no soltaba prenda—. Los dos hermanos van a tener una noche muy movidita.

—¡¿Sales con Lucas?! —preguntó Ana sorprendida—. No me has dicho nada. ¡Serás perra! ¡Yo contando lo mío con pelos y señales, y tú guardándotelo todo!

Y sin decir nada más, salió del salón y se dirigió a su habitación. No pensaba pasar ni un minuto más al lado de Olivia. ¡La muy arpía todo se lo guardaba para ella!

—¡Qué chafardero, liante y entrometido eres! ¡Te juro que esto ha sido lo último que te cuento, cotilla! —exclamó levantándose y, tras lanzarle una mirada que casi lo fulminó, salió tras Ana.

Cuando entró en su cuarto, Ana estaba cogiendo el bolso y la cazadora para salir de casa. No imaginaba que Olivia sería capaz de callarse algo así, cuando Lucas también era uno de sus mejores amigos. Había luchado por unirlos, sabiendo que los dos se atraían desde el mismo día que se conocieron, y ahora la trataba como a una desconocida.

—Pensaba decírtelo, pero cuando volviera a casa, no quería que te sintieras agobiada por mí en un día tan importante. Pero no pensaba ocultarte nada, solamente lo retrasé.

—Ya, y mañana pasaría algo y volverías a esconderlo. Mira, empiezo a estar harta de esta situación. Eres mi amiga, pero no entiendo por qué me ocultas todo lo referente a Lucas, ¿qué piensas que voy a hacer?

—No digas tonterías. Lo que no quiero es que te sientas condicionada y, si esto no llega a buen puerto, te haga distanciarte de él o de mí. Por eso evito decirte muchas cosas que pasan entre nosotros, e imagino que Lucas hace lo mismo que yo. Lo hemos hablado y tenemos miedo de que, si esto no funciona entre nosotros, repercuta en la relación tuya con cualquiera de los dos. ¿No lo entiendes?

—Lo que no entendéis es que los dos sois mis amigos y no pienso renunciar a eso estéis juntos o no. Sé lo que puede pasar, pero estáis dejándome a un lado sin que haya sucedido nada. Piénsalo bien y lo comentas con Lucas. Me voy ya. Si mañana quieres me cuentas y, si no, no pasa nada. Yo actuaré en consecuencia. Buenas noches.

Salió de su habitación dejando a Olivia pensativa y reflexionando. Cuando llegó al salón, se dirigió a Javi que estaba cabizbajo y avergonzado, por la incómoda situación que había creado al hablar más de la cuenta.

—Buenas noches, Javi, y no la lées hoy. Ya sabes a que me refiero, no te comportes como un troglodita y disfruta de la velada.

Bajó hasta el portal y, justo delante de su puerta, un precioso deportivo plateado la esperaba con Hugo apoyado en el capó del coche. Estaba más que guapo, con una camisa negra y un simple tejano. Lucía como un dios nórdico, rubio, y esos ojos azules que, aunque no se distinguían desde allí, lo sabía. Solo unas horas antes los había visto muy de cerca.

Se apartó ligeramente del coche y, cuando Ana llegó a su lado, este no perdió el tiempo y, tomándola por la cintura, la besó con avaricia, como un glotón.

Cuando se separaron, le dijo:

—Necesitaba un beso tuyo tan urgentemente como el respirar. Pensé que con la despedida de esta mañana tendría suficiente, pero me he quedado corto.
—Abrió la puerta del copiloto y Ana se acomodó en el confortable asiento. Segundos después, Hugo entraba en el coche y lo ponía en marcha—. Estás muy seria.

—Acabo de tener una pelea con mi amiga Olivia y creo que en breve la tendré con Lucas.

—¿Con mi hermano? ¿Qué te han hecho? Si se puede saber.

—Los dos me han ocultado que están saliendo juntos, y lo hacen, según me ha dicho Olivia, porque si lo suyo no sale bien, no se deteriore la amistad con ninguno de los dos.

—Si lo analizas detenidamente, tiene su lógica.

—Ya, eso parece, ¿verdad? Pero tenía dos amigos, confiaba totalmente en ellos y ahora mismo siento que los pierdo a los dos. No me cuentan las cosas que son importantes para ellos, por si luego lo suyo no llega a nada. Creo que la única que sale perdiendo soy yo.

—No has perdido nada, Ana, han actuado así para no dañarte. Los sigues teniendo a tu lado, ya lo verás, y si no espera.

Ella no dijo nada más, debía aparcar ese tema hasta volver a casa. Tenía que centrarse en Hugo. Lo miró de refilón y le pareció el hombre más guapo del mundo. Este volvió el rostro y se encontró con unos ojos que lo contemplaban con gran intensidad. Entonces se acordó de que quería preguntarle algo.

—Cuando te he llamado por teléfono, ¿por qué me has dicho que si no podía quedar no pasaba nada?

—No sé, pensé que querías poner una excusa para anular nuestra cita y quise ayudarte.

—Pues te has equivocado, nada más lejos de la realidad. ¿Siempre actúas así?

—¿Así cómo?

—Dando por hecho cosas que no han sucedido, como si fueran la realidad más absoluta. Lo has pensado de tu amiga, de mi hermano y lo has pensado de mí. Creo que es algo que haces normalmente.

—Bueno, puede que a veces me precipite un poco con mis conclusiones, pero la mayoría de ellas acierto.

—Bueno, vamos a apartar el tema de los tortolitos, verás cómo se

soluciona. Tú conoces hasta el más insignificante detalle de mi vida, en cambio yo, nada. También sé que el único culpable he sido yo. Durante estos meses he llegado a conocer la vida y milagros de Daniel, Carlos o Martín, sin embargo, de ti ni un pequeño detalle. Por eso tengo que ponerme al día

—¿Y qué quieres saber? Mi vida es muy simple, no tiene nada que ver con la tuya.

—¡Sí, claro, mi vida es un camino de rosas! —aseguró cínicamente—. Si es así, solo han dejado las espinas.

—Perdona, no debía haberlo dicho.

—No me hagas caso. Empieza, porque todo lo que me digas será nuevo. Aunque me moría por preguntarle a Lucas, mi orgullo me lo impidió cada vez que lo intentaba.

—Te repito que mi vida es muy simple y seguro que te resulta aburrida. Trabajo en el negocio familiar, una fábrica de cafés, junto con mi padre y mis tres hermanas. Lucía es la mayor, está casada con Manuel, y tengo dos sobrinos, Adrián e Lía. Ella es la que se encarga del *marketing*. Es la cara visible de la empresa, la encargada de abrir mercado.

Blanca es la segunda en la lista. Es una gran chef y se encarga de elaborar toda la repostería de nuestras tiendas. Son productos únicos, casi elevadas a obras de arte. Vive con Pablo, también chef, y se quieren con locura.

Y por último tengo a la loca de mi hermana Lola, el cerebritito de la familia. Ella estudió matemáticas y es la que lleva todas las cuentas de la fábrica. Es una alocada y disfruta con todo tipo de deporte de riesgo, igual se tira de un paracaídas, que baja un barranco. Se casará en menos de un mes con Mario. Él es mosso d'escuadra, otro loco como ella, y en siete meses volveré a ser tía. Al menos durante este tiempo, la familia al completo respiraremos tranquilos.

—¡Caray! Todas felizmente casadas, menos tú.

—Sí, yo no tengo ninguna prisa, acabo de terminar mis estudios y tengo muchas ideas para incorporar a la fábrica. Estamos abriendo mercado en otras partes de España y quiero introducir la robótica en la producción. Y es verdad, ahora todas ellas están felizmente casadas, pero tuvieron unas historias un tanto peculiares y que hizo sufrir a toda la familia. No dábamos un duro por el final feliz, pero ya ves.

—¡Cuéntamelo!

—¿Es qué solo voy a hablar yo? ¡También tengo preguntas que hacerte!

—Tú, mañana. Esta noche será mía. —Y la miró con ojos pícaros—.

Empieza.

Ana le habló de su familia, de sus padres y de los veranos en la pequeña casa de los abuelos en Camprodon. También de sus hermanas y las historias de cada una de ellas. Le contó la adoración que sentía por sus sobrinos. Le habló de su amiga Olivia y el empeño para que saliera con Lucas. De su amigo Javi y todos los quebraderos de cabeza que les ocasionaba a Olivia y a ella. Tampoco se olvidó de sus aficiones e ilusiones. Durante todo el camino, cruzando la ciudad de Barcelona en un día de lluvia, le contó casi toda su vida en términos generales.

La llevó hasta un restaurante situado en el término municipal de Sant Joan Despí, muy cerca de su casa. Tenían una mesa reservada en un bello rincón, muy íntimo y con unos amplios ventanales que daba la impresión de estar cenando al aire libre. Justo se sentaron a la mesa, la lluvia volvió a aparecer, aportando al ambiente el sonido dulce y relajante que las gotas de agua producían al golpear rítmicamente el suelo.

Todo era romántico y perfecto. El entorno invitaba a las confidencias, a conversaciones suaves, a dulces palabras y tenues susurros. Y eso, precisamente, fue lo que sucedió. En cuanto se sentaron uno frente al otro, la conversación anterior dejó de existir. Ya no importaba ni sus hermanas o su trabajo, dejó de interesarles conocer sus vidas. Ahora todo a su alrededor invitaba a centrarse en ellos.

No dejaban de mirarse, era como si quisieran retener esa imagen para el resto de sus días. Con los ojos se decían cosas que no sabrían expresar con palabras. Parecía mentira que en solo unas horas se hubieran desencadenado entre ellos tantos sentimientos, algunos muy claros y otros más confusos, pero todos muy intensos.

La cena resultó de lo más insinuante. Desde un principio se vieron contagiados por el íntimo ambiente del restaurante que Hugo había elegido para ese momento. Durante toda la velada intercambiaron gestos llenos de complicidad, acompañados de dulces palabras que les hizo incrementar el deseo que ya sentían y que, difícilmente, podían disimular. Los continuos halagos de Hugo provocaban en Ana una fuerte excitación, se derretía como la mantequilla. Su deseo aumentaba y un intenso hormigueo recorría su bajo vientre obligándola a juntar sus piernas con fuerza para calmar ese fuego.

Los párpados entrecerrados y caídos hacían que la mirada de Ana resultara de lo más ardiente. Eso, unido a la sensualidad de sus carnosos labios

mientras muy lentamente masticaba los alimentos, estaba poniendo a Hugo al límite y no dejaba de removerse incómodo en la silla. Desde que habían comenzado la cena su deseo iba creciendo. Cada gesto o mirada provocaban que cierta parte de su cuerpo se hinchara un poco más, hasta que la dureza de su miembro resultaba, más que incómodo, doloroso.

Ya estaban con el postre y, en cuanto finalizaran, tenía la intención de invitarla a su casa. No lo hacía nunca, la última que había puesto los pies en ella, además de su madre, fue Lidia, y de eso hacía ya tres años. Había tenido aventuras de una noche y jamás se le pasó por la cabeza llevarlas allí. Al darse cuenta de ese hecho, quiso buscar una explicación lógica, pero no encontraba ninguna. No entendía la creciente necesidad que tenía de llevarla, pero mientras la observaba comer, soñaba con verla pasear por su casa medio desnuda y tumbarla sobre su cama.

Ya estaban con el postre y, descubriendo que Ana era muy golosa, había pedido uno de chocolate blanco. Cada vez que tomaba una pequeña porción de aquella *mousse*, deshaciéndola en su boca, Hugo se removía en su asiento. Estaba mirándola con tanta ansiedad, que cada vez era más difícil esconder su deseo. Y la gota que acabó con su aguante fue una pequeña pepita de chocolate que se quedó en la comisura. A Hugo se le iban a saltar los ojos y tuvo que cogerse al borde de la mesa para no abalanzarse sobre ella y ser él quien lamiera aquella pequeña mota que se empezaba a derretir con el calor de sus labios. Así que con la voz muy ronca le dijo:

—¡Date prisa! ¡Termina tu postre! —exclamó con voz ronca y muy inquieto.

—¿Por qué? —preguntó Ana mirándolo, sin entender aquella urgencia.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—¡Claro! —contestó ella mirándolo con cierta duda y mucha curiosidad. No entendía aquel cambio de actitud.

—Si no salimos ya de aquí, voy a saltar sobre ti delante de toda esta gente.

Ana tragó saliva y se pasó la lengua por la comisura de los labios, arrastrando ese pequeño trocito de chocolate que a Hugo lo había puesto a cien. Y el remedio fue peor. Ver cómo esa pequeña mota se resistía a pesar de que Ana insistía pasando una y otra vez su lengua para arrastrarla lo estaba poniendo al límite. Por su propia cordura, apartó sus ojos de ella buscando por toda la sala a un camarero.

—Me daré prisa, pero no pienso dejar en el plato ni una gota de chocolate.

—¡No hables y come! Y por favor te pido, utiliza la servilleta para limpiarte y no la lengua —suplicó.

Ana tomaba su postre deprisa, sin dejar de mirarlo. Veía la urgencia y la pasión en sus ojos. Los dedos de Hugo se movían nerviosos, tamborileando sin cesar sobre la mesa. Apenas metió la última cucharada en su boca, que él estaba levantando la mano llamando la atención del camarero. Este acudió rápidamente.

—¿Tomarán café?

—No. Traiganos la cuenta, por favor.

El camarero se alejó y, en pocos segundos, la dejó sobre la mesa. Hugo colocó su tarjeta de crédito sobre la cuenta y volvió a llamar la atención del camarero que enseguida vino con el datáfono. Dos minutos después, estaban saliendo del exclusivo local.

Ya en el exterior del restaurante y, sobre todo, lejos de miradas y oídos indiscretos, Ana se volvió hacia Hugo y poniendo los brazos en jarras, le dijo:

—Pero ¿se puede saber a qué viene tanta prisa?

Apenas dejó que terminara la frase, la acercó a él y la besó como estaba deseando hacerlo a lo largo de toda la cena. Ana quedó aprisionada entre sus potentes brazos y, a través de la ropa, pudo sentir su prominente erección. Estaba tan excitado, que cada vez la estrechaba con más fuerza dejándola casi sin aliento.

Se separó de ella, porque si seguía besándola y abrazándola de aquella manera, la tomaría en la misma puerta del restaurante.

—¿Vienes a mi casa? Está a unos minutos de aquí —dijo con una voz ronca.

Ana no dijo una palabra y no era por timidez, sino porque aquel tórrido beso le había hecho perder el sentido, pero movió la cabeza, asintiendo. Hugo no necesitó nada más, la cogió de la mano y la llevó en volandas hasta el coche. Abrió la puerta y ella entró con la misma urgencia que Hugo lo hacía segundos después en su asiento.

El coche salió del aparcamiento y en pocos minutos entraba en una urbanización. Siguieron girando por diferentes calles y, a pocos metros, apareció ante ellos una enorme puerta de hierro. Accionó el mando a distancia y la puerta se desplegó a ambos lados dejándoles delante un enorme espacio.

Ana no tuvo ni tiempo de mirar alrededor, aunque tampoco se veía mucho, ya que la oscuridad de la noche se lo impedía. Entraron en el edificio que se

alzaba ante ellos como una sombra. Las luces se encendieron y un enorme garaje apareció ante sus ojos. Miraba con la boca abierta, había al menos tres coches y otras tres motos ¡y todavía quedaba espacio para más vehículos!

Tan asombrada estaba mirando, que no se dio cuenta de que Hugo abría la puerta y extendía la mano para ayudarla a salir del coche.

—¡Caramba, vaya garaje, es un sueño!

Hugo sonrió y la tomó por la cintura, saliendo de allí y entrando en un salón rodeado de cristaleras. Era enorme, un espacio dividido en dos ambientes. A su derecha quedaba la zona de *relax* con unos sofás frente a una moderna chimenea. Una gigantesca televisión quedaba por encima, creando un rincón muy acogedor. A su izquierda se encontraba la zona de la cocina separada del comedor por una barra con altos taburetes.

Todo lo que veía era muy moderno, demasiado para su gusto. Los detalles escrupulosamente distribuidos. Nada estaba colocado casualmente. Cualquier objeto, por pequeño que fuera, había sido estudiado antes de decidir qué lugar ocuparía en aquella enorme sala. Demasiada perfección. Nada más verla, supo que todo era obra de un decorador. La impresión que le quedó al ver aquel salón fue que era una casa bonita, pero no un hogar. Faltaban aquellos objetos personales colocados con cariño y que daban calor convirtiendo un espacio en un verdadero hogar.

Hugo la abrazó desde atrás y al oído le susurró:

—Llevo toda la noche deseando muchas cosas de ti. No podía concentrarme en la cena, solo con mirarte pensaba en este momento y me moría por salir del restaurante.

—Eres muy impaciente, no me has dejado saborear el postre y eso tardaré en perdonártelo. Con el chocolate no se juega.

—¿Todavía querías saborearlo más? No has desperdiciado ni una pequeña viruta y has conseguido que estos labios —susurró pasando el pulgar por ellos— y tu lengua me pongan a cien. Te prometo que, desde mañana mismo, jamás te faltará un buen postre de chocolate. Pero quiero que lo saborees aquí, en la intimidad de estas paredes..., por lo que pueda pasar.

Ana lo miraba elevando ligeramente las cejas por aquella petición tan inusual. Pero no le dio tiempo a seguir pensando, enseguida se encontró entre sus brazos mientras se dirigían a algún lugar de aquella enorme casa. Ni siquiera se dio cuenta de que subían unas escaleras, porque los labios de Hugo tenían el poder de hacerla olvidar. Costaba pensar que, lejos de los intensos

ojos azules y de la calidez de sus labios, estaba el resto del mundo.

Ya tumbados sobre la cama, durante buena parte de la noche, los dos se rindieron a sus pasiones. Sus bocas se buscaban, igual que lo hacían sus cuerpos. Bailaron la danza más antigua de la humanidad meciéndose al ritmo que imponía su pasión. Al final, uno en brazos del otro, quedaron completamente saciados. Estaban agotados, se habían amado tanto como sus cuerpos pedían, y estos habían pedido mucho. Sin darse cuenta y entre caricias y dulces arrumacos, se quedaron completamente dormidos.

CAPÍTULO 10

La luz del día los sorprendió desnudos y muy juntos. Hugo la estrechaba con fuerza contra su pecho, mientras mordía suavemente el lóbulo de su oreja. Hacía mucho tiempo que no despertaba al lado de una mujer, desde que Lidia se marchó. En realidad, fue desde que tuvo aquel maldito accidente y toda su vida se desmoronó.

Los fantasmas del pasado estaban de vuelta, nada los hacía desaparecer, así que se dio la vuelta de repente y saltó de la cama. Se vistió y salió de la habitación, dejando a Ana sumida en un profundo sueño. Fue hasta el gimnasio que tenía en la planta baja, junto a una enorme piscina climatizada. Se colocó en el banco de abdominales y mientras empezaba la tanda de ejercicios, no pudo evitar que su cabeza se trasladara al fatídico día de aquel accidente. Recordó hasta el más mínimo detalle, desde que se levantó esa mañana en la suntuosa habitación de uno de los hoteles más prestigiosos de Mónaco junto a su novia Lidia, hasta que su coche bajaba descontrolado por un acantilado completamente nevado.

Rememorar aquella imagen tan nítida y tan real, le produjo un escalofrío. Era la causa de sus continuas pesadillas, despertándose de golpe, totalmente empapado en sudor y soltando un fuerte grito en medio de la noche, para darse cuenta de que solo era un sueño y que no estaba sucediendo.

Se fue un rato al gimnasio y después se lanzó a la piscina, comenzando a hacer largos. Dentro del agua no pensaba en nada, se concentraba en la respiración rítmica y su mente se quedaba totalmente vacía. Ya no podía más y cuando llegó al borde de la piscina, Ana estaba de pie y lo miraba con curiosidad. Llevaba puesta su camisa negra y era lo más sensual que había visto en mucho tiempo, se moría por quitársela.

—Ven conmigo.

—Sí —dijo arrastrando la sílaba—. ¿Y qué me harás? —preguntó con una voz acaramelada, agachándose en la orilla.

No le dio tiempo a decir nada más, porque Hugo, con una gran rapidez de reflejos, la cogió por las manos y la arrastró con él a la piscina. Ana sacó la cabeza sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí. Todo fue tan rápido, que por un segundo pensó que había perdido el equilibrio. Hasta que vio que sus manos estaban apresadas por las de Hugo y que este la acercaba a él,

buscando su boca. Ya no pudo pensar mucho más, tenerlo así hacía que todo lo demás no importara nada. Se perdió en sus brazos y solo tuvo que dejarse llevar y disfrutar. Aquellas manos la apresaban con firmeza y acariciaban cada centímetro de su cuerpo. Ni siquiera se dio cuenta de que su pequeña braguita volvía a desaparecer, igual que la camisa que llevaba unos minutos antes.

Lo que si sintió fue la dura erección de Hugo entrando en ella, al mismo tiempo que sus grandes y callosas manos la obligaban a rodearlo. Lo apresó con sus piernas, sin perder tiempo. Los movimientos bajo el agua eran más lentos, pero no menos intensos que fuera. Hugo empujaba con fuerza y Ana lo recibía, acogiéndolo entero y oprimiéndolo dentro de ella.

Aunque él hizo todo lo posible para evitar dejarse ir y retrasar el momento de deleite, le fue imposible cuando los gemidos de Ana explotaban en su boca y su miembro era oprimido dentro de ella sin compasión. No pudo reprimirse ni un segundo más y explotó sin remedio. Le hacía perder el control como ninguna otra mujer lo había hecho hasta entonces.

Salieron de la piscina y durante unos segundos se quedaron tirados sobre el templado suelo. Ana fue la primera en incorporarse y mirarlo muy fijamente.

—Me he despertado y no estabas.

—Era muy temprano y te he dejado dormir. Me vine al gimnasio y después a la piscina.

—No te encontraba y he tenido que mirar todas las habitaciones. Lo siento, te he llamado, pero nadie contestaba. No quería parecer una cotilla.

—¡No digas tonterías, Ana! Si te he invitado a mi casa es para que te sientas tan cómoda como en la tuya. Puedes ir por donde quieras. Por cierto, ¿qué te parece? —Se quedó en silencio, no quería engañarlo, pero tampoco deseaba decirle la verdad. Acababan de conocerse y apenas sabían nada el uno del otro. Pero el silencio la delató y Hugo era demasiado rápido—. No te gusta, lo leo en tu mirada. Eres como un libro abierto.

—No es eso —confesó intentando disculparse. Incapaz de buscar una excusa le lanzó una pregunta delatadora—. ¿Te digo la verdad?

—Eso, o no me digas nada, pero sobre todo no me mientas.

—No es que no me guste, es que la encuentro... muy fría. Demasiado perfecta. No he visto ningún objeto que me dé una idea de cómo eres. Las casas, normalmente, reflejan la personalidad del habitante, sus gustos y su vida a lo largo de los años. Pero no veo nada de eso. Mucho diseño, todo muy

perfecto, pero no hay nada tuyo de verdad.

Hugo la escuchaba y en ese momento pensó que era verdad, que cuando Lidia se fue, llamó a un decorador e hizo desaparecer toda su vida anterior. Ni una foto o un recuerdo había dejado. Todo estaba como lo puso el empleado que contrató, él no había añadido nada. Y así llevaba viviendo tres años, en una casa vacía, carente de sentimientos. Pero era lo que quería y no iba a admitirlo ante nadie, y menos ante ella, que acababa de conocerla.

—Ya, pero me gusta así —dijo de una forma muy cortante.

—Lo siento, debería haberme quedado callada —afirmó, dándose cuenta de que su comentario lo había molestado.

Se levantó de la tarima y, acercándose a una pila de toallas, colocadas de una forma impecable, cogió una y se secó. Hasta ese detalle era perfecto.

—Voy a vestirme, llamaré a un taxi para que venga a buscarme. Siento haberte ofendido. —Y sin decir nada más, salió del gimnasio, dejándolo tumbado en el borde de la piscina.

Hugo la miraba mientras salía con la toalla enrollada alrededor de su cuerpo. Le había molestado, no que le dijera lo que le parecía su casa, sino que hubiera acertado en todo lo que decía. Le fastidiaba que la falta de vida fuera tan evidente para ella. Pero esa era la pura verdad, su casa solo eran cuatro paredes que encerraban las últimas tendencias de decoración. Carecía de cualquier tipo de sentimiento. Si la observabas, no expresaba nada, todo era frío, igual que él.

¿Cuándo iba a desaparecer la huella que Lidia le había dejado dentro y que lo contaminaba todo?

¿Durante cuánto tiempo iba a hacer pagar a todo el mundo que estaba a su alrededor la forma de actuar de aquella arpía?

Se tapó los ojos con el antebrazo y pensó en Ana. Era una mujer dulce, sencilla, discreta y sincera. A su lado la vida volvía a tener emoción, la deseaba con desesperación y cuando la tenía a su lado desaparecía su voluntad, no podía dejar de tocarla. Lo excitaba como pocas mujeres lo habían hecho a lo largo de su vida. Era ardiente, y en la cama se entregaba a él sin reservas, se lo daba todo, sin guardarse nada para proteger su corazón, como hacía él.

¿Dónde estaba el problema?

Lo sabía, el problema era él. Desde el accidente huía de todo el mundo, incluso de su familia. Sabía que debía salir de aquella espiral que el mismo

retroalimentaba. Pero había un problema y era que no sabía cómo empezar a confiar de nuevo en las personas que le querían de verdad. Ahora entraba Ana en su vida y le hacía sentir, empezaba a notar cosas en su endurecido corazón que hacía años que no sentía. Era como si durante mucho tiempo hubiera estado muerto y de pronto, algo le hacía volver a la vida, muy poco a poco.

No es que se hubiera enamorado, nada más lejos de la realidad, pero sí que sentía cierta ternura hacia esa mujer. Le dolía tratarla mal, hablarle con brusquedad, cuando ella era toda dulzura.

Sin más se levantó, cogió una toalla, la enrolló alrededor de su cintura y salió del gimnasio. Llegó hasta la habitación y, en el baño, Ana se estaba secando el pelo. Se quedó parado en la puerta, observando cada movimiento, ¡era preciosa! Y no pensaba dejarla salir de su vida. Si tenía que pedir perdón, lo haría, pero necesitaba conocerla. Solo llevaba un día con ella y ya vibraba, deseaba hacer cosas y casi había olvidado durante todas aquellas horas su desgracia. Era todo un logro cuando hasta ahora, en lo único que pensaba, desde que se levantaba hasta que se acostaba, era en su propia miseria.

Ana sintió su mirada y se volvió con rapidez y cierto nerviosismo. Estaba parado en el umbral, observándola con una expresión indescriptible. Le daba miedo que, en unos momentos como esos, volviera el hombre distante que conoció meses atrás y con su desprecio la hiriera.

—Enseguida me seco y me marchó. El taxi vendrá en un cuarto de hora. Le he dicho que llamara al timbre, creo que no te importará que lo espere fuera.

CAPÍTULO 11

Seguía en silencio, la observaba creciendo en él todo tipo de sensaciones, ternura, admiración y, sobre todo, deseo.

Ana todavía se dio más prisa y, cuando tuvo su cabello totalmente seco, intentó salir del aseo. Pero una fuerte mano la retuvo a su lado, sin conseguir su propósito.

—¿Y nuestra cita? El día ha salido soleado y habíamos quedado en coger la moto, ¿no lo recuerdas?

—Hugo, ¿quieres que vuelva a ser sincera, o prefieres que me quede callada?, porque otra cosa no puedo hacer.

—Siempre sinceridad.

—Vale, tú lo has querido. No estoy dispuesta a que cualquier comentario te ponga sin motivo a la defensiva, porque no soy tu enemiga. No pretendo hacerte daño, simplemente, llegar a conocernos. No me siento cómoda con actitudes así, me gusta hablar las cosas, pero no me van los enfados repentinos sin saber la causa. Antes me has pedido sinceridad y yo he actuado en consecuencia, pero si sabías que te iba a molestar cualquier cosa que no fuera darte la razón, deberías haberme dicho que mejor me callara y me metiera en mis asuntos. Jamás te habría dicho nada si no me hubieras preguntado. Empiezo a pensar que eres muy complicado para seguirte y yo no sé si quiero algo así en mi tranquila vida. Mejor lo dejamos como está. Que en la cama funcionemos, no quiere decir que lo hagamos en todos los terrenos.

Hugo la escuchaba, pero no aflojaba la presión sobre ella, al contrario, cuando terminó de hablar, le pasó una mano por detrás de la rodilla y la tomó en brazos como si fuera un bebé. La llevó hasta la cama y la dejó con cuidado, tumbándose a su lado. Le pasaba los dedos muy suavemente por la cara y, acercando sus labios a los de ella, le susurró:

—Tengo que contarte algo y, después, si no quieres verme más, lo entenderé. Déjame explicarte una corta historia y después actúas.

Se vistió y cogió su cartera.

—¿Adónde vas? —preguntó sorprendida, sentándose en la cama.

—A pagar el taxi y decirle que no necesitamos de su servicio. Espérame sin moverte, tal y como estás.

Hugo bajó al salón y, cuando el taxi llamó al timbre exterior, salió a través

del jardín y le pagó el importe. Minutos después estaba tumbado junto a Ana dispuesto a contarle su dolorosa historia. Jamás se lo había contado a nadie. Pero sabía que debía hacerlo, era más, estaba convencido de que debería haberlo hecho mucho tiempo atrás. Haría cualquier cosa por mantenerla a su lado.

—Esta mañana, al despertarme y tenerte entre mis brazos, enseguida me he transportado a la fatídica mañana de mi accidente. El desasosiego que he sentido ha sido lo que me ha hecho saltar de la cama y tratar de calmarme con el ejercicio físico. Hoy, por primera vez después de mucho tiempo, me he despertado con una mujer a mi lado. La última vez fue aquel día y a mi lado estaba Lidia, mi novia.

»Durante estos tres años, las pesadillas han sido una constante en mi vida. Recuerdo toda la carrera y cómo el coche se despeñaba por la ladera nevada de Mónaco y, a lo largo de aquel recorrido, veo mucha gente a ambos lados riéndose a carcajadas. Entre toda esa gente está ella con otros corredores burlándose de mi desgracia. Es el mismo sueño un día y otro. Me despierto sobresaltado y empapado en sudor. Necesito alejar esa imagen de mi cabeza como sea, así que voy al gimnasio hasta caer agotado. Pero desde ayer por la mañana, en vez de recordar el accidente como cada día, solo te veía a ti, y ansiaba volver a estar contigo.

»No voy a dejarte marchar, sé que soy un egoísta, pero no pienso dejar que salgas por esa puerta si no es conmigo. —Hizo un alto para tragar saliva y siguió con su relato—: Después del accidente no recuerdo nada. Durante aquellos días, el mal sueño fue para mi familia. Yo estaba en coma y no vi una luz, ni tuve experiencias extrasensoriales, no se me apareció ningún ser querido ni escuché voces de ninguna clase. Tengo la impresión de que desperté al cabo de un minuto, pero habían pasado días, concretamente veintidós. Y entonces empezó mi verdadero calvario y el de mi familia.

»He sido un enfermo difícil, pésimo, mejor dicho. He culpado a todo el mundo de lo que me pasó, cuando nadie ha tenido la culpa, ni siquiera yo. Durante tres años he estado enfadado con el mundo.

»El accidente me dejó hecho una pena, tenía por delante largos meses de recuperación, la cual, además de ser lenta, fue dolorosa. A las dos semanas de empezar la dura rehabilitación, todas las esperanzas de volver a correr en un *rally* se esfumaron y los médicos me dieron la noticia: la competición había acabado para mí. Podría llevar una vida casi normal, limitada en algunas

ocasiones, pero mi mano no podría con la dureza de la competición. El mundo se derrumbó en ese momento y todas mis ilusiones se vieron truncadas. Y si mis desgracias eran pocas, todavía me quedaban noticias por recibir y ninguna era buena.

»Solo dos meses después de despertar del coma y de mi traslado a Barcelona desde París, mi novia Lidia me abandonó. Al principio venía a verme todos los días, cuando los medios de comunicación no se alejaban de la puerta de la clínica. Pero en cuanto estos abandonaron mi noticia por otra de más actualidad, dejó de venir a visitarme. Dos meses después de mi accidente, me llamó por teléfono y sin tener en cuenta mi estado anímico, me dijo sin paños calientes que estaba saliendo con John, un corredor de *rally* que ocupó mi puesto. —Rio con ironía—. Fue mi sustituto tanto en la competición como en la cama.

—¡Qué zorra! —No pudo evitar que esa grosera expresión saliera de su boca con mucha rabia.

Hugo sonrió ante la expresión que definía a la perfección a su exnovia.

—Ya, eso lo sé ahora, pero entonces habría dado media vida por mantenerla a mi lado. Ahora no daría ni un segundo.

—¿La sigues viendo?

Se quedó pensando en aquella simple, pero directa pregunta, y se tomó un segundo para contestar.

—Es complicado de explicar. Con John estuvo cuatro meses, y después de él vino otro corredor y un mecánico. Ella trabaja dentro de la organización del mundial de *rallies* y está presente en todas las carreras. Nos encontramos en un par de ocasiones y... nos acostamos. Nada más, fue solo sexo, una necesidad fisiológica como el beber o comer. Jamás tendría algo serio con ella. Mis mejores amigos, Josep, un mecánico de Toyota, y Marc, corredor de Audi, siguen en activo, por lo que voy a muchas de sus carreras. A veces me encuentro con ella y si sale la ocasión..., pues eso que estás imaginando.

—¿Todavía la quieres? —preguntó preocupada.

—¿Quererla? ¿Yo? No creo —dijo pensativo ante aquella simple pregunta que volvía a hacerlo cavilar—, aunque tampoco tengo la certeza absoluta. No me interesa profundizar en todo lo que concierne a sentimientos. De lo único que estoy seguro es de que soy un hombre y, si me pones delante una ocasión, la aprovecho —concluyó su respuesta con un comentario machista.

Las alarmas saltaron en la cabeza de Ana. Aquella última frase la hizo

recapacitar. Sin pensarlo y mirándolo con mucha atención, le volvió a preguntar:

—¿Es lo que has hecho conmigo? ¿Yo también soy una ocasión aprovechada?

—Ana, no confundas, te estoy contando todo lo que me sucedió sin ocultarte nada. Si fueras igual que ella, no habría dormido a tu lado y no querría que te quedaras conmigo. Habríamos echado un polvo en cualquier hotel, porque jamás te habría traído a mi casa, y después del revolcón, te hubiera dejado en la tuya, y si te he visto no me acuerdo. Contigo todo es distinto, no quiero que desaparezcas de mi vida y tengo una necesidad insana por conocerte y descubrir cualquier detalle sobre ti, por muy pequeño que sea.

—¡Vale! Me lo creo.

—Lo que me has dicho antes sobre mi casa, es verdad cada una de las palabras. Pero no me ha molestado que fueras sincera y me lo dijeras, sino que fuera tan visible para ti. Eres muy observadora y, aunque te he pedido sinceridad, tengo que reconocer que me ha escocado. No había sido consciente de que era así hasta que lo he escuchado. Cuando Lidia salió de mi vida y yo volví aquí, no quería nada que me recordara a ella. Cambié toda la casa, antes mi habitación estaba al lado de la piscina, en el gimnasio. Contraté a un decorador, él hizo todo el trabajo y a mí ya me vale como quedó.

—El garaje tiene más personalidad que el resto de la casa.

—Bueno, hay una habitación que dice mucho de mí. No has debido entrar en ella, ¿quieres que te la enseñe?

Ana asintió y él la tomó de la mano, guiándola a través de la casa. Descalzos y casi desnudos, caminaron por el pasillo hasta llegar al salón. Lo cruzaron y, subiendo unas escaleras, fueron a parar a una sala independiente de la vivienda. Era como un cubo con una de las paredes de cristal, ¡enorme! ¡Era un estudio de pintura!

El suelo estaba lleno de cuadros apoyados uno con el otro. Una amplia mesa central con multitud de tubos de pintura y pinceles, además de espátulas. En dos caballetes había colocados sendos lienzos con pinturas a medio terminar. En una de las paredes había una gran librería con multitud de libros. Pero, sobre todo, lo que más le llamó la atención a Ana fue que ¡había fotografías! Montones de ellas, con su familia, amigos, de carreras, con coches y en el pódium, entre otras.

¡Con una casa tan grande y solo esa sala tenía vida!

Se volvió hacia él y le sonrió diciéndole:

—Esta habitación sí que tiene vida. ¿Tú has pintado todos estos cuadros? ¿Puedo verlos?

—¡Claro!, si te he traído hasta aquí es porque quiero que los veas.

Ella los miró todos, Hugo tenía un estilo muy peculiar. Algunas de aquellas pinturas eran alegres y divertidas, en cambio, en otras se podía distinguir la amargura en cuanto posabas los ojos sobre ellas. También había alguna copia de otros cuadros famosos. Pero sin duda, lo que más le llamaba la atención era la infinidad de coches tanto en pinturas como en miniaturas. No cabía duda, observando todo el cuarto, de que su vida eran los coches. Los había de todo tipo. Desde enormes cuadros con los famosos Dodge de vivos colores de Cuba, pasando por los modernos coches de la Fórmula 1 y, sobre todo, la infinidad de modelos de los coches de *rally*.

No cabía duda de que se mezclaban sus dos pasiones: los coches y la pintura.

—¿Por qué no pones tus cuadros en las paredes de tu casa? Me gustan mucho más que los que ha puesto el decorador, dicen más de ti.

—Pero es que yo no quiero que la gente sepa cómo soy.

—¿Qué gente?, ¿tu familia?, ¿tus amigos?, ¿qué otra clase de gente viene a tu casa? Si no les permites acercarse, poco a poco los perderás. Deja que tus seres queridos vean cómo eres y no tengas miedo a expresar tus sentimientos. Empieza con tu familia, háblales de lo que sientes. No sé si te das cuenta, pero sufren mucho con tu actitud. Ellos se mueren por servirte de apoyo, pero no se atreven a dar ese paso. Temen tu reacción y piensan que su insistencia te hace daño y por eso se mantienen a distancia. Dales una oportunidad, dales la ocasión de estar a tu lado.

Hugo la miraba recapacitando sobre cada palabra. Jamás había pensado en eso, simplemente creyó que no le interesaba a nadie como se sentía, que ya se habían cansado de esa situación. No dijo nada más, pero movió la cabeza afirmativamente dándole a entender que tenía razón. Necesitaba dar un paso para hacerle caso.

Pero lo más importante de todo era que nadie le había hablado con tanta sinceridad como Ana, y sus palabras estaban haciendo mella y calando en su interior.

Aquella mañana, a pesar de que su ropa no era la más adecuada, Hugo la llevó hasta su casa en moto. Cuando llegaron, subió a cambiarse y él se quedó

esperándola en la calle. En cuanto abrió la puerta se fue corriendo a su cuarto a ponerse lo que tenía pensado el día anterior; unos pantalones de cuero con unas botas negras. Cogió su mochila y, mientras salía de su habitación, iba poniéndose la cazadora.

Justo iba a abrir la puerta de la calle, cuando Olivia salía de su habitación y la llamó. Ana se volvió.

—Ana, quiero hablar contigo.

—Será esta noche, Hugo me espera abajo.

—Pero antes de que te vayas, necesito decirte algo que me está quemando aquí dentro —exclamó golpeando suavemente su pecho—. Tenías razón, no debí ocultarte nada, tenía que haber imaginado cómo te sentirías al descubrirlo. No quiero esconder lo que nos sucede a Lucas y a mí.

—Vale, ahora no tengo tiempo, si quieres esta noche me cuentas. Quizá yo también me excedí.

No dijo nada más, se acercó a su amiga y le dio un abrazo, tranquilizándola con aquel simple gesto. No hicieron falta más palabras, Olivia supo que todo estaba bien entre ellas. Esa noche le contaría todo lo que había sucedido con Lucas y no volvería a esconderle nada. La confianza volvería a quedar intacta, como siempre había sido. Se apartó y dándole un sonoro beso, la empujó hacia la puerta.

—¡Vete ya! Si es como su hermano, la impaciencia lo estará comiendo, así que ¡date prisa!

Ana le hizo caso y salió corriendo, ni siquiera esperó al viejo ascensor, sino que bajó por las escaleras y enseguida llegó a la calle. Se acercó hasta Hugo que le dio un beso.

—He cambiado tu casco por el mío, luego, cuando me traigas, lo bajaré. Este es más ajustado.

Y dicho esto, los dos se prepararon para aquel paseo en moto. Habían decidido ir por la costa, dirección Tarragona, y llegar a comer al Delta del Ebro.

Fue un día maravilloso, al que le siguieron muchos más.

CAPÍTULO 12

A partir de entonces, Hugo no pudo evitar que, cuanto más tiempo pasaba al lado de Ana, más le atraía. Todo lo que conocía de ella le encantaba, su forma de ser, sus aficiones y lo coqueta y presumida que era. Ahora que sabía muy bien lo que había debajo, le ponía a cien cuando la veía con su enorme mono lleno de grasa. Y cuando se cambiaba y se ponía aquellas ropas tan sexys y sugerentes, no podía dejar de mirarla. Daba igual lo que llevara puesto, el efecto era el mismo. Pero si algo lo volvía loco, era tenerla completamente desnuda en su casa. Parecía otra vivienda cuando estaba en ella, todo cambiaba. La música se escuchaba a cualquier hora, sus risas eran contagiosas y, a veces, la escuchaba reírse mientras hablaba por teléfono y no podía evitar que se le escapara una sonrisa. Ella era como el sol, que entraba en su casa llenándolo todo de luz, alegría y claridad. El milagro se había producido en un solo mes, eso era lo más increíble.

A Ana le sucedía lo mismo que a él y cada vez deseaba algo más que vivir una simple aventura. La atracción de un principio iba cambiando y ella sabía muy bien qué la fascinación y enamoramiento se estaba transformando en un sentimiento muy profundo. Empezaba a amar a ese hombre, a veces rudo, y otras tierno como un niño. Unas desconsiderado y hasta mal educado y, en cambio otras... era todo un caballero.

Hugo iba cambiando poco a poco y toda su familia fue testigo. Después de tres años sin hacerlo, fueron las primeras Navidades desde el accidente que las pasaba en familia. Durante aquellas fechas, siempre se marchaba lo más lejos posible de su casa y de todos sus seres queridos. Ponía tierra por medio y, cuanto más lejos se encontraba, estaba mejor. El carácter sentimental que todo el mundo intentaba imponer a esos días festivos le ponía enfermo, por eso se alejaba, según él, de tanta falsedad. Los dos años anteriores se marchó con sus amigos a la Argentina, aunque empezaba el Rally Dakar en enero, él se iba antes. Los ayudaba y descansaban antes de la dura carrera, en el cálido verano de aquellas tierras.

En cambio, ese año lo pasaría con sus padres y hermanos. Su madre estaba tan emocionada que no dejaba de llorar, no podía creer la transformación de su hijo, tan seco y distante durante tanto tiempo, y que ahora... reía con todos, hablaba, empezaba a ser el mismo chico dicharachero de antes del accidente.

La boda de Lola se celebró en la intimidad, como estaba prevista. Fue un día muy emotivo y alegre y toda la familia arropó a la pareja que estaban pletóricos. Se les veía tan felices que causaban envidia. Hugo no asistió, tampoco Ana le dijo nada, empezaban a conocerse y no quería obligarlo. Él estuvo tentado de acompañarla, pero al final decidió que era mejor mantenerse a distancia con la familia. Ella, aunque deseaba tenerlo a su lado en un día tan importante, se mantuvo bien callada. Ni siquiera le insinuó que le gustaría que acudiera, pero lo entendía, apenas hacía un mes que estaban saliendo y no se atrevió a insistir.

Y la noche de fin de año la pasaron los dos solos en la tranquilidad de la casa de Hugo en Sant Joan Despí. Delante de esa chimenea de diseño y en secreto, cuando las doce campanadas terminaron de sonar y anunciaron que un nuevo año daba comienzo, Hugo la besó.

—Feliz Año Nuevo —susurró sobre sus labios.

—Feliz Año Nuevo —contestó con dificultad Ana.

—¿Has pedido un deseo?

—¡Claro, como cada Nochevieja! ¿Y tú?

—Yo estoy desencantado. ¿Me vas a contar tu deseo? —preguntó lleno de curiosidad.

—Si lo cuento no se cumplirá. Así que no te lo voy a decir, quiero que se cumpla.

No soltó aquel deseo que tan fervientemente había pedido, pero para sus adentros, lo repetía sin cesar: que Hugo llegara a amarla.

Después de aquel maravilloso y romántico fin de año, fueron inseparables, no perdían ocasión para estar juntos. Olivia y Javi apenas la veían por casa, claro que ellos también estaban disfrutando de un momento muy dulce en sus relaciones.

El invierno iba avanzando y poniendo rumbo inevitable hacia la primavera. Y aunque estaba haciendo un final de estación demasiado frío, Hugo y Ana casi no lo notaban. Pasaban tardes y noches enteras sin ropa prácticamente. Les encantaba sentarse en el sofá que había frente a la chimenea y mirar el fuego sin hablar casi, pero sin dejar de acariciarse. Solo necesitaban sentirse y disfrutar de aquella paz. Otras veces, en el mismo sofá, apenas eran conscientes de que el fuego estaba encendido, porque estaban enzarzados en una intensa conversación sobre mil cosas, anécdotas de sus vidas, recuerdos de la infancia o adolescencia.

Aquella tarde de sábado, Hugo había estado especialmente cariñoso, le había preparado un delicioso postre de chocolate y solo había tenido dulces palabras susurradas en su oído o sobre sus labios mientras la besaba con infinita ternura.

Ana disfrutaba de todos los gestos. Cerraba los ojos y absorbía todas las sensaciones, atesorándolas en lo más profundo de su alma. Poco a poco se fueron calentando y allí mismo, delante de un alegre fuego y con la envolvente y melodía de Jorge Drexler, se dejaron llevar por una creciente pasión. Se deleitaban con cada beso, con cada caricia. Se amaron despacio, al suave ritmo de la música, pero con una intensidad abrumadora. No les quedó ni un solo rincón de sus cuerpos por acariciar o besar. Tan excitados estaban que una simple caricia les hacía gemir de placer. Fue uno de aquellos días en el que los juegos sexuales fueron más intensos que el propio acto, gozando con cada roce o beso. Cuando el placer los inundó se quedaron exhaustos uno en brazos del otro.

Ana, con los ojos cerrados, buscó sus labios y lo besó totalmente seducida. Se dejó llevar por toda la ternura que los dos habían puesto en aquel increíble acto de amor. Tampoco pensó lo que decía porque fueron palabras que salían del fondo de su alma. Pero eran sinceras y espontáneas y no pudo frenarlas porque no emergían de su cabeza, sino de su corazón. Fueron sencillas, cortas, fáciles de pronunciar, pero que encerraban mucho dentro de ellas. No podría decir por qué su corazón eligió ese preciso momento para expresarse, quizá el instante íntimo, la sintonía entre ellos, dejarse llevar por la canción de Jorge Drexler, que cantaba lo mismo que ella pensaba: «Me haces bien». Pudo ser la sinceridad que caracterizaba a Ana, la creciente confianza entre ellos o que sus sentimientos empezaban a ser tan grandes que ya no cabían en su corazón. Era imposible adivinar por qué eligió aquel preciso momento para dejar de mantener sus sentimientos en secreto. Por lo que fuera, ella lo dijo mientras la acariciaba.

—Creo que me estoy enamorando.

Todo se quedó en silencio, incluso coincidió con un cambio de canción. No se escuchaba nada, hasta sus respiraciones se quedaron suspendidas, igual que si estuvieran dentro del agua.

En cuanto esas simples palabras salieron de su boca, sintió cómo Hugo se tensaba a su lado y, fue en ese justo momento, cuando se dio cuenta de que había cometido un grave error. Era demasiado pronto para confesarle sus

sentimientos. Esperaba muchas cosas después de abrir su corazón y expresarle sus más íntimos sentimientos. Deseaba que la tomara en sus brazos y le dijera que a él le sucedía lo mismo. Soñaba con que fueran compartidos y que en la boca de Hugo luciera la más esplendorosa sonrisa. Que sus labios buscaran los suyos con desesperación y que sus manos le acariciaran con ternura. Pero nada de eso sucedió.

Apenas se habían movido, pero todo a su alrededor cambió y el ambiente en torno a ellos se volvió, más que frío, casi gélido. Seguían uno frente al otro, pero la mano de Hugo, la que descansaba sobre su cintura, se tensó trasmitiéndole toda la rigidez. Apenas unos segundos después, aquella misma mano, ya sin un ápice de ternura, fue resbalando, dejando un vacío. Sin importar lo caliente que estaba la habitación, el frío ocupó aquel lugar de su cuerpo, donde unos segundos antes descansaba la enorme mano de él. Sus azules ojos seguían observándola, pero no de la misma manera. Solo unos minutos antes, aquella mirada estaba llena de pasión y fuego. Sin embargo, ahora, aquellos mismos ojos se tornaban duros y fríos.

Ana sintió cómo un escalofrío le recorría todo el cuerpo, pero se quedó totalmente quieta. En cambio, Hugo se removía a su lado, hasta que finalmente, sin decir una sola palabra, se levantó de la cama y se encerró en el lavabo.

Ella no sabía si era algo momentáneo y que en cuanto saliera del cuarto de baño se le habría pasado, o bien era algo que los separaría para siempre. Se dio de tiempo hasta que saliera. Tampoco era un drama, llevaban solo cuatro meses juntos. Era cierto que lo que vivían era muy intenso, al menos eso pensaba ella hasta unos minutos atrás. Pero al verlo salir de su lado huyendo como alma que lleva el diablo, pensó que no lo habían vivido de la misma manera. Parecía totalmente espantado.

Estaba claro que él no sentía lo mismo, si no, ¿por qué tanta aversión? Era una simple expresión sin pretender nada en especial, unas palabras que se escapaban en una situación de intimidad como la que acababan de vivir, así de simple. Pero si no soportaba ni escucharlas era porque le dolía que las dijera ella y porque todavía tenía sentimientos hacia su novia. Estaba muy claro, esas palabras solo se las permitía a una persona, a Lidia.

Se estaba emparanoiando antes de hablar con él. Podía ser que todo se quedara en una sorpresa ante esa explosión sincera y espontánea de sentimientos. Tampoco tenía que significar nada malo. Pero algo dentro de ella le decía que no se equivocaba y que aquellas palabras dichas sin pensar

traerían consecuencias.

Se quedó quieta y esperó con ojos asustados, como un reo espera su veredicto, a que Hugo saliera y se pronunciara. Tenía frío y, aunque se tapó hasta el cuello, no entraba en calor. Sabía que, por muchas mantas que la cubrieran no conseguiría calentarse, el frío interior es difícil de calmar.

No quería pensar, así que vació por completo su mente. Tenía facilidad para hacerlo, pero aquel día hasta eso se le resistía. Quería recorrer esos dos metros que la separaban del lavabo, entrar, ponerse frente a Hugo y decirle mil cosas. Preguntarle qué sucedía, si seguía amando a su exnovia y si era así, qué hacía con ella. Necesitaba saber si sentía algo por ella o solo era un entretenimiento más, como comprarse un coche nuevo o una moto. Una posesión más para lucir en una vitrina. Quería saber si todo lo que habían vivido durante aquellos meses era verdad o solo una ilusión. ¿Y si había sido una farsa para conseguir llevársela a la cama? ¿Y si todo había sido producto de su imaginación y en realidad solo había habido sexo entre ellos? Quería llegar hasta él y preguntarle muchas cosas, pero su cuerpo no le obedecía, algo en su interior, una alarma, le decía que lo esperara allí.

No era una mujer que actuara como los avestruces; huyendo de los problemas. En cuanto saliera de su encierro le pediría explicaciones y dejaría todo claro en unos minutos. No quería seguir engañándose por más tiempo. Si no iban hacia el mismo fin, sus caminos se separaban en ese mismo momento. Le dolería en el alma, porque sabía que Hugo era y sería el amor de su vida, pero no pensaba engañarse ni un segundo más. Era casi seguro que todavía amaba a su exnovia. Si durante el tiempo que habían estado juntos no la había olvidado, no permanecería a su lado ni un segundo más. En cuanto Hugo saliera, lo sabría.

Hugo estaba dentro del lavabo mirándose al espejo sin acertar a verse. No podía explicar qué estaba sintiendo, pero eran sensaciones muy contradictorias. Por un lado, estaba halagado, eufórico y satisfecho de que una mujer como Ana tuviera esos sentimientos hacia él, que empezara a amarlo. Pero, por otro lado, no se fiaba. Después de la traición de Lidia, ese sentimiento estaba desterrado de su corazón, y la palabra «amor» de su vocabulario. No quería dejarse llevar y mucho menos rendirse de nuevo a una mujer. Una vez lo hizo y fue la traición más dolorosa de su vida. Cuando necesitó el apoyo incondicional de su pareja, de la mujer que cada noche durante un año le repetía una y otra vez que estaba enamorada de él, en un par

de semanas tuvo suficiente para dejar de amarlo y enamorarse de otro. Conociendo a Lidia, era muy posible que jamás hubiera querido a nadie. Le daba igual lo que fuera, ahora se repetía la historia y no quería caer en las mismas redes que antaño.

Sabía que Ana no era igual que Lidia y que era injusto compararlas. Ana era generosa, dulce, discreta, y huía de cualquier tipo de popularidad. No le gustaba estar todo el día de fiesta en fiesta, de viaje o en los mejores locales de la ciudad, como sucedía con Lidia. Ana se encerraba en su trabajo y, cuando estaban juntos, siempre elegía la tranquilidad de su casa, la intimidad y pasar el mayor tiempo posible ellos dos solos.

Pero repitiéndose una y otra vez todo esto, algo en su interior generaba dudas. Le costaba confiar en una mujer, aunque esa mujer fuera lo mejor que había conocido hasta el momento.

CAPÍTULO 13

Respiró profundamente y se lavó la cara, necesitaba mucho valor para hacer lo que tenía que hacer. Debía proteger su corazón si no quería pasar de nuevo por una situación similar a la que ya había sufrido. No quería que nadie lo volviera a abandonar. En una ocasión, tres años atrás, juró que jamás volvería a sufrir por amor y ahora aquella promesa recobraba vida y retumbaba en su cabeza. Lo estaba viendo como un enorme letrero de neón anunciándole un peligro inminente.

Se secó la cara y salió del lavabo sin mirar hacia la cama, sabía que Ana lo estaría observando con mucha atención. Entró en el vestidor y cuando salió lo hizo completamente vestido de negro, igual que en tantas otras ocasiones. Sin embargo, todo era diferente. En cuanto cruzó aquel umbral, algo en su interior le dijo que esta vez todo había cambiado, la dureza de sus rasgos presagiaron lo peor.

Ana se levantó y se puso la camiseta que utilizaba siempre que estaba en casa de Hugo. Intuía que la conversación que iban a tener no sería agradable y no quería enfrentarse a ello desnuda y desprotegida. Se sentó en la cama y, sin ningún tipo de complejo, lo encaró de frente, mirándolo directamente a los ojos. No tenía nada que esconder y por eso no pensaba bajar la mirada. Le había dicho que se estaba enamorando de él y no era ninguna mentira, aunque tampoco la verdad. No se estaba empezando a enamorar, sino que estaba totalmente enamorada.

—Tú dirás —comenzó Ana, viendo que la miraba con mucha intensidad, pero no decía nada. No quería darle la impresión de que estaba asustada, aunque por dentro no solo tenía miedo, sino que estaba aterrorizada.

—¿Y porque piensas que tengo que decir algo? —preguntó desafiándola con un tono de voz tan gélido, como esa mañana de principios de marzo, en plena ola de frío.

Hugo estaba plantado ante ella, con los brazos cruzados sobre su pecho, y estos se movían al ritmo de su fuerte respiración. Con las piernas un poco entreabiertas, su pose era amenazadora. Era mucho más grande, o al menos eso le pareció a Ana mirándolo desde el borde de la cama. Daba igual, no le imponía él, sino las palabras que podía soltar por aquella boca que horas antes la besaban con adoración.

—No sé el porqué, pero lo que he dicho te ha molestado, solo tengo que mirarte para saberlo.

—Me olvidaba de que, aunque te vea rubia, eres lista, y además medio bruja.

Ya empezaba. A Ana, de pronto, le pareció un desconocido. Las palabras dulces y aduladoras habían desaparecido y en su lugar sentía un desafío. Estaba a la defensiva como si fuera su mayor enemiga, cuando nada había cambiado. Solo hacía unos minutos que yacían en la cama entre caricias y susurros y, de repente, ese cambio parecía algo increíble. Fueron unas palabras dichas en un momento tierno, llenas de sinceridad, pero jamás imaginó una reacción así. Ella conocía sus sentimientos y sabía que estaba enamorada de él. Había dejado al descubierto el amor que profesaba a aquel hombre difícil y lleno de traumas.

Se abrazó con fuerza para evitar que las palabras de Hugo la rompieran y esperó que siguiera hablando. Ya había empezado lanzándole dardos envenenados y Ana intuía que la razón por la que él le hablaba así era para que saliera corriendo de su casa.

Pero ella nunca elegía el camino fácil en la vida y, en ese momento, tampoco pensaba salir corriendo. Tendría que ser Hugo el que le dijera todo lo que pensaba y el porqué de aquel cambio. Aunque sabía a qué se debía, quería escucharlo mientras esas duras palabras salían de sus labios.

—¿Qué te ha hecho cambiar en pocos minutos? Acabábamos de hacer el amor, de besarnos y acariciarnos y de repente... Explícame qué ha sucedido, a qué tienes miedo.

—¿Miedo? ¿A ti? ¡No me hagas reír!

—Cuéntame entonces qué es lo que te ha pasado de repente. ¿Ha sido lo que te he dicho?

—Tú has confundido las cosas. Yo solo quiero lo que tengo, sin ataduras ni compromisos. Lo pasamos bien en la cama y nos divertimos estando juntos. Es todo lo que quiero contigo, nada más.

—¿Y quién te ha dicho otra cosa?

—¡Tú eres la que quiere cambiar las reglas del juego! Me has dicho que estabas enamorada de mí, y yo no quiero el amor de nadie. No quiero que nadie me quiera. Te conozco y sé perfectamente lo que buscas, porque me lo recuerdas constantemente, quieres lo mismo que tienen tus hermanas: un matrimonio feliz, unos hijos... —Soltó una fuerte carcajada que sonó a burla y

que golpeó con fuerza el corazón de Ana—. Conmigo no cuentes para ello. Búscate a otro pringado que cumpla con esos estúpidos sueños. No caí en la trampa de acudir a la boda de tu hermana y conocer a toda tu familia. Sé que eso era lo que estabas deseando, enseñarles a todos tu trofeo, meterme en una jaula de oro y jugar a las casitas. Pues conmigo te equivocaste. ¡Quiero mi libertad!, ¡hacer lo que quiera en cada momento!

»No quiero dar cuentas a nadie y, si quiero salir con otra y echar un buen polvo, no me voy a cortar por que estés tú. Te has hecho ilusiones tú sola, y lo siento. Podríamos haber seguido durante unos meses más, porque haces que siempre tenga ganas de follarte, pero eso es todo, no hay sentimientos que lo acompañe.

—No te reconozco —susurró con voz dolida y apenas audible.

—¿No? Pues mírame bien porque soy el mismo de ayer y el de unos meses atrás. No debí darte ninguna confianza. Porque entras en mi casa cuando quieres y te pones mi ropa, te crees con derecho a dirigir mi vida. Te has equivocado. Mira, guapa, yo soy lo que ves, un tío al que le gustan las mujeres y le gusta cambiar, no tener siempre a la misma debajo.

—Yo no quiero dirigir la vida de nadie. ¿De qué estás hablando? ¿Dé donde has sacado todo eso? —susurraba horrorizada por todas las barbaridades que estaba diciendo, y lo peor de todo era que él las creía.

—Durante estos meses te has confundido. Al parecer, lo que sucedía entre nosotros lo percibíamos de diferente manera. Eres guapa, inteligente, cariñosa y ardiente. El tiempo a tu lado pasa volando. En cuanto me conociste, tus miras cambiaron por completo. Yo me di cuenta de ello y durante un tiempo me aparté de ti, pero al final me lo pusiste muy fácil. Cuando follamos en mi nave me di cuenta de que eras un volcán y aproveché la ocasión. Ha sido estupendo, pero no sobrevalores lo sucedido, simplemente follábamos, sin nada de sentimientos. Estabas tú como podría haber estado otra cualquiera. Mi cuerpo tiene unas necesidades y tú las cubrías maravillosamente, ¿por qué no iba a aprovechar lo que la vida me servía en bandeja? ¿Por qué no iba a mantener en mi cama a una chica guapa, escultural y muy complaciente? Siempre estabas dispuesta para hacerme pasar un buen rato, y en el más mínimo descuido echarme el lazo y atarme. Pues te has equivocado conmigo.

—¡Jamás he intentado echarte el lazo!, como tú cruel e injustamente insinúas. No necesito tu dinero ni quiero tu fama, es lo que más odio de ti. Ojalá hubieras sido un hombre como tu hermano, sin tener nada más que lo que

hubieras conseguido con tu esfuerzo.

—Mira, niñata. Todo lo que tengo lo he conseguido yo solo, con mi esfuerzo. Mi padre no tenía una escudería de coches para que yo corriera en uno. Tú sí que has tenido el negocio de papá para no tener la necesidad de demostrar lo que vales.

Las duras palabras de Hugo la encogían por dentro. Ya no podía replicar ni intentar convencerlo de que estaba equivocado. Todo lo que decía lo hacía con la intención de herir, ahora lo veía claro. ¿Cuántas veces le había repetido, en un par de minutos, que solo follaban? No las había contado, pero cada una de ellas martilleaba con fuerza en su cabeza y se clavaba, como un afilado cuchillo, en su corazón. No era ninguna mojigata, pero escucharlas en ese tono le hacía sentirse sucia; su estima estaba por los suelos. Ella nunca había follado, ella lo había amado desde la primera vez y le dolía ver sus sentimientos arrastrados por el lodo. Pensó que podría aguantar todo lo que quisiera decirle, pero su corazón malherido se oprimía con fuerza contra su pecho y no la dejaba respirar. Para evitar que siguiera hablando, sacó fuerzas de donde pudo y le suplico sin pensar en su orgullo. Eso era lo que menos le preocupaba en aquellos momentos.

—¡Por favor, no sigas! Te lo suplico, no digas nada más. ¡Ya me voy! — imploró con una voz estrangulada, sin apenas fuerza para continuar hablando—. No hace falta que pases por el lodo todo lo que hemos vivido, no es necesario que seas tan destructivo. Me ha quedado todo muy claro. Perdona por haberme enamorado de ti, jamás tuve esa intención, pero tampoco supe cómo evitarlo. Sé que fue una equivocación empezar a salir juntos —confesó sin poder evitar que unas traicioneras lágrimas surcaran sus mejillas y que el dolor que empezaba a destrozarla por dentro fuera visible—. Y, sobre todo, te ruego que no nombres a mi familia en esta conversación. Tienes toda la razón, quería que vinieras a la boda de mi hermana, porque para mí, mi familia es lo más importante y deseaba compartir esos momentos contigo, nada más. ¡No pretendía nada!

Hugo la miró al sentir que su voz se quebraba y se quedó tenso, era la primera vez que la veía llorar y no podría soportarlo por mucho tiempo. Quería correr a su lado y arrastrar cada una de aquellas lágrimas con su pulgar, mientras le decía que se olvidara de todo lo que acababa de decir, la tomaba entre sus brazos y la besaba como siempre deseaba. Estaba siendo tan cruel con ella como no lo había sido con nadie. La que de verdad se merecía

toda la verborrea que acababa de soltar era Lidia y a ella jamás le dijo nada, en cambio a Ana... Sabía que se había pasado. Pese a darse cuenta de la injusticia que estaba cometiendo, no rectificó ni echó marcha atrás, ni siquiera se movió, se quedó quieto con aquella pose amenazante y apretando los puños con fuerza, mientras pensaba en la traición que sufrió tres años atrás.

Una vez se enamoró de una mujer —repetía en su mente sin cesar— y le habría entregado la luna si se la hubiera pedido, pero ella le respondió con una cruel traición en el momento más vulnerable de su vida, cuando más la necesitaba a su lado. Y ahora Ana le decía que lo amaba. ¡Tantas veces se lo había dicho Lidia! Pero todo era una mentira, una cruel mentira. Y, ahora, ¿quién le garantizaba que fuera verdad? ¿Cuánto tardaría Ana en traicionarlo? No quería esperar a comprobarlo, esta vez sería él quien pusiera una distancia entre los dos. Prefería dejar que se marchara y sufrir un tiempo, a quedar destrozado más adelante, cuando ella decidiera abandonarlo.

Sabía que estaba siendo injusto, pero no confiaba en las mujeres, así que cuanto antes saliera de su vida, antes retomaría la normalidad. Se había permitido el lujo de tener, durante los meses de aquel largo invierno, a una encantadora mujer a su lado y había sido maravilloso. Pero ella quería algo que él no estaba dispuesto a dar, Ana quería una vida junto a él, un matrimonio, unos hijos, una familia... Y él no deseaba nada de eso. No se veía capaz de afrontar una responsabilidad tan grande.

—¡Jamás te di a entender que buscara una relación! —gritó Hugo para justificar su actitud y sus malas formas.

Ana levantó la vista hacia él y la rabia empezó a asomar en sus azules ojos. Se limpió las lágrimas con un fuerte manotazo y esta vez se puso de pie y se dirigió hasta Hugo, quedando a pocos centímetros de él.

—Mira, no digas nada más, ya lo he entendido perfectamente. Voy a dejar las cosas muy claras y, en cuanto suelte lo que pienso, saldré de tu casa y de tu vida, te quedarás tranquilo y espero no volver a verte jamás. ¿Ha quedado claro? Pero ahora vas a escuchar lo que tengo que decirte. Aunque me llames rubia tonta, sé perfectamente lo que ha sucedido, en cuanto has escuchado que me había enamorado de ti, te ha entrado el miedo en el cuerpo. Jamás pensé que unas palabras pudieran causarte ese pavor.

—No tengo miedo —le cortó ofendido Hugo—, simplemente no quiero nada de lo que me ofreces. Valoro mucho mi libertad y, por muy buena que seas en la cama, no lo cambio.

—No me interrumpas, creo que yo te he dejado hablar, te pido que me dejes terminar. —Y más que enfadada, dolida, siguió hablándole con el corazón—: Yo sí que me siento estafada y engañada, has estado jugando conmigo y con mis sentimientos. No te ha importado engañarme con caricias y besos mientras pensabas en otra. Y ahora me castigas por lo que ella te hizo, sigues amándola y no puedes soportar que sea yo la que esté aquí a tu lado recibiendo tus besos. Pero lo que no has podido tolerar han sido mis palabras. Pues lo siento, pero no, no soy la arpía que te rompió el corazón y que a pesar de ello no puedes ni olvidarla ni dejar de amarla. He sido sincera, nada más.

»Nunca pensé que me pudiera enamorar de ti, eras tan engreído que no se me pasó por la cabeza que congeniáramos, pero ya ves, al menos por mi parte me equivoqué. Dicho esto, después de lo que acabas de soltar, ni loca querría algo serio contigo. Si hubiera sospechado que seguías amándola, jamás me habría quedado a tu lado, de eso puedes estar seguro.

Espero que algún día sepas superarlo y puedas pasar página. Sé que no volverás con ella porque nunca te fiarás, pero no puedes dejar de amarla.

—Pero ¿qué estás diciendo, de dónde has sacado esas conclusiones? No sabes ni lo que dices. Yo no estoy enamorado de nadie ni quiero estarlo. Y no vas a venir tú a darme clases de nada.

Ana no quiso malgastar ni una palabra más, estaba tan ofuscado que no razonaba. Tampoco tenía ninguna intención de hacerlo razonar o cambiar de opinión, ¿para qué? No era eso lo que ella quería, no se conformaba con unas migajas. Llegado a este punto lo quería todo o nada. Y por lo visto era nada.

Así que recogió los escasos objetos que dejaba en su casa por comodidad. Cogió su pantalón y camiseta de punto, la que utilizaba a veces cuando se quedaba en su casa, y entró en el lavabo para recoger su cepillo de dientes. No quería dejar ni una huella, como si jamás hubiera pasado por ahí.

Mientras ella guardaba en el bolso sus escasas pertenencias, Hugo la observaba con una expresión indescriptible y la seguía con los ojos sin dejar que aquellas sensaciones salieran de su interior.

Después de guardar sus cosas, buscó la ropa que llevaba el día anterior y sin más se vistió, ni perdió el tiempo en ducharse, ya lo haría en casa. Cogió el bolso y, cuando iba a salir de la habitación, la fuerte mano de Hugo la sujetó por el brazo. Ana se paró, pero no se volvió hacia él, simplemente esperó que dijera lo que quisiera.

—Ana, no tiene por qué terminar así, han sido unos meses increíbles. —

Hugo se resistía a dejarla marchar, debía intentar detenerla, eso sí, sin alterar su orgullo—. El sexo entre nosotros es increíble.

—Yo pensaba que había algo más, pero me doy cuenta de que no, que para ti solo he sido un polvo fácil, es así, ¿no? Lo siento, Hugo, pero no es suficiente, no me conformo con eso. En realidad, quiero algo más. Más bien, quiero mucho más, y lo que me estás ofreciendo no me interesa, además, lo puedo conseguir cuando quiera y con quien quiera. ¿Y sabes lo que pienso? Que al menos lo he descubierto pronto. Adiós, Hugo.

Y sin más palabras entre ellos, se apartó de él y de camino a la salida, se puso el abrigo, cogió el móvil y llamó a un taxi. Salió de casa y cuando fue a cerrar, Hugo la volvió a sujetar.

—Ana, hace mucho frío, deja que te lleve a casa.

—No, gracias. Acabo de llamar a un taxi y prefiero esperarlo fuera. No podría quedarme en tu casa ni un minuto más después de todo lo que me has dicho. Y no te preocupes por el frío, el que me has proporcionado tú con tus duras palabras es mucho más intenso que cualquier ola polar que venga.

—Por favor, déjame hacer esto por ti.

—No quiero que hagas nada más por mí. Creo que ya has hecho suficiente.

Y dicho esto, lo dejó mirando como se alejaba y abrió la puerta del jardín para salir a la calle. No quería estar cerca de él ni un segundo más, quería poner distancia entre ellos cuanto antes.

CAPÍTULO 14

Solo tuvo que hacerse la fuerte unos cinco minutos, los que el taxi tardó en llegar. Nada más entrar y darle al taxista la dirección de su casa, sentada en el asiento trasero, empezó a temblar. Fueron un cúmulo de sensaciones y ninguna buena. Por una parte, el frío de esa mañana; la península sufría una ola de frío siberiano que, en la ciudad de Barcelona, normalmente con temperaturas de diez a doce grados, habían descendido a bajo cero. Pero no era el único frío que sentía, había uno dentro de ella que había dejado su alma helada y sabía que no podría calentar. No desaparecía con más ropa, ni siquiera con calefacción. Había calado en su alma. El helor que produce el desamor cuesta de calentar.

Las lágrimas volvieron a aparecer y en cuestión de segundos lloraba tan amargamente, que el taxista paró el coche para ayudarla. Como pudo le explicó que no era nada. Para que siguiera adelante y dejara de preguntarle, le dijo que había discutido con su novio.

—No debes llorar por ningún hombre. Estoy seguro de que no se lo merece —le decía el taxista, intentando animarla.

Ana no podía hablar y solo pudo mover la cabeza ligeramente, afirmando sus palabras. Aquel hombre no se quedó en eso, sino que siguió hablando:

»Mira, yo te daría un consejo. Sé que me meto donde no me llaman, pero me fastidia que una niña como tú llore así. Yo también tengo una hija. Esta gente ricachona —dijo señalando las casas que veían mientras traspasaban la urbanización— no entienden de sentimientos y, cuando antes te alejes de ellos, mejor. El dinero los hace egoístas. —Guardó silencio durante unos segundos y al ver que Ana no le seguía en la conversación, simplemente añadió—: Bueno, no puedo meterlos a todos en el mismo saco, pero sí a la mayoría.

Ya no volvió a decir nada más. De vez en cuando la observaba a través del espejo retrovisor, pero en silencio. Ana estaba deseando llegar a casa y pedía fervientemente que ni Olivia ni Javi estuvieran allí.

Tuvo suerte, ninguno de los dos había pasado la noche en casa, lo supo en cuanto metió la llave en la cerradura, estaba cerrada por fuera. Corrió a la ducha para eliminar cualquier resto de olor de Hugo en su cuerpo, pero antes puso toda la ropa a lavar. No soportaría que nada llevara impregnado su aroma, tenía que eliminarla.

Se derrumbó dentro de la ducha mientras el agua caía sobre su cabeza. Las lágrimas brotaban entre fuertes hipidos. Desde que se montó en el taxi, no había dejado de llorar y nadie podría consolarla. Hugo le había dicho claramente que no la amaba y que jamás la amaría porque su corazón pertenecía a otra mujer y, aunque esta no se lo merecía, era suyo.

Estaba destrozada y no sabía si alguna vez se recuperaría de un golpe tan duro. No entendía nada. ¿Por qué eran tan complicados los hombres? ¿Por qué no dejaba que su herida curase? Había tenido una mala experiencia, como mucha gente, pero nadie se cerraba al amor de esa manera. Incluso la muerte de una pareja se llega superar enamorándose de nuevo.

Pero Hugo parecía de otro planeta y le había tocado enamorarse de él.

Salió de la ducha y se tumbó en el sofá, era domingo, y con un poco de suerte, hasta la tarde no volverían sus amigos. Tenía tiempo de asimilar lo que había sucedido, pensó nada más tumbarse. Pero no tuvo esa suerte y solo una hora después, Olivia entraba en casa con Lucas. ¡Era lo único que le faltaba!

En cuanto entraron y la encontraron allí enroscada, los dos supieron que algo había sucedido y, al ver su cara, no hizo falta nada más para confirmar sus sospechas. Ana levantó la vista y no pudo evitar que las lágrimas brotaran como cascadas. Tanto Olivia como Lucas se asustaron por tal inusual reacción y corrieron a su lado. Por un momento pensaron que estaba enferma.

—¡Ana! ¡Por Dios, no me asustes! ¿Qué te pasa? —gritó Olivia, poniéndose de rodillas ante ella y tocando su frente para ver si tenía fiebre.

Ella no podía hablar, los sollozos impedían que pudiera articular alguna palabra. Olivia preguntaba sin tener respuestas. Ana solo movía la cabeza en señal de negación a cualquier pregunta de su amiga. Fue Lucas quien intuyó lo que sucedía.

—¿Ha sido mi hermano? —preguntó con voz tenue, deseando que también lo negara.

Pero Ana no hizo ningún gesto, ni afirmando ni negando. Para Olivia, esa ausencia de respuesta le confirmó el motivo, era Hugo el culpable de que su amiga estuviera en ese lamentable estado. Lucas le hizo un gesto a Olivia para que se tranquilizara, estaba seguro de que cuando se calmara y dejara de llorar, les contaría lo sucedido.

Hizo falta mucho tiempo, más del que sus amigos esperaban, porque no se calmaba, llevaba tanto tiempo llorando que estaba agotada. Tumbada en el sofá con las piernas encogidas y abrazándose, solo tenía un deseo, dormir

muchos días seguidos y, cuando despertara, que el punzante dolor que sentía en su corazón hubiera desaparecido. Cuando dejó de llorar, Olivia volvió a la carga, esta vez con más calma, no quería volver a alterarla.

—¿Qué ha pasado? Estamos preocupados.

—Tranquilos que se me pasará enseguida. Siento preocuparos.

—¿Has tenido una discusión con Hugo?

Ana se lo pensó antes de contestar, pero al final decidió que lo mejor era decirles la verdad, así, estaba segura de que la dejarían tranquila.

—No ha sido una simple discusión, hemos terminado.

—Pero ¿qué ha pasado? Ayer todo estaba bien y de repente...

—Así ha sido, de repente. No tengo ganas de hablar, prometo contároslo todo, pero ahora no tengo ánimo para eso. Llevo mucho rato llorando y si os cuento lo sucedido, volveré a hacerlo. Vamos a dejarlo, por favor —pidió empezando a llorar de nuevo.

Ni Olivia ni Lucas insistieron, se sentaron a su lado y solamente la miraban. Fue su amigo el que se levantó y se acercó a ellas.

—Me voy. Iba a quedarme contigo para que no estuvieras sola, pero si está Ana yo tengo cosas que hacer.

Olivia lo acompañó hasta la puerta y cogiéndola entre sus brazos para besarla, le dijo al oído antes de separarse:

—Voy a casa de mi hermano, quiero averiguar qué ha sucedido, porque sospecho que el muy imbécil es el culpable de todo. Cuando averigüe por qué han discutido de esa manera, te llamo y te cuento. No la obligues, déjala que hable cuando quiera, está muy afectada.

—¡Vale! Te haré caso, pero en cuanto sepas que ha hecho ese cretino, llámame. Tiene suerte de que vayas tú en vez de ir yo, porque depende de lo que haya hecho, se ha evitado una buena patada en los huevos.

Olivia entró y se tumbó junto a Ana, el sofá era enorme y cabían las dos. La abrazó y las dos se quedaron quietas durante unos segundos. Ana no pudo evitar romper a llorar de nuevo al sentir el cálido abrazo de su amiga. Abrió su alma porque nadie la entendía mejor que ella.

—¡Dios mío! ¡Lo he perdido para siempre! ¡Lo amo con toda mi alma, pero para él solo soy una más en su lista! No podré vivir sin él —le confesó a la vez que la desesperación se apoderaba de ella.

—No pienses en eso ahora, verás como todo se arregla. Descansa —susurró con suavidad, encogida por el dolor que sentía en las palabras de su

amiga.

Encendió la tele y aquel monótono parloteo y todo el tiempo que llevaba llorando, consiguieron que se quedara completamente dormida.

Media hora después de salir Ana por la puerta, Hugo seguía en su casa, en el mismo lugar donde ella lo había dejado. Sentado en el segundo peldaño de la escalera, con los codos apoyados en sus piernas y la cabeza colgando, miraba el suelo como si allí pudiera encontrar una solución. No podía creer lo que acababa de suceder, Ana había salido de su vida para siempre. Bueno, para ser más exacto, él la había sacado.

Era lo mejor, se decía una y otra vez para justificar su deplorable actitud. No quería que la historia se repitiera, y no volvería a sufrir por amor. Con una vez había aprendido la lección y le había quedado muy claro que en el amor cuanto menos expones, menos sufres. Su cabeza no dejaba de darle razones así mismo. Buscaba mil excusas para quedarse satisfecho con lo que acababa de hacer, sacar a Ana de su vida.

Pero su corazón no pensaba de la misma manera y no dejaba de gritarle y decirle que Ana tenía razón, que era un cobarde y que no había apostado por ellos como pareja. A Hugo no le importaba su conciencia, estaba acostumbrado a que le gritara constantemente, por la forma en la que trataba a sus padres, a sus hermanos, e incluso a sus amigos. Y ahora la lista aumentaba con Ana. Le dolía haberla tratado así, pero era lo que tenía que hacer. En unos días ella sería un recuerdo, muy intenso y bonito, pero nada más.

Subió a la habitación y al entrar no pudo evitar que algo le golpeará con fuerza el corazón, era su aroma que permanecía allí, impregnándolo todo. Su ánimo cayó por los suelos. Se acercó a la cama y comprobó que el aroma procedía de la cama, justo del lado donde había pasado la noche. Se tumbó y, cerrando los ojos, aspiró aquella fragancia natural que enardecía todos sus sentidos durante mucho tiempo. Con ellos cerrados, parecía que estaba a su lado. Hacía tan poco tiempo que había abandonado esa cama, que todavía podía sentirla.

¡Dios, cómo empezaba a añorarla!

El timbre exterior le hizo volver a la realidad. Salió de la habitación y se acercó al portero. En cuanto reconoció la voz, abrió y esperó a que el coche de su hermano llegara hasta la puerta.

—Buenos días, Lucas. ¿Qué haces tú por aquí?

—Quería hablar contigo.

Hugo supo que el motivo de la visita era Ana. Lo habría llamado para desahogarse, a fin de cuentas, era su amigo. Seguro que venía para convencerlo.

—Imagino que Ana te lo ha contado.

—Te equivocas, he llegado a su casa con Olivia y nos la hemos encontrado encogida en el sofá y sin poder hablar. No podía dejar de llorar, y por el hipo y los ojos hinchados, debía de llevar unas horas así. Por eso he venido aquí, para que tú me lo cuentes. ¿Qué ha sucedido?

Conocer el estado en el que se encontraba Ana, volvió a golpearlo de nuevo con fuerza. Cuando vio cómo corrían por sus mejillas las lágrimas unas horas antes, lo dejó a punto de caer a sus pies y consolarla. Suerte que tenía una voluntad de hierro y pudo resistirse.

—Mira, Lucas, no te voy a engañar porque sé que es tu amiga y que la quieres. Creo que las cosas entre nosotros estaban yendo demasiado deprisa y por un camino que yo no deseaba. No quiero nada serio ni con ella ni con nadie, no quiero que vuelvan a traicionarme. No deseo atarme a ninguna mujer. Por eso le dije que lo mejor era que cada uno siguiera su camino por separado.

Lucas, que conocía a su hermano y su falta de sutileza, sabía que no se lo habría dicho así. Imaginaba que habría lanzado sobre Ana palabras envenenadas como dardos para producir el mayor daño posible. Al menos, así actuaba con ellos.

—Y seguro que se lo has dicho con palabras dulces, intentando producirle el menor sufrimiento posible, ¿no es así, Hugo? —aseveró con semblante serio y algo crispado. Él se quedó mirando la punta de sus zapatos, intentando recordar cada una de las palabras que le había dicho. Entonces se dio cuenta con qué crueldad le había hablado y cómo Ana, con voz quebrada, le había pedido que, por favor, no siguiera, que se marchaba. La insistente voz de Lucas y, sobre todo su tono, hizo que dejara de pensar y le prestara atención —. No hace falta que digas nada, tu silencio habla por ti. La habrás humillado, igual que has hecho con todos nosotros. Cada vez que alguien intenta acercarse a ti, te pones a la defensiva, peor aún, consigues hacerle daño. No puedo entenderte, por mucho que lo intento, no logro comprender qué pasa por tu cabeza.

—¡No tienes ni idea! No sabes lo que se siente al verte traicionado por la mujer que amas. No puedes hacerte una idea de la impotencia que te invade

cuando ves que toda tu vida se desmorona.

—¡Pues cuéntanoslo, joder! Jamás has tenido confianza para decirnos nada, solo suponemos lo que sucedió por lo que leímos en las revistas. Pero nunca has confiado en tu familia para que podamos ayudarte. Desde que abandonaste el hospital, fue como si dejáramos de existir, solo te dirigías a nosotros para descargar tu frustración y tu ira.

»Raúl y yo nos hemos acostumbrado a tus desplantes, a tus malos modos y a tu mal genio. En un principio nos dolía, pero a todo se acostumbra uno y ahora nos da igual. Lo que jamás voy a perdonarte es todo lo que papá y mamá han sufrido por ti, y no por el accidente, que de eso no tienes culpa, sino de cómo los has tratado. Las veces que mamá se ha metido en su cuarto llorando porque tu gritabas como un energúmeno que te dejáramos en paz. No puedo numerarlas todas. En estos tres años han derramado muchas lágrimas por ti, sin motivo. Yo aguantaba con los puños apretados por la rabia, por no estamparlos en tu cara bonita y causarle más sufrimiento a mamá, pero nunca te perdonaré. Y ahora vuelves a ser él mismo bestia que no tiene en cuenta los sentimientos de nadie, todo va siempre de ti.

»Tú, tú, tú... ¡Estoy hasta los huevos de ti! Eres mi hermano, pero ha llegado el momento de decirte que no te soporto y por mí ¡te puedes ir al mismo infierno!

—¡No te pases ni un pelo! Que haya dejado de salir con tu amiga no te da derecho a hablarme como lo estás haciendo.

—¡Qué imbécil llegas a ser! Que dejes de salir con Ana no es ningún problema, estoy seguro de que pronto encontrará un hombre que la quiera como se merece. Pero ver a mi madre llorar por tu culpa durante tres años, sí me da derecho a decirte lo que quiera. Demasiada paciencia hemos tenido contigo. Hace tiempo que debimos ponerte en tu sitio, pero ¡como habías tenido un accidente y ya no pudiste seguir siendo piloto! —exclamó con voz de burla—, pues le aguantábamos todo. Y para colmo ¡su novia lo abandona! Pobrecito, hay que aguantar que se comporte como un déspota y como un niño mimado por todo lo que le ha sucedido. ¡Pues mira, yo ya no te aguanto! Y para tu información, te diré que Ana solo ha sido la gota que ha colmado el vaso, pero habría sido un nuevo grito tuyo delante de mi madre para que explotara como estoy haciendo ahora. De ahora en adelante voy a pedirte algo, ¡olvida que existo!

—¡Muy bien, lo olvidaré!, ¡más perderás tú!

Lucas, que ya salía por la puerta, volvió sobre sus pasos y se encaró a su hermano, quedando a escasos centímetros de su cara. Sus ojos azules estaban inyectados en sangre.

—¡Qué voy a perder yo, gilipollas! Uno no puede perder lo que no tiene, y tú dejaste de pertenecer a la familia cuando tuviste el accidente. Y no te abandonamos nosotros, sino que fuiste tú el que nos echó de tu lado, ¿recuerdas? No queremos nada tuyo, porque no tienes nada que nos interese. ¿Qué piensas que tienes y que nosotros ansiamos?, ¿la fama, el dinero, los coches, esta casa? —dijo señalando con la mano las cuatro paredes—. Guárdalo todo, porque es lo único que tienes; cosas. En cuanto alguien te ofrece cariño, amor o comprensión, tú automáticamente lo desprecias y lo alejas de ti. Ni loco cambiaba mi vida por la tuya. Solo eres un amargado que destroza todo lo que tiene a su lado.

—¡No necesito a nadie! ¡Largaos todos! ¡Ana solo buscaba cazarme! Todos buscan algo de mí, pero nadie volverá a engañarme.

Lucas se sintió insultado por lo que el cretino de su hermano decía, tanto de Ana como de todos ellos, sin pensar en lo ofensivo de aquellas palabras. Y sin pensarlo dos veces, lo cogió de la solapa y tomando impulso con el brazo, dejó caer su puño fuertemente cerrado sobre la mejilla de Hugo, y casi lo tumba en el suelo. Después se separó de él y se quedó sorprendido de su propia reacción.

—¡Sal de mi casa, niño! ¡Sal antes de que te dé una buena lección!

Lucas no dijo nada, estaba temblando. Nunca habría imaginado que sería capaz de actuar así. Estaba avergonzado. Jamás había levantado la mano a nadie y la primera vez que lo hacía era ¡a su propio hermano! Toda la vida había sentido adoración por Hugo, era su héroe desde siempre y no ahora por ser un famoso corredor. Cada uno de sus triunfos lo llenaba de orgullo. Era como si lo hubiera ganado él. Pero desde su accidente había cambiado y de héroe había pasado a antihéroe.

Hugo observaba el coche de su hermano hasta que llegó al portón. Esperó hasta que las enormes puertas se abrieron y después salió sin mirar atrás. Se tocó la mejilla que dolía y pensó en todo lo que su hermano le había dicho. Tenía que reconocer que se había portado fatal con todos ellos y era normal que le guardaran cierto rencor.

Sintió una fuerte punzada al pensar en su madre. Saber todo lo que había llorado y ser el único responsable de su pena le rompía el alma. Tampoco se

había preocupado por si su familia sufría o no. ¿Por qué tendría que hacerlo? Él era la única víctima, no los demás. Y cuando pensó en Ana tampoco se sintió mejor.

Debía darse tiempo para que todo se curase. Ana pasaría a la historia en pocas semanas, como había sucedido con las demás mujeres. Ahora debía entretenerse y nada mejor que poner distancia. Se marcharía unos días fuera del país y, cuando volviera, ella estaría olvidada. Lucas dejaría de pensar así y volvería a ser su dócil hermano pequeño. Y si algo tenía muy claro era que, en cuanto volviera, compensaría a sus padres por todo el sufrimiento que les había causado.

Lo tenía todo pensado, pero en ese mismo momento, lo mejor era desaparecer y calmar las aguas revueltas.

CAPÍTULO 15

Mientras Lucas visitaba a su hermano, las dos amigas seguían juntas y en silencio. Pero Olivia no era paciente. Era imposible que pudiera esperar la vuelta de Lucas para enterarse de lo sucedido.

—Ahora que estamos solas, dime qué ha pasado, y me da igual que llores. Si lo haces, antes te desahogará. Así que empieza a contarme qué te ha hecho ese cretino.

—¡Oh, Olivia! No entiendo por qué se ha puesto así, simplemente le he dicho que creía que me había enamorado, nada más.

—Ya me ha contado Lucas cómo es su hermanito. Mira, si quieres que te diga la verdad, te has librado de una buena. Es un tío lleno de problemas que lo único que hace es culpar al resto del mundo de sus miserias.

—No seas tan dura, tiene motivos para ser como es. Pero durante estos meses ha sido maravilloso.

—¡Tiene motivos, dices! Todo el mundo tiene sus miserias, y por eso no va jodiendo al resto. Es un egoísta y solo piensa en él. Nada más.

—Todavía está enamorado de su exnovia, eso es lo más duro. Ojalá me quisiera a mí de la misma manera. Pero no es así, y ni siquiera ha podido soportar mis palabras. Si hubiera sido ella la que le confesara su amor, estaría feliz

—¿Cómo la va a seguir amando? Es imposible después de lo que le hizo. A las víboras como ella no se las ama, se las vigila para que no te hagan daño. Se las mantiene siempre a distancia.

—La sigue viendo de vez en cuando. Lo sé porque me lo ha confesado él mismo. Si fuera verdad que no tiene ningún sentimiento hacia ella, no buscaría llevarla a la cama siempre que surge la ocasión. Se engaña repitiendo una y otra vez que simplemente aprovecha un buen polvo, pero no es así. Lo que realmente busca o espera es que vuelva —le explicó sin poder contener su rabia, a pesar de aquellas lágrimas traicioneras.

—Pues si de verdad lo que quiere a su lado es una víbora como esa, es más gilipollas de lo que yo creía y se merece todo lo que le pase, ¡que se joda!
—fue la contestación de Olivia.

Pero Ana no escuchaba aquellas palabras que en otro momento la habrían hecho reír. Estaba tan inmersa en su propio dolor, que no prestaba mucha

atención al resto. Tenía que asimilarlo por dura que fuera la realidad.

—Fue tan cruel —le contaba, abrazándose para mantener los pedazos de su corazón unidos—. Cada palabra se clavaba en mi pecho como una lanza, hasta que le supliqué que no siguiera, que ya salía de su casa y de su vida.

—¡Qué cabrón! —exclamó llena de rabia.

—También me contó que, cuando su novia se marchó, cambió por completo la decoración de su casa. No fue capaz de vivir en una casa llena de recuerdos. No sé cómo no me di cuenta antes. ¡Qué ilusa! He sido una más de la lista, pero los sentimientos verdaderos los guarda para su ex.

—No le des más vueltas, mejor descubrirlo ahora que más adelante. No te merece porque por mucho que busque no encontrará a nadie como tú.

—No quiere encontrar a nadie, quiere recuperar a la que fue su novia —contestó entre sollozos.

—No te merece, eres demasiado para él. No derrames más lágrimas por un hombre que no las merece.

—Me engañó. Yo creí que el también sentía algo por mí. Sus besos y caricias me lo decían —confesaba con pasión. Pero enseguida su desolación apareció—. Claro, ahora lo entiendo, me besaba a mí, pero en su cabeza estaba ella.

—No sigas atormentándote, no se lo merece. Olvídalo, no le dediques ni un solo pensamiento.

Olivia no podía decir nada más porque no había forma de convencerla. Podía ser verdad que siguiera enamorado de aquella víbora, aunque Lucas lo negaba. En cuanto volviera de hablar con Hugo, sabrían algo más.

Durante las primeras semanas, cualquier cosa le recordaba a Hugo. Lloraba por cualquier motivo y solo quería estar sola. Aquella tarde, como todas las demás, Ana estaba preparada para tumbarse en el sofá. Olivia salió de despacho y se sentó a su lado.

—¿Cómo has pasado el día? —preguntó Olivia.

—Psssss, bien, supongo —contestó con gran dejadez.

—Luego viene Lucas. ¿Nos vamos a cenar los tres? —tanteó para empezar a convencerla.

—No me apetece. Id vosotros solos, seguro que lo pasáis mejor que conmigo —manifestó cogiendo el mando de la tele.

Ya conocía la intención de su amiga, intentaría convencerla de todas las maneras posibles para sacarla de casa, pero ella estaba muy apática y

solamente quería dormir las veinticuatro horas del día.

—Vamos a ver, Ana. Estoy cansada de encontrarte día tras día tumbada en este sofá viendo cómo desperdicias tu vida. Ya has tenido tu tiempo de duelo, pero esto tiene que acabar. Mientras tú te marchitas como una bonita flor, ese cretino está en la otra punta del mundo y seguro que pasándose el día bomba.

—No me importa lo que haga o deje de hacer. Es lógico que se divierta, no me quería y no me ha querido nunca. No le ha dolido el corazón como me duele a mí. Porque yo sí que lo amaba, y lo sigo amando. Además, creo que nunca dejaré de hacerlo. Nunca lo voy a olvidar —aseguró con sus ojos inundados.

—¡Y tanto que lo olvidarás! Pero será imposible hacerlo mientras estés regodeándote en tu pena.

—Y según tú, ¿qué tengo que hacer? Ilumíname con tu sabiduría —le contestó con sarcasmo, limpiando sus lágrimas con un fuerte manotazo.

—Muy fácil, simplemente lo contrario de lo que haces.

No quería repetirse porque llevaba muchos días diciéndole qué hacer y qué no. Pero ya se cansaba de repetir lo mismo.

—Todo el mundo se cree con derecho a decirme cómo guiar mi vida. Pero no es fácil. ¡No puedo hacer lo que todos me decís! No quiero salir, no quiero reírme, no me apetece comer, no tengo ganas ni de hablar. ¿No podéis entenderlo?

El timbre de la puerta provocó un alto en la conversación.

—Será Lucas, viene a buscarnos. —Y sin esperar una palabra salió disparada hacia la puerta.

Unos minutos tardaron en llegar hasta el salón y Ana los imaginó besándose en el recibidor para no hacerlo delante de ella. Lucas fue hacia Ana y se sentó en el mismo lugar que un poco antes ocupaba Olivia.

—Me voy a vestir, en unos minutos salgo —explicó Olivia.

—¿Solo unos minutos? —dijo riendo Lucas.

Olivia no contestó y desde la puerta le sacó la lengua. En cuanto se quedaron solos, su amigo la miró y enseguida vio en su cara los signos de la amargura.

—No te voy a preguntar cómo estás porque lo estoy viendo. Llevas un mes así. Tienes que hacer algo. ¿Vienes con nosotros a cenar?

—¿Dónde está? —preguntó Ana

No hizo falta que dijera su nombre para saber a quién se refería.

—¿Y qué vas a sacar con saberlo? —contestó Lucas—. Esto no te ayuda a olvidarlo, lo sabes, ¿verdad?

—¿Me lo vas a decir o no?

—Si cabezota, te lo voy a decir. Mi madre me dijo que cuatro días después de vuestra... ruptura la había llamado desde México para decirle que estaba allí y que no se preocupara por él. Ya no sabe nada más, no ha vuelto a llamar. Olvidalo, es mi hermano, pero no merece la pena que derrames ni una sola lágrima por él.

—Lo sé.

—No te quedes aquí sola, ven con nosotros.

—Pronto lo haré, pero todavía no puedo. No insistáis, por favor —suplicó no solo con palabras, sino también con los ojos.

Él no fue capaz de decir nada más y asintió con la cabeza. Así que cuando apareció Olivia, con la esperanza de que la hubiera convencido, y vio que había sido totalmente al revés y que el convencido había sido Lucas, movió la cabeza de un lado a otro en señal de rendición.

Cuando se quedó sola de nuevo, le dio vueltas insanas a lo que le había dicho. Después de echarla de su lado se había ido a México a disfrutar de la vida. Enseguida lo recordó, se celebraba el Rally de México y seguro que allí se encontraría con ella, con Lidia. Suspiraba por sufrir amnesia y olvidarlo. Había dejado de lado la puesta a punto de su coche y el sueño de correr en un *rally*. Por ahora, era incapaz de acercarse al taller. Ni siquiera le apetecía acudir al local donde sus amigas, su antiguo grupo las Lolas, ensayaban a diario, sabiendo que la música sería capaz de levantarle el ánimo. No tenía ilusión por nada.

Solamente sus sobrinos y comprobar cómo la barriga de su hermana iba creciendo, llevando en su interior a la pequeña Inés, le hacía olvidar su pena por unos momentos. Aquellos pequeños con su inocencia eran los únicos capaces de arrancarle una sonrisa.

Por mucho que todos intentaban animarla, no podían hacerlo. Ana se había abandonado y nada le interesaba, estaba completamente apática. A su alrededor empezaban a estar preocupados por aquella inusual actitud, a lo que ella siempre les contestaba lo mismo, que necesitaba más tiempo y espacio. Y es lo único que podían hacer los demás, darle lo que pedía, además de estar a su lado.

Y por fin, dos meses después empezó a salir de aquella dejadez que su

pena le había producido. Volvió de nuevo al taller, ante la alegría de todos, sobre todo de Lucas. Los chicos se volcaron en ella y pronto se encontró como si hubiera estado con ellos el día anterior.

Hugo había desaparecido y, en esta ocasión, de vez en cuando tenía la decencia de llamar a sus padres y, al menos, decirles que estaba bien, dónde estaba y poco más. Los reproches de Lucas habían surtido efecto.

Dos días después de echar a Ana de su vida, se fue a México, con Marc, su inseparable amigo, ya que este participaba en el *rally* de aquel país, puntuable para el mundial.

El siguiente destino fue Portugal y fue allí donde sus dos amigos Marc y Josep tuvieron una intensa conversación que lo dejó muy confundido.

—Hugo —le dijo Marc una tarde mientras estaban en un famoso bar de Guimarães, el día anterior de la inauguración del Rally de Portugal—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Hacerla puedes hacerla, que te conteste ya es otra cosa. —Y es que desde que salió de Barcelona unos meses atrás, no había quien lo soportara.

—¿Qué ha pasado para que salgas huyendo y no quieras volver a casa?

—¿Por qué tiene que pasar algo? Estaba cansado de aquella quietud y necesitaba salir, me estaba asfixiando.

—¡Ya! ¿Y esa cara? ¿Y esas ojeras? Si no quieres contarlo no lo hagas, pero al menos no nos mientas diciéndonos que no te pasa nada, no nos tomes el pelo —le contestó Marc ofendido.

—En realidad, no entiendo para qué quieres unos amigos, no confías en nosotros. Bueno, en realidad, no confías en nadie. —Josep suspiró lleno de resignación—. Da igual, total ya nos hemos acostumbrado a tu falta de confianza.

—¿Tampoco puedo estar con vosotros sin que me interroguéis? —Y levantándose de la mesa, soltando un billete sobre esta de muy malas maneras, les dijo—: Y tienes toda la razón, no sé para qué quiero amigos.

Y sin más, salió del local.

Marc y Josep no se movieron de la mesa, la comida estaba sin empezar, así que cogieron sus cubiertos y empezaron a comer. Comentaron entre ellos que volvía a estar como años atrás y se preguntaban qué habría pasado con la chica que llevaba saliendo todo el invierno y que tanto lo había cambiado. Durante unos meses, volvió a ser el mismo Hugo de antes del accidente. Pero otra vez era el mismo amargado de antes. No iban a insistir, si los necesitaba,

sabía dónde encontrarlos. Los dos se quedaron muy dolidos, volvía a cerrarse en sí mismo, enfadado con todo el mundo.

No había pasado ni media hora, cuando Hugo volvió a entrar en el restaurante y sin decir nada, se sentó en su silla. Todavía estaba su plato sin tocar, el camarero no se lo había llevado, pero la carne con guarnición que había pedido estaba helada. Llamó al camarero y le preguntó si podía calentárselo, y este, con una sonrisa en la boca, se llevó el plato de nuevo a la cocina.

Sus amigos ni siquiera lo miraron, siguieron comiendo como si no hubiera sucedido nada. Pero sí que había pasado y Hugo los conocía, sabía que, aunque se murieran de curiosidad, no volverían a interrogarlo. Ahora el que se sentía mal era él, les había fallado. Los amigos no son floreros, sino que comparten los buenos momentos y también los malos. Quería contarles lo sucedido, pero era duro reconocer, aunque fuera delante de ellos, que se había portado como un cafre con Ana. Ella no se merecía ese trato, cuando a su vida solo le había aportado felicidad. Aunque no quisiera reconocerlo abiertamente, en lo más profundo de su alma, sabía que la había cagado con ella. Lo que le sucedía era que había perdido la costumbre de hablar de sus problemas y le costaba abrirse. Lo pensó mientras daba vueltas alrededor del restaurante, hasta que volvió a entrar y ocupó de nuevo su silla. En esos momentos se percató de que necesitaba hablar de lo sucedido y, además, se lo debía.

Ana le había hecho ver que su familia y amigos se preocupaban por él y sufrían si lo veían mal. Él no podía ignorarlos y debía hacerles partícipes de sus sentimientos y confiar en ellos.

—Lo siento.

Pero ni Marc ni Josep movieron un músculo, siguieron comiendo, mirando al plato, como si no hubieran escuchado nada.

Hugo sabía que lo habían escuchado, pero estaban enfadados y tendría que ofrecerles algo más si quería que todo volviera a su cauce. Había sido un borde con ellos y ya llevaban mucho tiempo aguantando sus malos modos. Un día tenían que cansarse y podía ser que ya hubiera llegado ese momento.

—He dicho que lo siento —repitió Hugo avergonzado, le costaba mucho disculparse.

Trataba a todo el mundo como si fueran los responsables de su desgracia y sus amigos estaban ya cansados de aguantar sus continuos desplantes. De ahí

la forma de actuar.

—Te hemos oído. Me alegro. —Y sin más Marc se dirigió a Josep, y como si no hubiera vuelto a la mesa y siguieran siendo dos comensales—. ¿Pedimos el postre y el café? Yo voy a pedir lo que está comiendo esa señora —dijo señalando el plato que la señora de al lado se estaba comiendo.

—Eso es una Queijada de Sintra. Yo quiero algo de chocolate, voy a pedir la carta —señaló Josep.

—Lo entiendo, me merezco que paséis de mí, sé que he sido un gilipollas y me arrepiento, pero no sé cómo pedir perdón —reveló Hugo al sentir la indiferencia de sus amigos.

Se dio cuenta de que realmente estaba alejando a todas las personas que quería, tanto su familia como sus amigos. La paciencia no es infinita y estaban a punto de mandarlo a la mierda.

—Pues chico, empieza a hacerlo como lo hacemos todos. Mejor aún, piensa antes de hablar, no eres el centro del universo y empiezo a estar cansado de tu forma de actuar. Eres un déspota y, después de pasar tres años a tu lado, comiéndonos todo tipo de desplantes, estamos cansados —explicaba Marc sin cortarse un pelo y sin miedo de herir sus sentimientos—. Si no estás contento con tu vida, la cambias, y si no quieres esforzarte para cambiarla, te conviertes en un ermitaño, alejado de todo el mundo.

»Haz lo que quieras, pero esta situación ya cansa. No haces nada por superar lo que tengas en esa cabeza, eres hermético, no dejas que nadie te ayude, te escuche, y solo nos haces partícipes de tus malos modos y peores palabras —expuso Marc con total claridad. Estaba cansado de aquella manera de actuar y de su egoísmo.

—Ahora mismo llevas con nosotros desde el Rally de México, desde el mes pasado. No has vuelto a casa como hemos hecho los demás y te unes a nosotros en Portugal. Sin embargo, no eres capaz de contarnos qué sucede. Estabas muy bien hace dos meses y de pronto vuelves a ser el mismo ser tétrico en el que te has convertido, y no sabemos nada. Tú no quieres unos amigos, tú solamente quieres unos acompañantes para las comidas, cenas y alguna fiesta, o para no encontrarte solo en un país extranjero. Pues nosotros no estamos dispuestos a asumir ese papel, no lo queremos. Así que para eso búscate a otros, nosotros pasamos —le recriminó esta vez Josep completando así el rapapolvos de su amigo.

Hugo se quedó pálido, no esperaba esas duras palabras por parte de ellos,

pero lo reconocía, tenían toda la razón. Los dos le habían dado el espacio que necesitaba y nunca preguntaban. Pero, después de tres años, era normal que se cansaran. Sabía lo que tenía que hacer para calmarlos, lo que debió hacer desde un principio, abrirse a ellos. No quería perderlos, como tampoco quería perder a su familia. Había conseguido alejar a Ana de su lado, y las palabras de su hermano Lucas presagiaban que sus seres queridos ya no podían más, también estaban al límite. Estaba apartando de su lado a todas las personas que lo querían y, precisamente, por el mismo motivo que ahora le recriminaban sus amigos, la falta de confianza.

Y como le había dicho Marc, todo el mundo a su alrededor empezaba a cansarse. Debía remontar como fuera y aunque no sabía cómo confiar en ellos, tenía que hacerlo si no quería perderlos.

—Hace dos meses hice que Ana saliera de mi vida —les comunicó Hugo.

—¿Cómo lo hiciste? Bueno, si quieres contarlo —preguntó Josep resignado. En el fondo esperaba algo así

—Ella en un momento me dijo que se estaba enamorando de mí y yo propicié una discusión en la que Ana salió llorando de mi casa. Horas después vino mi hermano Lucas, son amigos, y me dijo casi lo mismo que vosotros acabáis de decirme. Me echó en cara que, por mi culpa, Ana estaba en el sofá sin poder dejar de llorar. Que jamás me perdonaría las lágrimas de mi madre. Incluso me dio un puñetazo. Pero lo que más me dolió en aquel momento fue saber que ella estaba sufriendo por mi culpa —confesó.

—¿Y qué quieres que te digamos? ¿Qué hiciste bien? ¿Qué eres un imbécil? Para saber la respuesta no hace falta que nosotros te lo digamos, creo que solo con verte nos hacemos una idea de lo que piensas —aseguró Marc.

—Estas seguro de que la has cagado, pero eres orgulloso y sufrirás hasta lo impensable por no doblegarte o comerte tu orgullo —apostilló esa vez Josep, con la intención de remover su conciencia.

Hugo no dijo nada más, pero reconocía que era verdad, que después de lo que pasó con Lidia, no creía en nadie. Es más, pensaba que todo el mundo, en un momento o en otro, le traicionarían. Por eso estaba a la defensiva en cuanto a sentimientos se trataba. También intuía que sería difícil cambiar aquella inercia y quedar expuesto a merced de los demás, aunque ellos fueran su familia y amigos. Pero, aunque no lo dijera en voz alta, dentro de su alma reconocía que tenía que empezar a cambiar la forma de actuar. Se estaba convirtiendo en un amargado, siempre malhumorado con el mundo entero, y

eso lo veía todo el mundo.

Alguna barrera de aquellas que había levantado años atrás se rompió ante sus amigos, porque se sintió con fuerzas para contestar a sus preguntas. Se dio cuenta de que no le molestaba ni le dolía hablar de ello, solamente un ligero pinchazo en el corazón le removía por dentro. Supo con claridad que no era por Lidia, sino por los años que había malgastado enfadado con todo el mundo.

A pesar de la conversación con sus amigos en aquel restaurante en el que abrió su alma, no volvió a Barcelona. De Portugal se marchó hasta Argentina, medio mundo recorrió con una sola idea en la mente, olvidarla. Pero, cuanta más distancia ponía entre él y Ana, más seguro estaba de su equivocación.

CAPÍTULO 16

Ahora se encontraba en Italia, más concretamente en la isla de Cerdeña, donde se disputaba el *rally* puntuable para el mundial. Empezaba a cansarse, nada de lo que hacía conseguía el propósito de olvidar a Ana. Llevaba más de tres meses lejos de Barcelona, pero su misión había fracasado estrepitosamente, cuanto más tiempo pasaba lejos de ella, más la añoraba. Intentó salir con otras mujeres y, era fácil, en cuanto lo veían por los circuitos en compañía del resto de corredores, no se apartaban de su lado. Pero, aunque lo intentaba con todas sus fuerzas y ponía todo su empeño, no podía seguir adelante, era imposible besar a ninguna otra.

Fue precisamente en Italia, antes de empezar la carrera, cuando Lidia se acercó a él con un propósito en su mente, volver a seducirlo una vez más. Como sucedía en otras ocasiones que se encontraban, su intención era de acabar en la cama. «Por los viejos tiempos», le decía ella mientras se contoneaba contra su cuerpo. Él accedía, no sabía el motivo, pero la volvía a meter en su cama. No era porque la deseara, solamente intentaba demostrarle a aquella mujerzuela que a él tampoco le importaba, que tenía superada su traición.

Esta vez no se dejó seducir como en otras ocasiones, esta vez, ni siquiera soportó que le pusiera un dedo encima. Por su culpa, por pensar que todas las mujeres eran como ella, había apartado de su vida a la más maravillosa del mundo. La única que, probablemente, lo quería de una manera totalmente desinteresada. Ya se había dado cuenta de que Ana lo quería por lo que era, por el hombre que había dentro de él y no por el corredor famoso.

A pesar de su negativa, con suaves gestos, Lidia insistía con diferentes tretas. Si algo sabía hacer era conseguir que los hombres cayeran rendidos a sus pies. Intentó camelarlo de mil maneras diferentes. Al final, Hugo asqueado por el continuo acoso la paró en seco.

—¡Ya basta Lidia! ¡Déjame en paz!

—¿Qué sucede? La última vez que estuvimos juntos, te morías por volver conmigo.

—¿Eso creíste? ¿Después de tu traición? Tendrás que buscar otro tonto que cargue contigo, yo tuve la suerte de que te encapricharas de otro y nunca te daré las gracias lo suficiente.

—Si quisiera, volverías conmigo, todavía me amas —respondió al comentario despectivo de Hugo.

—¡Qué ilusa eres! Un polvo cuando no tengo otra cosa a mano no significa nada, pero ahora no quiero ni eso. No pierdas el tiempo conmigo, busca a otro.

—¿Has encontrado a alguien?

—Eso no es asunto tuyo, ni eso ni nada que tenga que ver conmigo. Todo lo concerniente a mí dejó de ser de tu incumbencia hace mucho tiempo.

—¡Qué susceptible eres! Te tomas la vida muy en serio, Hugo —afirmó con una sonrisa muy falsa.

—Y tú demasiado a la ligera.

En aquel momento, Lidia cogió entre las manos la cara de Hugo. Acercó sus labios a los de él, le dio un intenso beso, lleno de deseo y con una clara intención; seducirlo de nuevo, como hizo años atrás. Sus brazos subieron hasta rodear el cuello de Hugo y aprisionándolo contra su cuerpo, se contoneó provocadoramente sin importarle que se encontrara entre corredores mecánicos y público. Un clic solitario sonó a su lado en ese momento y, en décimas de segundos se convirtió en una verdadera lluvia. Se separaron mirando hacia dónde procedían y ante ellos unos fotógrafos disparaban sus máquinas sin cesar. Lidia le obsequió con una seductora sonrisa, mientras Hugo se deshacía de aquellos brazos con rabia, con la intención de desaparecer entre la multitud.

—Si al menos quisieras aprovechar tu fama, no me importaría volver contigo —le dijo sujetando su brazo para evitar que se separara de ella, sin hacer caso a lo que, con tanto desprecio, le acababa de decir.

Hugo volvió a mirarla, la incredulidad se reflejaba en sus ojos.

—¿De verdad me lo dices? —No daba crédito a lo que escuchaba.

—Totalmente, aunque no seas corredor, podríamos ir donde quisiéramos y todo el mundo iría tras nosotros, las revistas nos sacarían en sus portadas, acudiríamos a todas las fiestas —decía entusiasmada.

Hugo tiró con fuerza para deshacerse de su agarre.

—Ni loco volvería contigo —le dijo con desprecio.

—Eso no lo sientes, lo haces para devolverme el golpe. Pero siempre me buscas y acabamos en la cama.

—Pero no porque sienta algo por ti, sino porque me da pereza tener que esforzarme en ser simpático y amable con cualquier mujer de ahí —dijo señalando a un grupo de mujeres provocativas como Lidia—, cuando lo único

que quiero es llevarte a la cama a ti o a cualquiera de ellas. Y no porque sea lo que más me apetezca del mundo, sino por la pereza que me da hacerme una paja. Tú me lo pones muy fácil, eres accesible, siempre estás a mano y te vendes muy barato. También sé que congeniamos en la cama y follar contigo está bien, pero de ahí a volver contigo, ni loco. Aunque fueras la última mujer del mundo, jamás compartiría mi vida de nuevo contigo. Cuando uno va de putas, prefiere a una que ya conozca que una nueva. Así que no me hagas reír más y ve a buscar a otro incauto que nosotros ya nos conocemos.

—¡Eres un cerdo! —exclamó roja de ira.

—¡Pobres animales inocentes, compararlos con nosotros! Yo seré un cerdo, pero tú eres una víbora, con perdón de ese animal.

—¡Te arrepentirás!

—Imposible, ya estoy arrepentido desde el día que te conocí.

Sin intercambiar ni una palabra más, ella se marchó muy enfadada hacia el grupo que la esperaba. Lidia era comercial de una famosa marca de bebidas y la encargada de promocionar dicha marca en el mundo automovilístico, de ahí su constante presencia en muchas carreras.

Hugo se fue en dirección contraria buscando a sus amigos. Mientras se alejaba se dio cuenta de algo, no sabía muy bien qué era, pero sintió una liberación, como si estuviera bajo el efecto de un maleficio y, de repente, este se hubiera roto. Un interruptor en su cabeza se encendió y vio con claridad. A partir de aquel clip en su cerebro, en vez de ver el abandono de Lidia como una desgracia, le pareció una bendición. Le había costado verlo, pero enseguida supo qué hacer.

Sin llegar a los boxes, donde se encontraban Josep y Marc, y sin despedirse, se marchó hacia el aeropuerto, compró un billete y esperó el primer vuelo con destino Barcelona. Les mandó un mensaje mientras esperaba.

Hugo:

Vuelvo a Barcelona, no voy a seguir escondiéndome. Teníais razón, igual que la tenía Lucas. Voy a enfrentarme a mi problema. Siento todo lo que habéis tenido que aguantar y gracias por no dejarme solo. Nos vemos en casa.

Su plan había sido un rotundo fracaso, se marchó para olvidar a Ana, para recuperar el rumbo de su vida, pero cuatro meses después se daba cuenta de que, en vez de conseguir sus propósitos, se encontraba pensando en ella a todas las horas del día, añorando cada beso, cada roce y cada sonrisa. La añoraba a ella.

No quería reconocerlo y no lo admitiría ante nadie, seguiría engañándose así mismo, repitiendo una y otra vez que solamente tenía que buscar otra manera de olvidarla, nada más. A lo mejor había elegido la peor forma de hacerlo, ahora estaba seguro de que marcharse a la otra punta del mundo no fue la mejor manera para conseguir su objetivo, subestimó lo que sentía por ella. Tendría que haberse alejado de Ana mucho antes, sin permitirse tenerla tanto tiempo a su lado, pero ahora era tarde, porque era imposible mantenerse lejos de ella.

Subió al avión y tres horas y media después aterrizaba en el Prat, el aeropuerto de Barcelona. No llamó a nadie para que fuera a recogerlo, cogió un taxi que lo llevó directamente a su casa.

Este lo dejó ante la puerta exterior, pagó la carrera y abrió tras desconectar la alarma. El jardín y la casa estaban en perfecto estado, tenía contratado un servicio de limpieza que mantenía su hogar en perfectas condiciones, aunque no estuviera durante un largo periodo de tiempo.

Admiró durante unos segundos desde la puerta el inmenso jardín, era una explosión de colorido. Después entró a casa soltando las maletas y, recorriéndola muy lentamente, le pareció más fría y desolada que nunca. Se había marchado dos días después de que Ana saliera de allí, porque no podía soportar aquel vacío y la tristeza se habían instalado en todos los rincones. Unos meses después, a pesar de la distancia, la sensación no había mejorado nada, al contrario, era mucho peor.

Se notaba su ausencia en toda la casa, Ana la llenaba con su alegría y risas. Echaba de menos hasta los pequeños detalles que le pasaron desapercibidos en el día a día, los grititos en la ducha cuando se obligaba a terminar con agua fría, los chapoteos en la piscina por su forma de nadar. Algo que no soportaba en los demás y que adoraba si ella lo hacía era el continuo tararear de cualquier melodía mientras hacía otra cosa. Incluso ahora echaba de menos no encontrar los botes destapados, tener que repetirle a cada momento que no fuera descalza todo el día. Y, sobre todo, la manía que tenía de abrir el capó de todos los coches. No quiso seguir enumerando todo lo que echaba en falta nada más entrar, porque recordaba cada uno de aquellos pequeños detalles que convirtieron su oscura vida en algo vibrante. Su vitalidad era contagiosa y, sin ella a su lado, volvía a ser un muermo. Sin embargo, esas cuatro paredes las sentía sin vida y, aunque siempre fue una casa impersonal, ahora, sin ella, estaba vacía.

Añoraba su música y aunque él las escuchaba una y otra vez, sin su presencia, las canciones no eran lo mismo. A través de la música, Ana expresaba sus sentimientos y él aprendió a distinguir su estado de ánimo sin necesidad de preguntar: romántica y melancólica cuando sonaban Jorge Drexler, alegre y con ganas de bailar si la música que escuchaba en ese momento era Rubén Blades o, por el contrario, llena de vitalidad y locura cuando los clásicos roqueros atronaban por toda la casa.

Aspiró hondo y volvió hasta la puerta, cerrándola, y cogiendo el equipaje fue hasta su habitación. Volvió a mirar todo con impaciencia, esperando que Ana saliera de cualquier rincón y se lanzara a sus brazos. Pero nada de eso sucedió. La casa estaba impoluta, nada fuera de su sitio y, como muy bien le dijo ella en una ocasión, era una casa impersonal que no trasmitía nada. Y tenía razón, observando cada pequeño rincón, nadie podría adivinar quién vivía allí. De pronto, todo lo que había entre esas cuatro paredes le oprimía, era como una cárcel. Lo que su hermano le había dicho en la última conversación que mantuvieron flotaba en el ambiente convirtiéndose en una realidad. Había dado en la diana. Aquellas palabras no dejaban de repetirse, como si se hubieran quedado encerradas. Sonaban como el estribillo de una canción «No tienes nada, solo posees cosas que nunca devuelven el cariño, en cambio, echas de tu lado a las personas que te quieren». Siendo más joven que él, Lucas le ganaba en sensatez, al menos tenía de todo lo que de verdad merecía la pena tener en la vida y era feliz.

Se metió en la ducha con la intención de que el agua arrastrara todas sus equivocaciones, pero cuando salió, nada había cambiado. Era él el que tenía que hacer el trabajo y no el agua. Se vistió y bajó al vacío salón. Cogió el teléfono y llamó a sus padres, la primera conversación la tendría con ellos, se lo debía después de haberse comportado como un desgraciado. La última vez que habló con Lucas, este le dijo cosas que le dolió escuchar y sobre todo le hizo reflexionar mucho. Le había costado reaccionar, pero en silencio y digiriendo todos los reproches hacia él mismo, comprendió que no podía seguir así, haciendo sufrir a las personas que más quería. Le dio tantas vueltas, que llegó a replantearse su vida por completo. Se había dado cuenta de que, durante los tres años siguientes al accidente, había sido... No encontraba un adjetivo adecuado para llamarse así mismo.

Pensaba rectificar su conducta y sabía que su familia le daría la oportunidad para hacerlo. Sería igual que el hijo pródigo que siempre

encuentra los brazos abiertos. Incluso Lucas, a pesar de sus duras palabras el último día que se vieron, lo haría. Habló con sus padres y quedó en comer con ellos. Comprobar la alegría de sus progenitores, a pesar de su comportamiento, solo porque iba a comer con ellos, hizo que sus ojos se quedaran momentáneamente nublados. No se merecía una familia como la que tenía.

Cuando llegó a casa de sus padres y los encontró ansiosos y deseando darle un abrazo, después de comportarse como un déspota durante tanto tiempo, se avergonzó y no pudo evitar abrazarse a ellos sin que la emoción afectara a su profunda voz. Carraspeaba para aclarársela, necesitaba pedir perdón una y otra vez.

—¡Sabíamos que un día u otro volverías a ser el mismo de siempre! Solo era cuestión de tiempo. No tenemos nada que perdonar, hijo, has sufrido muchas decepciones y todas en un corto espacio de tiempo. Has necesitado más tiempo para aceptarlo, nada más —respondió su padre ante los lamentos de su hijo.

—Siento haberme comportado como un desgraciado con vosotros, no he sido capaz ni de daros las gracias por todos vuestros desvelos, al contrario, solo habéis encontrado en mí malos gestos y desagradables palabras. Espero que me perdonéis, no he sido el hijo que merecéis.

—Estás perdonado si al escuchar esa palabra te vas a quedar más tranquilo. Te queremos y con eso es suficiente —replicó su padre, ya que su madre era incapaz de hablar, no podía.

Comieron los tres juntos y Hugo se sinceró con ellos y les explico cómo se sintió desde la traición de Lidia, haciendo llorar varias veces a su madre. Después les contó lo sucedido con Ana y la forma tan cruel de comportarse con ella. Su padre le confesó que durante dos meses no la había visto y que hacía poco más de un mes que había vuelto a ir a la nave todos los sábados, tenía el coche casi a punto y se había inscrito en el Rally de los Monegros o la Baja España Aragón, como *amateur*. Había obtenido la licencia para una carrera tras pagar 1.495€. El tiempo que quedaba hasta aquella dura competición, iba poner a prueba su coche durante todos los fines de semana.

A Hugo le entró el frío en el cuerpo. Recordar el escarpado terreno de los Monegros, las peligrosas roderas de sus polvorientas pistas y el pedregoso final de ese *rally* que hacía volcar hasta los pilotos más experimentados, lo hizo estremecer. Saber que Ana podía correr peligro le producía una enorme

desazón.

—¡Papá! Tienes que quitarle esa idea de la cabeza. Es peligroso para un corredor experimentado y ella carece de la experiencia necesaria para afrontar ese *rally*.

—Ya se lo he dicho yo, tu hermano y todos los chicos. Se lo repetimos a diario. Pero está tan convencida, que nadie puede hacerle cambiar de parecer.

Él ahora era menos que nadie para intentarlo.

Se despidió de sus padres y pensó que era el momento de llamar a sus hermanos. Empezó por Raúl, fue a su casa y allí los dos se confesaron sus problemas y decepciones. Después de una hora de conversación, se abrazaron emocionados. Habían esperado durante mucho tiempo la vuelta del hijo pródigo a la familia ¡y por fin, Hugo volvía a estar en casa!

Le tocaba el turno a Lucas. Sería más difícil hablar con él, su hermano era más joven y llevaba mucho tiempo decepcionado. Pero Hugo no se achicó. Buscó en la agenda de su móvil a su hermano pequeño, y sin pensarlo más le dio a la llamada. Después esperó nervioso.

Fueron tres toques y, al cuarto, la voz de Lucas pronunció su nombre. Hugo tragó saliva y contestó:

—Sí, soy yo. Necesito hablar contigo.

Lucas sintió en la voz de su hermano los nervios, la duda y algo que hacía mucho tiempo que no notaba; arrepentimiento.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—Sí, Lucas, necesito hablar contigo, necesito decirte que tenías razón en todo lo que me dijiste el último día que nos vimos. Y sobre todo quiero pedirte perdón y decirte que te necesito a mi lado y que te quiero.

Lucas no podía hablar, su garganta tenía un nudo que hacía imposible que un sonido saliera a través de ella. ¡Era su hermano, su hermano de verdad! Respiró hondo, esforzándose todo lo posible para poder contestar porque estaba totalmente emocionado. Lo había cogido por sorpresa y le costaba asimilarlo. Cuando había desistido, cuando había tirado la toalla y había renunciado a seguir luchando por su hermano, este reaccionaba.

—¿Lucas? ¿Estás ahí?

—Sí, pero no sé qué decir, no me lo esperaba.

—He pasado todo este tiempo dándole vueltas y más vueltas a nuestra última conversación y necesito decirte todo lo que pienso y siento. Tenías razón en cada palabra. He hablado con papá y mamá, y también con Raúl. Me

quedas tú.

—¡Vale! —dijo todavía más sorprendido—. Dime cuando quieres que nos veamos.

—Cuanto antes. Yo estoy en casa.

—Nos encontramos allí en media hora.

—Gracias. —Y sin ser capaz de decir algo más sin romperse, colgó antes de que su voz le delatara.

Media hora después, Lucas entraba en su casa como hizo cuatro meses antes. Era como la famosa película de *El día de la Marmota*, volvía a vivir la misma escena, nada cambiaba, pero todo era distinto. Era la misma situación, la misma casa, la misma puerta, el mismo encuentro, todo era igual, pero cambiaba lo esencial. Hugo por dentro no era el hombre de hacía cuatro meses, no pensaba igual y su actitud era opuesta a la de entonces.

Sin hablarse entraron hasta el salón y, Lucas, sin esperar que su hermano le ofreciera asiento, se dejó caer en aquel enorme sofá. Hugo se sentó en la mesa frente a él.

—Antes de nada, quiero repetirte que tenías razón en todo lo que me dijiste la última vez que nos vimos.

—Si te digo la verdad, estaba tan enfadado que apenas recuerdo lo que dije.

—Te lo resumo en pocas palabras. Me culpaste de hacer sufrir a nuestros padres, me tachaste de déspota, de niño mimado. Me dijiste que no tenía nada que mereciera la pena. Me llamaste egoísta, prepotente, y muchas más cosas que ahora no recuerdo. Me confesaste que estabas hasta los huevos de mí, que no me soportabas y que me fuera al infierno. Y para finalizar, me diste un fuerte puñetazo.

—¡Joder! ¿Todo eso hice? Sí que me cundió el tiempo —exclamó Lucas, un poco avergonzado—. No recordaba ni la mitad, solo sé que estaba muy enfadado.

—Pues yo las he repetido en mi cabeza hasta la saciedad, y cada palabra de las que me dijiste aquella mañana, eran ciertas. Durante estos cuatro meses recordaba todo lo que sucedió desde que recobré el conocimiento y la verdad es que me comporté como un verdadero cabrón. Siempre compadeciéndome a mí mismo y culpando al resto del mundo de lo que sucedió. Ni una sola vez le di las gracias a nadie, ni a vosotros, ni a mis amigos, o a mis compañeros, a nadie. Tampoco en todo ese tiempo pedí perdón, o dije un «lo siento», una

pequeña señal de arrepentimiento por la forma de comportarme.

»No me daba cuenta, pero cuanto peor actuaba con todo el mundo, más culpable me sentía y más me alejaba de vosotros. Tenías razón, no fui capaz de hablar o confiar en alguien, y eso que me lo poníais fácil. Pero estaba tan obcecado, que culpaba a todo el mundo de lo que me sucedía. He necesitado cuatro meses para darme cuenta de mi error y siempre estaré agradecido a la lección que me diste. Ojalá lo hubieras hecho antes.

Lucas lo escuchaba y, viendo el sufrimiento en sus ojos, deseó que el pasado regresara solo para hacerlo reaccionar. Si el tiempo retrocediera, le diría lo que pensaba sobre él y sobre su forma de actuar sin ningún miramiento. Estaba seguro de que, si lo hubiera hecho antes, le habría evitado este doloroso momento. Pero era inútil lamentarse de cosas que ya no tenían remedio. Por eso dejó de pensar y de culparse por mantenerse en silencio ante el despotismo de su hermano. Había que buscar soluciones. Lo que estaba hecho, ya nadie lo podía cambiar.

—¿Cómo está ella? —preguntó Hugo lleno de ansiedad.

—¿La verdad?

—Sí, no quiero más mentiras ni silencios, dime todo lo que tenga que saber sin tener en cuenta si me va a gustar o no. Lo que no quiero es volver a ser la persona que he sido durante estos años, no quiero que me escondáis nada para evitarme un sufrimiento, ¡se acabó!

—Vale, te lo diré sin esconder nada. Ana ha sufrido mucho, todavía lo hace, pero tiene una voluntad de hierro. Al principio, no pudo ir ni a trabajar, no comía, no dormía, solo lloraba. En aquellos primeros días nada amortiguaba su dolor. Se pasaba horas corriendo para que, al llegar a casa, el agotamiento la dejara sin fuerzas para pensar. Todo esto no me lo ha contado ella, lo sé por su amiga Olivia. Hace dos meses empezó a centrarse de nuevo en su coche y le hizo bien. Todos estamos muy pendientes de ella, sus hermanas no la dejan, sus amigos tampoco. La verdad es que eres mi hermano y te quiero, pero no entiendo cómo pudiste ser tan cabrón, cómo te ensañaste tanto con ella para dejarla. Ana es una mujer muy sensible y no sabe querer a medias. La dejaste muy tocada, cuando su único pecado fue amarte y tu reacción, por mucho que lo intentamos, nadie la entiende.

—¡Dios mío! Mi pobre Ana. ¿Qué he hecho? —se lamentó, frotándose la cara con las dos manos—. ¡Tengo que hablar con ella! Me voy a volver loco. Jamás podré perdonarme a mí mismo lo que le hice.

—No te presentes ante ella de repente, deja que asimile que has vuelto, que sepa que estás en la ciudad, y ya veremos cómo reacciona.

Siguieron conversando durante mucho tiempo. Hugo lo puso al día de sus visitas a sus padres y a Raúl, de todo lo que había hecho durante aquellos cuatro meses. La conversación que tuvo con Marc y Josep en Portugal, y todo lo que le echaron en cara. Contestó a todas las preguntas de Lucas y, en cuestión de unas horas y de muchas confidencias, juntos y sin parar de hablar, recuperaron el tiempo que habían perdido durante aquellos años oscuros.

Lucas le contó su incipiente relación con Olivia, le explicó el problema que se enfrentaban y que día a día iban superando. Deseaba que su hermano la conociera, pero le daba miedo la reacción que pudiera tener. Ana era su mejor amiga desde la más tierna infancia y su gran protectora. Después de haberla hecho sufrir tan cruelmente, sabía que Olivia le arrancaría los ojos si lo tuviera delante. Por eso le dijo:

—Mejor la conoces en otro momento, ahora mismo no creo que se alegre mucho. Primero debemos ocuparnos de Ana.

Hugo lo entendió a la primera y pensó que ya habría tiempo para conocerla. Lo primero y fundamental sería conseguir mirar a Ana a la cara y, más adelante, si ella se lo permitía, hablar.

CAPÍTULO 17

Ana permanecía ajena a la vuelta de Hugo, sabía que estaba fuera de España, pero desconocía su nuevo destino. Aunque se moría por saber de él, jamás lo demostraría. Tenía su orgullo y este estaba muy dañado y quería, ante todo, que la herida que llevaba en su alma se fuera cerrando poco a poco. Durante el día parecía que lo conseguía, entre el trabajo, buscar piezas por los desguaces, sus amigos, sus hermanas y el inminente nacimiento de Inés en solo dos semanas, daba la sensación de que lo estaba consiguiendo. Todas sus actividades conseguían que los días fueran vertiginosos. Pero cuando llegaba la noche y se encontraba en la soledad de su habitación, su decepción aparecía igual de cruel que el primer día. No podía olvidar al hombre causante de su desgracia, él amaba a otra que no se lo merecía. Pero en el corazón nadie podía mandar, lo mismo que ella no podía dejar de amarlo. Por mucho que se esforzaba, no lo conseguía.

Y noche tras noche, en la soledad de su cuarto y lejos de las miradas, lloraba en silencio, unas veces con pena y melancolía, y otras con rabia, pero cada noche lamentaba la ausencia de Hugo.

Ese sábado, Lucas estaba nervioso, quería decirle a Ana que su hermano estaba en Barcelona. Le estaba costando horrores hacerlo porque odiaba verla sufrir. Se acercaba a ella con esa intención y volvía a alejarse sin decir nada. No sabía cómo reaccionaría, si le supondría un dolor añadido o se quedaría indiferente, aunque este último supuesto le pareció difícil. Pero todo se solucionó de una forma inesperada.

—He visto en las noticias que Hugo está en Barcelona, no has dicho nada, Lucas —soltó Daniel al llegar esa mañana a la nave.

Fue una reacción en cadena, como si de una bomba atómica se tratara. Lucas se tensó, aunque no movió ni un músculo. Ana no pudo evitar que la llave que llevaba en la mano resbalara entre sus dedos para caer al suelo. Solo unas décimas de segundo tardó en recomponerse y actuar como si no hubiera escuchado nada. Peor lo tuvo Lucas, que debía contestar.

—Sí, ayer me lo comentó mi madre —les mintió a todos. No diría nada más hasta hablar con Ana.

Conocía bien a su amiga y, en cuanto se quedarán a solas, le preguntaría. Y así fue, esperó a que todos se marcharan y cuando quedaron los dos solos,

directamente lo hizo.

—Si sabías que estaba aquí, ¿por qué no me dijiste nada?

—Te lo iba a decir —le contestó—, pero la verdad es que no sabía cómo hacerlo, temía hacerte daño.

—Nadie me lo puede evitar, lo digas tú o lo diga Daniel, saber que está cerca, duele. Pero tranquilo, sé que me acostumbraré.

—Ha venido muy cambiado, no es el mismo.

—¿Habéis hablado de mí? —preguntó con miedo.

—Sí Ana, está preocupado por ti.

—¡Ya! Ahora está preocupado. ¿Y desde cuándo esa preocupación, desde ayer? ¡Mira, no me hagas reír, Lucas!, ¡y no intentes suavizar las cosas! Sé que es tu hermano, pero no me vendas la moto. ¡Hace cuatro meses que se marchó y ni una sola vez me ha llamado o me ha mandado un mensaje para preocuparse por mí! ¡Ni una sola vez ha sido capaz de demostrar esa preocupación! Así que no intentes dulcificarlo, yo me enamoré de él como una adolescente y, en cambio él no ha podido olvidar a su exnovia. Punto final.

—Te equivocas al pensar eso, no es así, pero no voy a insistir. ¿Qué haces hoy y mañana?

—Esta tarde nos vamos las cuatro hermanas juntas, Lola quiere salir antes de que nazca Inés y apenas tenga tiempo para hacer nada. Mañana, igual pruebo el coche o salgo con la moto, creo que mi cuñado Mario quiere que salgamos a dar una vuelta antes de comer. Desde que están embarazados, solo la coge para ir a la comisaría, pero echa de menos las curvas. ¿Y vosotros? ¿Cuándo os vais? Porque salís ahora, ¿no?

—Sí, recojo a Olivia y comemos por el camino. Después seguiremos con tranquilidad hasta Besalú. Queremos ver todos los pueblos medievales, y el próximo será Castellfollit de la Roca. Hemos visto fotos y Olivia quedó encantada, y ya sabes cómo es, quiere hacer sus propias fotografías.

—Ya me lo dijo. Me alegro mucho de que cada día estéis mejor, has tenido mucha paciencia y al final has recogido tu recompensa, Olivia ha caído a tus pies. Eres un encanto, y la quieres de una forma que me emociona.

—Sí, la verdad es que le ha costado confiar y creer en mí, pero al final lo he conseguido. Ana, Hugo quiere verte —dijo sin que viniera a cuento.

—Pues yo a él no.

—¿No le vas a dar ni la oportunidad de hablar contigo, aunque sea una vez?

—No, no le doy nada. Se lo di todo y lo despreció, me echó de su lado. Lo que de verdad quiero es olvidarlo y me está costando mucho sufrimiento y lágrimas. Llevo cuatro meses sin levantar cabeza y no quiero volver a empezar. Si tienes ocasión dile que me deje en paz, que ya me quedó claro lo que significaba para él.

Lucas no pudo continuar, los ojos de Ana estaban vidriosos y su expresión atormentada, así que no quiso seguir hurgando en su herida. Su hermano la cagó y si quería recuperar a aquella mujer, tendría que emplearse a fondo para ganársela, porque realmente lo tenía difícil. La abrazó con mucho cariño y la besó en lo alto de su rubia cabeza. Ana se dejó llevar y no pudo aguantar su pena dentro, y esta salió sin más.

—Quiero dejar de sentirme así, quiero dejar de llorar, quiero levantarme una mañana y que Hugo no ocupe mi alma, quiero olvidarlo y seguir con mi vida, por muy triste y vacía que sea sin él. Pero en cuanto pienso o hablo de él, todo el dolor vuelve a mí como el primer día. ¿Cuánto durará esto, cuándo volveré a ser la que era antes de conocerlo?

—No lo sé. ¡Ojalá pudiera darte una respuesta! Pero el amor puede ser como vivir en una nube y, al día siguiente, bajar a vivir en el infierno, no hay término medio. Hagas lo que hagas y decidas lo que decidas, siempre elije lo que te haga sentir mejor. Eres tú lo primero, piensa en ello.

—Gracias por estar todo este tiempo a mi lado. Sin todos vosotros no sé cómo hubiera salido adelante.

—Siempre estaré, igual que tú has estado al mío cuando lo he necesitado. Así es la amistad, hoy por ti y mañana por mí.

La sujetó entre sus brazos hasta que se calmó. Le dolía ver a su amiga tan vulnerable y, sobre todo, que fuera su propio hermano el culpable de aquel estado. Después de hablar con Hugo, supo con total certeza que él no estaba mejor que Ana, los dos por separado vivían un infierno. Pero ella, además, estaba muy dolida y su hermano era un cabezota, pasaría un tiempo hasta que cediera para hablar con él. Lo que tenía a su favor era que seguía enamorada y cualquier día podía sucumbir, aunque se negara a ello. El corazón siempre iba por libre y no le importaba nuestros razonamientos, incluso era capaz de derribar las barreras que levantamos para protegernos, haciéndolas caer en cualquier momento y por las causas más tontas. Solo había que esperar.

Ana volvió a su casa, pero antes lo hizo por la de sus padres. Quería tranquilizarlos y que ellos mismos comprobaran que estaba bien, por eso

pasaba a menudo para verlos. En aquella ocasión estaban solos y se quedó a comer con ellos. Sería una comida tranquila, porque nunca la atosigaban con preguntas como lo hacían sus hermanas, bueno, como lo hacían Lucía y Lola.

—¿Te quedas a comer con nosotros? —preguntó María con esperanza.

Fue una petición sencilla pero que encerraba mucha expectación. Los dos la miraban ansiando que la pequeña de la familia los acompañara y comprobar si estaba tan bien como ella decía o solo lo fingía. Sus padres tendrían suficiente con unos minutos de charla para saber la verdad. Ana lo sabía y, aún con todo, aceptó la invitación. Esperaba el interrogatorio para zanjar el tema, pero no le preguntaron sobre Hugo.

—¿Cómo va el coche? Hace tiempo que no me enseñas ninguna foto —preguntó Lucas.

—Le falta muy poco. Creo que en poco más de un mes podré empezar a correr en alguna prueba. Tengo fotos en el móvil —miró alrededor buscándolo—. Ostras, está arriba, en la habitación.

—Luego me las enseñas, hace días que no he visto los progresos.

—He empezado a trabajar de nuevo en él hace muy poco —dijo con sinceridad, su padre no se merecía menos.

—Lo importante es que ya has vuelto, eso es bueno —le animó sin preguntas incómodas.

Porque tanto Lucas como María, después de vivir las historias de todas sus hijas, sabían que lo mejor era no atosigarlas con preguntas que solamente incrementaban su dolor. Si necesitaban abrirse y contarles, lo harían. Ellos lo único que podían hacer era propiciar esos momentos, y el resto dependería de ella. Y ahora mismo, poco les importaba si estaba con Hugo o no, lo único que querían saber era cómo estaba su hija. El resto no les interesaba.

—Sí, ya estoy trabajando de nuevo.

—Esta noche me voy a pescar, tu madre me preparará la cena y me iré a la playa al atardecer, también hace mucho tiempo que no lo hago. Es algo que me gusta mucho y últimamente lo tengo olvidado.

—No me habías dicho nada —dijo María—. Si no vas con Pedro, te acompañaré, no quiero que vayas solo.

—No te gusta la pesca, María, y Pedro no va porque no le he dicho nada, no quiero ponerlo en un compromiso cuando sé que la rodilla le duele. Voy a la playa con una hamaca, la cena y un poco de música.

Ana pensó la noche que le esperaba a ella y que hacía mucho tiempo que

no salía con su padre. Nadie le estaba pidiendo que lo hiciera, ni siquiera se lo insinuaría, pero ella pensó en la satisfacción que sentía en aquellas noches de pesca junto a su padre. Recordó la complicidad que siempre hubo entre ellos y quiso revivir aquellos momentos. Sin más, dijo:

—Te acompaño. Hace mucho que no voy y me apetece —anunció con una radiante sonrisa—. Haznos una tortilla de patata, mamá, de esas que tú sabes, con mucha cebolla, ahora que no está Lucía. Y las cervezas. Cuando terminemos de comer buscamos las cañas, ¿vale, papá? —dijo Ana ajena a la sonrisa cómplice que intercambiaron sus padres.

Lucas lo había conseguido sin pedirlo, sabía que cuando estuvieran los dos solos, Ana se abriría a él y entonces sabría de verdad lo único que le interesaba, cómo estaba la pequeña de la familia. Desde muy niña había sido así, le gustaba pescar junto a su padre tanto en la playa como en las aguas de montaña cuando subían a Camprodon. No le importaba que sus manos olieran a pescado, tampoco le dio asco insertar el gusano dentro del anzuelo, lo hizo desde muy chiquita y con gran destreza.

—Tenemos que comprar cebo, ¿dónde? —preguntó Ana.

—No te preocupes, lo tengo en la nevera del garaje. Esta mañana fui a comprarlo. Yo iba a ir al Prat, pero si quieres ir a otro lugar, me lo dices.

—Allí está bien. Creo que en el armario de mi habitación tengo ropa para una noche de pesca —quiso recordar.

—En tu habitación tienes ropa para vestir a cinco mujeres. Tu armario sigue lleno —comentó su madre con una enorme sonrisa.

Era normal, lo que no le cabía en su casa lo llevaba allí. No soportaba tirar nada, era todo lo contrario de su hermana Lucía. Ella todavía conservaba ropas de su adolescencia.

Aquella tarde, después de una larga siesta y de ir a ver a sus sobrinos que vivían casi al lado, se preparó para una noche de pesca con su padre. Le inundó la misma emoción de cuando era una niña. Estaba alegre y preparaba su caña con esmero.

Cuando llegaron a la playa, todavía era de día y la gente paseaba por la orilla. Ellos plantaron su pequeño campamento y se sentaron mirando hacia el mar.

—Hacía mucho tiempo que no teníamos una noche de pesca, papá.

—Sí, os hacéis mayores y tenéis otras cosas que hacer.

—Esto era lo que necesitaba y no lo sabía —confesó aspirando la fresca

brisa del atardecer y observando cómo el sol se perdía por el horizonte. —Su padre no dijo nada, pero estaba preparando ese momento desde hace muchos días, y hoy Ana había picado el anzuelo—. ¿Sabes, papá? Es complicado el amor. Siento envidia de vosotros y de mis hermanas, porque mi historia nunca acabará como la vuestra. Hugo es egoísta y egocéntrico, solo mira por él. Sé que debo olvidarlo, pero no puedo hacerlo. Si supiera cómo se hace —se lamentó volviendo la cara hacia su padre, que seguía mirando al horizonte mientras la escuchaba.

—No hay una fórmula para conseguirlo, simplemente hay que vivir con ello y, cuando tu corazón lo decida, entonces se producirá el milagro. Solo puedes hacer una cosa: seguir viviendo y dejar que los que te quieren estén a tu lado, poco más.

—¿Crees que si lo hablo lo olvidaré antes?

—No creo que influya mucho para olvidarlo antes o después. Lo que te produce es una tranquilidad, una liberación que no consigues manteniéndolo dentro. Cuando cuentas un problema a otra persona, es como si te quitaras un gran peso dentro de ti. Te liberas de una gran presión, pero no lo olvidas, solamente te hace sentir un poco mejor.

—Hugo ha vuelto, y después de cuatro meses de silencio, quiere hablar conmigo. No sé qué hacer. No quiero ser muy blanda con todo lo que me ha hecho. ¿Qué debo hacer? Es tan complicado acertar.

—Lo más importante es no pensar y dejar que el corazón te guíe. La gente a la que preguntes te aconsejará montones de cosas y estoy seguro de que todas serán diferentes, pero solo tienes que hacer lo que quieras. Tú eres la única que vas a seguir viviendo con la decisión que tomes, nadie más. A veces los hombres nos equivocamos, sentimos miedo ante vosotras, y pensamos que poniendo tierra de por medio todo se arregla, pero nunca es así. No disculpo a ese chico, pero en cierta manera, lo entiendo.

—¿Crees que debo hablar con él? Temo que mi herida no se cure jamás si vuelvo a verlo. No sé qué es lo que quiere, igual hacerme más daño.

—Hablar nunca es una mala opción, pero siempre que tú quieras y estés preparada para ello. Si no lo haces, siempre te quedará la duda de lo que podría haber sido. En cambio, si hablas, para bien o para mal, vivirás tranquila con lo que decidas hacer.

Ana nunca lo había visto desde ese punto de vista, pero su padre tenía toda la razón. Lo único que necesitaba era estar preparada. Lucas, al verla

pensativa, enseguida supo qué era lo que pensaba, como si pudiera leer su mente.

—Eso no quiere decir que vayas corriendo a buscarlo, puedes tardar el tiempo que necesites.

Si casi tenía tomada una decisión, las palabras de su padre le dieron la confianza que necesitaba para hacerlo, eso sí, cuando estuviera preparada. Tenía a dos Lucas en su vida, su padre y su amigo, y los dos, sin haberse puesto en contacto, apostaban por el diálogo. Eso era una señal.

CAPÍTULO 18

A partir de entonces, cambió de actitud. Estaba harta de ser la que todos miraban con pena compadeciéndola. Llevaba tiempo fingiendo delante de todos, como si ya hubiera superado su desengaño amoroso. Después de aquella noche de pesca, no tenía superado aquel dolor, pero lo veía todo bajo un nuevo prisma. Seguir con su vida fue mucho más fácil.

Cuando conoció a Hugo, se entregó a él y le dio todo sin reservas, sin protegerse. En silencio y muy despacio, se enamoró de él sin imaginar que este no le correspondía, que no sentía lo mismo que ella. Y no solo hizo eso, sino que despreció lo que habían compartido durante seis intensos meses, cuando para ella habían significado tanto. Paseó por el lodo sus sentimientos y entrega, haciéndola sentir como una aprovechada. Con cada palabra que Hugo le dijo, un frío dentro de ella crecía y, fue tan intenso, que incluso ahora, meses después y en pleno verano, no podía evitar que un escalofrío recorriera su cuerpo. Se abrazó como hacía siempre que recordaba aquel cruel momento.

Todo el mundo a su alrededor era feliz. Sus hermanas vivían un momento dulce en sus relaciones. Dentro de un rato se encontrarían y, aunque intentaban disimularlo delante de ella, era imposible esconder la felicidad. Olivia y Lucas eran otro ejemplo de que el amor funcionaba en muchas personas, aunque no lo hiciera con ella. A su amigo le costó mucho derribar todas las barreras que, desde muy pequeña, Olivia había levantado para proteger su corazón, pero su tenacidad y dulzura lo habían conseguido.

También Javi y Luis habían comprendido lo que significaba esa simple, corta, pero tan intensa palabra, amor, y estaban viviendo un momento muy tranquilo en su relación. Al final, Javi había asimilado por completo que amar a alguien y ser amado no significaba tenerlo siempre atado a ti. Su amigo, después de muchos disgustos, supo con certeza que la confianza entre la pareja era esencial para que una relación funcionase. Le había costado entenderlo, pero lo estaba consiguiendo. Todavía les quedaba un duro camino por delante, pero sabían que juntos podrían con todo.

Al final tuvo que correr para arreglarse porque, en cuestión de media hora, sus hermanas estarían aporreando la puerta. Se vistió y se dio un pequeño toque de color en los pómulos, aunque era lo que menos le apetecía. Odiaba que Hugo la hubiera cambiado tanto. Recordaba con añoranza cuanto

disfrutaba arreglándose, de lo presumida que era, y en cambio ahora ni siquiera le importaba lo que se ponía, no disfrutaba como antes.

La insistencia del timbre la sacó de su ensimismamiento y corrió hacia la puerta antes de que lo quemaran, las muy locas.

—¿Queréis parar de llamar? ¡Ya bajo!

—¡¡Date prisa, que hace mucho calor!! ¡Nos vamos a derretir!

Ana cogió su bolso y salió de casa antes de que insistieran de nuevo. La verdad era que tenían razón, hacía un calor de castigo. Ese mes de julio estaba siendo muy cálido. Su cuñado Pablo les había reservado una mesa en el restaurante. Iban a tener una velada las cuatro hermanas, la última por unos meses, ya que Lola daría a luz en pocos días y no sabían cuándo podrían coincidir de nuevo una noche. La vida se les había complicado a tres de ellas, Lucía tenía dos niños y el tiempo libre brillaba por su ausencia. Hoy los había dejado con Manuel, pero a veces él también se ausentaba, su trabajo en la multinacional le obligaba a realizar algún que otro viaje. Blanca estaba con Pablo y disfrutaban de las mieles del amor. Y Lola y Mario también aprovechaban cada segundo que pasaban juntos, en breve se les complicaría la vida con el nacimiento de Inés. Seguro que encontrarían el tiempo para disfrutar de sus queridas motos, pero sería más complejo.

Llegaron al restaurante y, esa noche, entre Pablo, Fabio y Aser les habían preparado una mesa en uno de los rincones más íntimos del local. Ninguno de los tres se acercó durante toda la velada, sabían que era una noche para ellas y Pablo imaginaba que el motivo principal para quedar era conocer de primera mano cómo se encontraba la pequeña de la familia tras la vuelta de Hugo.

Se habían enterado porque Vanesa estaba al tanto de todo lo que se cocía en el mundo del deporte, y sabía que Hugo había vuelto a España procedente de Italia, del Rally de Cerdeña, donde estuvo acompañando a su gran amigo Marc, y le faltó tiempo para decírselo a Blanca. Por cierto, nuestra amiga Vanesa había derribado las defensas de su duro jugador. Otra vez David había derrotado a Goliat, pero en esa ocasión, el gigante estaba encantado de haber sufrido esa derrota. Le costó lo que no está escrito, lloró suficientes lágrimas para llenar un pantano, pero al final aquel gigante duro y altivo se convirtió en mantequilla en las manos de Vanesa. Pero esa será otra historia.

En cuanto Blanca se enteró, todas pensaron en la benjamina de la familia y necesitaban saber cómo le estaba afectando la vuelta de Hugo hablando con ella. Eso era lo que estaban haciendo. Fue Ana la que les facilitó el comienzo

de la conversación. Conocía a sus hermanas y sabía que estaban reunidas por ella.

—Supongo —comenzó la conversación Ana— que sabéis que Hugo está en Barcelona de nuevo. ¿Me equivoco? —Las tres asintieron mientras no dejaban de comer, sobre todo Lola, que últimamente no comía, sino que devoraba—. Y me imagino —continuó diciendo Ana— que queréis que os ponga al corriente de todo. ¿No es así?

—Sí, ya lo sabes, no hace falta ir con pies de plomo. Vanesa nos comentó que había vuelto y necesitábamos saber si estabas bien, y nada mejor que hablar contigo. Pero no queríamos hacerlo en casa el domingo, no sabíamos cómo te había afectado y cómo responderías. Queremos saber de verdad cómo te encuentras, si lo has visto, si se ha puesto en contacto contigo —declaró Lucía directa y sin irse por las ramas, así era la relación entre ellas, todo claro sin paños calientes ni disimulos.

—En el taller, uno de los chicos lo comentó y Lucas me lo confirmó más tarde. Había hablado con su hermano y, según él, estaba preocupado por mí. Solamente le dije a Lucas que si lo veía quería que le transmitiera un mensaje muy claro: que no quería que él se preocupara por mí ni tenerlo cerca. Insistí para que le dijera que se olvidara de mí, y no hay más noticias.

—Yo quiero saber cómo te ha afectado a ti su vuelta, independientemente de que lo veas o no, lo que sientes en el fondo de tu corazón —preguntó Blanca.

—¿La verdad? —preguntó Ana.

—¡Por supuesto! Y sabré si me engañas —aseveró Blanca.

—La verdad es que no he podido olvidarlo en estos cuatro meses y, cuando Daniel lo comentó, me dio un vuelco el corazón. Pero lo que yo siento no tiene mayor importancia, él sigue enamorado de su exnovia y no está con ella porque sabe que es una golfa y que se la pegaría con cualquiera. Por mucho que yo lo ame, él no puede corresponderme. Y no hay más que decir —expuso con gran claridad, sin esconder nada.

—Conociendo sus sentimientos, jamás debió jugar con los tuyos —lamentó Lola.

—Bueno, no vamos a estar debatiendo toda la noche lo que es correcto y lo que no lo es. Yo también debí alejarme de su lado cuando descubrí que seguía enamorado de ella y no lo hice —comentó, intentando defenderlo. Hugo no tenía toda la culpa, ella debió poner fin a ese simulacro de relación, a ese

espejismo que solamente existía en su cabeza.

—No entiendo por qué llegamos a ser tan masoquistas, debe ser algo que llevamos impreso en los genes, o tal vez en el apellido. Nos zambullimos de cabeza cuando nos enamoramos y salimos siempre escaldadas —dijo Lola pensando en que las cuatro habían pasado por conocer el desamor.

—Pero, al menos a nosotras tres —añadió Lucía—, el capuzón nos ha salido bien.

—¿Él quiere hablar contigo? ¿Por qué no lo dejas? No estaría mal que te diera una explicación después de cómo se ha portado —preguntó Blanca.

—Quiere hacerlo, pero yo no. No puedo tenerlo a mi lado sin recordar todo lo que hemos vivido juntos. Lo sigo amando y no podría soportar que me diga aquello de «No quiero perderte como amiga», porque no soportaría una humillación tan grande. ¿Lo entiendes?

—Sí. Lo siento, Ana, no debí insistir —afirmó Blanca avergonzada por no haber pensado en su dolor antes de hablar.

—Mejor nos dedicamos a cenar y a pasarlo bien, que no me quedan muchas veladas tranquilas —opinó Lola, viendo que su hermana estaba incómoda con la dirección que había tomado la conversación. Quedaba patente que necesitaba más tiempo para que ese tema no le doliera y ella sabía mejor que nadie que hay momentos en los que no quieres que tu vida esté continuamente en debate. Si ella quería intimidad, debían respetarla.

Ana no quiso contarles la conversación que había mantenido con su padre unos días antes en la playa. Todavía no estaba preparada para dar ese paso y no quería aquella polémica en esos momentos. Pensaba que, tarde o temprano, si seguía insistiendo, hablaría con él, pero estaba muy segura de que todavía no estaba preparada para hacerlo.

En aquel momento, entró en el restaurante Victoria. No se dio cuenta de que las cuatro hermanas estaban en una mesa. En realidad, no pudo ver nada porque Fabio se acercaba a ella y todo lo demás dejó de existir. En cuanto se encontraron, se fundieron en un apasionado beso. Por fin Fabio había tenido el coraje de plantarse ante ella y preguntarle si quería salir con él, a lo que Victoria no pudo negarse. Llevaban casi tres meses juntos. Como le decían sus amigos, a la única mujer que no fue capaz de dedicarle uno de sus numerosos y constantes halagos, fue la que le robó el corazón en cuanto entró en el restaurante. Ahora era un hombre comprometido, aunque siguiera regalando los oídos a cualquier mujer, era italiano y lo llevaba en la sangre. Pero

Victoria era la única dueña de su corazón.

Después de aquella pasional bienvenida, Fabio la acompañó hasta la mesa de las cuatro hermanas y esta se sentó con ellas.

—¿Puedo acompañaros o estáis tratando temas familiares?

—Tranquila —dijo Ana, dando así por terminada la conversación—, el tema del día ha finalizado, así que toma el postre con nosotras. Ya veo que tu relación con Fabio va viento en popa.

Se movieron para hacerle un sitio en la mesa y Vicki cogió el bolso para meter una revista rosa dentro.

—¡No me digas que ahora lees revistas del corazón! —exclamó Lucía cogiendo la revista y mirando la portada con curiosidad.

—No, lista, se la llevo a mi madre que no la perdona cada semana —le contestó Vicki.

—No te creas que yo cuando voy a la peluquería me las leo todas, me molesta hasta que me hablen. Esta todavía no la he visto, ya debe tocarme ir a la pelu —dijo ojeando con interés el interior—. Si cuando no voy para mí, tengo que llevar al peq...

No pudo acabar la frase cuando unas fotografías acapararon por completo su atención y no pudo terminar lo que decía. Su expresión cambió por completo, se sobresaltó y era incapaz de apartar la vista. Aquel silencio llamó la atención de todas, que la miraban con curiosidad. Iba a guardar la revista deprisa y corriendo, cuando Lola bromeó:

—Ni que hubieras visto al diablo, te has quedado blanca.

Si la forma de comportarse de Lucía había llamado la atención, las palabras de Lola lo remataron despertando la curiosidad de todas. La cara de sorpresa y a la vez de temor en la hermana mayor provocó que todas las miradas se concentraran en la revista. En décimas de segundo, todas las manos se tiraron sobre ella para descubrir qué había alterado tanto a Lucía.

Lola, que estaba más cerca y tuvo los reflejos más rápidos, se hizo con ella y, ansiosamente, la abrió pasando las hojas con tanta rapidez que parecía que las rasgaba. Al final dio con lo que buscaba. Levantó la vista y se encontró con cuatro pares de ojos que la miraban expectantes.

—¿Qué es lo que habéis visto? —preguntó Vicki.

No podía esconderlo, así que la dejó en medio de la mesa abierta por la página que había causado tanto revuelo.

—Lo siento, Ana —suspiró Lola.

La aludida miró aquella revista y las imágenes que ocupaban aquellas dos páginas. La cogió con las manos y no pudo evitar que una fuerte punzada atravesara el corazón. En aquellas fotos podía ver a Hugo abrazado y besando a una mujer. Sus sospechas se confirmaron cuando leyó el titular: «¿Reconciliación?». Eso era lo que parecía. Lo miró durante unos segundos y cuando leyó el pequeño comentario, dejó la revista en medio de la mesa. Blanca y Vicky la cogieron para ver también qué era lo que les había alterado tanto.

—Esas fotos están tomadas en el Rally de Cerdeña, solamente un día antes de que volviera a Barcelona —les aclaró Ana. Su voz sonaba vacía.

—¡Qué hijo de puta! ¿Esa es la que lo dejó en la estacada después del accidente? Claro que lo es, de ahí el titular. Es lo que se merece, una golfa que le saque hasta la hiel —comentó hecha una furia Lola.

—¿Cómo puede ser un hombre tan gilipollas? —preguntó Blanca sin dar crédito a lo que sus ojos veían.

—Ana, esto tiene que abrirte los ojos del todo. Te has librado de un... impresentable—. A Lucía no le salían las palabras para calificar cómo se merecía a ese ser tan despreciable.

—Él es el único que pierde, porque hay que tener estómago para meterse en la cama con semejante zorrón —comentó Vicki dejando de nuevo la revista.

Ana las miró y dedicándoles una tímida sonrisa, les dijo:

—Chicas, vamos a olvidarnos. La revista no dice nada que yo no supiera. Siempre os dije que seguía enamorado de ella y aquí está la prueba. Vicki, ¿me la puedo llevar?

—Olvídate de esto y no la mires más. Te vas a martirizar —le recomendó Lucía.

—No es lo que pensáis, quiero enseñárselo a mi amigo Lucas para que se convenza de que su hermano sigue enamorado de su novia. Él lo niega siempre y quiero mostrarle esto —dijo levantando en alto la revista— para convencerle.

—Claro que puedes llevártela —contestó Vicki, compungida por haber llevado la revista que estaba causando ese dolor a Ana.

Esta la metió en su bolso y siguieron con la reunión. Las pocas esperanzas que tenía ante la insistencia de Hugo para hablar con ella se habían desvanecido al ver aquellas imágenes. Al día siguiente se las enseñaría a su amigo y Hugo pasaría a la historia. Eso sí, su corazón estaba destrozado.

Después de albergar una pequeña esperanza, todo se desvanecía de nuevo.

Y es que en realidad poco más había que decir, no había debate posible, ella estaba enamorada de Hugo como nunca lo había estado de nadie, pero él amaba a Lidia, aunque su orgullo le impidiera estar con ella. De ahí su amargura y mal genio. Pero las imágenes hablaban por sí solas y no había nada más que decir. Ana, después de pasar cuatro meses lejos de él, no había podido olvidarlo, pero lo que sí había conseguido, y de golpe, fue asimilarlo tras ver aquellas imágenes.

Solo podía esperar a que pasara el tiempo para seguir con su vida. La conversación que pensaba mantener con él no iba a cambiar nada y no merecía la pena ahora que sabía que no había ninguna esperanza. Sería difícil olvidarlo por completo, pero lo intentaría con todas sus fuerzas.

Ana se despidió de sus hermanas y volvió a su casa después de repetirles hasta la saciedad que lo superaría, dejándolas así algo más tranquilas. También les había informado en qué situación se encontraba su corazón. Seguía sufriendo, pero como una vez le dijo Blanca y su padre, al compartir las penas estas no se olvidan, pero con el paso del tiempo disminuyen, o al menos eso parece.

Se tumbó en la cama e intentó dormir, pero su mente no estaba por la labor y, como cada noche, su voluntad flaqueaba y, en la soledad de su cuarto, recordaba una y otra vez los momentos vividos junto a Hugo. Cogió la revista del bolso y volvió a mirar aquellas fotografías, le dolía verlas. Aquellos labios que ahora besaban a otra, y esas manos que habían recorrido su cuerpo en tantas ocasiones, ahora ya no le pertenecían. Las lágrimas fluían sin que Ana fuera consciente de ello.

No pudo evitar, también como cada noche, que la nostalgia volviera. Le iba a costar mucho seguir con su vida anterior a Hugo. Y cuando el agotamiento se apoderó de ella, solo entonces se quedó dormida con un sueño inquieto y lleno de sobresaltos. Al menos, así habían sido los últimos meses.

Esa mañana, cuando se despertó con los ojos hinchados como cada día, se miró al espejo y se enfadó. La imagen que le devolvía no le gustaba, estaba dejando de ser ella, porque la chica que allí se reflejaba se parecía, tenía su pelo, sus facciones, pero no se reconocía. Sus labios no sonreían como antes y sus párpados estaban tan inflamados, que apenas podía ver aquellos bonitos ojos azules. Pero aquel día, verse en esas condiciones, le tocó la fibra. No podía seguir destruyéndose y dejar de ser ella misma por un hombre al que no

le importaba nada. Después de ver cómo besaba a otra mujer y de haber sacado toda su pena durante la noche, la rabia estaba tomando posiciones en su interior. ¿Dónde estaba su amor propio? Debía recuperarlo antes de que la pena la destruyera por completo. No esperó ni un segundo más.

Se metió en la ducha y cuando salió se dedicó a los cuidados de su cara, tenía que solucionarlo como fuera. Suerte que ese sábado estaba sola en casa, aunque era lo normal durante los fines de semana. Se aplicó una mascarilla y utilizó un montón de productos que hacía días que había dejado de ponerse.

Había quedado con Lucas y los demás en el garaje como los últimos sábados, pero no era ella. De repente se acordó de algo y cogió su móvil.

—¿Lucas, podemos quedar nosotros media hora antes?

—Pues claro que podemos. Te espero en el bar de siempre y desayunamos juntos. ¿Pasa algo?

—No, nada importante, pero necesito hablar antes contigo.

—En una hora nos vemos.

Desde hacía cuatro meses, vivía sin prestar ningún interés a sus ropas y sin apenas maquillarse si no era para disimular su estado. Solamente las gafas de sol se convirtieron en un complemento indispensable, todo lo demás dejó de interesarle. Pero hoy quería lucirse, estaba harta de sentir cómo la miraban con lástima y eso se iba a acabar en ese mismo momento. Se peinó con gran esmero, dejando perfecta su abundante melena rubia. Se maquilló con sencillez, un poco de sombra y máscara de pestañas. El espejo le devolvió una imagen completamente diferente a la de una hora antes. No parecía la misma chica. Y por último eligió el vestuario que ella solía llevar antes de su decepción. El resultado fue espectacular, casi era la misma Ana de antes, únicamente un pequeño detalle la delataba, sus ojos, eran tristes y le faltaba la viveza y alegría de siempre, a pesar de que el maquillaje intentaba disimular esa carencia.

No creía que Hugo se acercara por la nave, hacía días que había vuelto y hasta entonces no lo había hecho. Pero si los visitaba, no quería que la viera hecha un desastre, no quería que supiera, nada más verla, cuánto le estaba afectando su abandono, tenía su orgullo.

Cuando estuvo preparada, cogió su bolso, las llaves y se fue con un ánimo diferente, sentirse guapa estaba ayudando mucho. Debería de haberlo hecho mucho antes, pero para todo hay un punto de inflexión y las imágenes que había visto en aquella revista, junto con el reflejo que el espejo le devolvió

aquella misma mañana, había sido el suyo.

Se subió al coche y salió del centro de la ciudad, para coger la ronda. Aparcó delante del bar donde Lucas la estaba esperando.

—¿Cómo puedes comer todo eso tan temprano? —preguntó Ana señalando el bocadillo que sujetaba entre las dos manos.

—Tampoco es para tanto. ¡Estás preciosa! Cuánto me alegra volver a verte así, vuelves a ser la misma.

—Sí, a partir de ahora vuelvo a ser yo.

—¿No comes nada?

—He pedido un café con leche. No voy a perder más tiempo. —Y sacó la revista dejándola delante de Lucas—. ¿Sigues manteniendo que necesita hablar conmigo y que está preocupado por mí? ¿También el cuento de que su exnovia no le interesa?

Lucas abrió los ojos como platos ante las imágenes que salían en aquella revista. Hugo estaba en brazos de Lidia y ¿se besaban?! No daba crédito a lo que veía.

—Y no son antiguas, están sacadas en el Rally de Cerdeña, apenas hace quince días.

—Estoy seguro de que esto tiene una explicación.

—Sí que la tiene, ¿quieres qué yo te la dé? Es muy fácil, ella —dijo señalando con el dedo a Lidia— es la mujer que ama. Y si quiere hablar conmigo, es para soltarme eso de «no te quiero perder como amiga» y tranquilizar así su conciencia. Pues no lo voy a consentir, no pienso pasar por una humillación así.

—Te aseguro que eso —señaló la revista— no tiene nada que ver con lo que hemos estado hablando.

—Al parecer te ha engañado. Las imágenes no tienen otra explicación.

—Hablaré con él.

—Por mí no lo hagas.

—Lo hago por mí. Me debe una explicación. ¿Me dejas la revista?

—Toda tuya, no tengo intención de conservarla. No voy a coleccionar sus imágenes como si fuera una loca despechada. Esta la traje simplemente para abrirte los ojos —añadió riendo con una amargura que intentaba esconder.

—Ve a la nave, yo voy a ver a Hugo que me tiene que explicar esto.

—Haz lo que quieras, pero no hay mucho que explicar, ¿no crees? Las imágenes hablan por sí solas.

Cuando llegó al taller, solo estaba el padre de Lucas y Carlos, todos los demás todavía no habían llegado. Los dos se quedaron mirándola en cuanto salió del coche y fue Carlos el que no pudo evitar un comentario lleno de alegría, no por verla tan guapa, sino por lo que significaba el cambio.

—¡Ya era hora de que volvieras a ser la misma de siempre; nuestra Ana! —exclamó Carlos.

—¡Estás muy guapa, hija! —comentó contento el padre de Lucas.

—Gracias a los dos. Creo que ya ha llegado la hora de pasar página.

—¡Esa es nuestra chica! Por fuera parece una delicada figura de porcelana, pero por dentro tiene una voluntad de hierro —le animó de nuevo Carlos, a la vez que la abrazaba.

—Vamos a dejarnos de tanta cháchara y a lo nuestro, que queda muy poco tiempo para terminar mi coche, en mayo del año próximo tengo que estar preparada para correr con él en la carrera Tramo de Tierra Robres en los Monegros, y en poco más de dos semanas me voy de vacaciones. Quiero probarlo antes de irme. Me gustaría empezar a correr a partir de septiembre para estar preparada.

—Es un poco precipitado, Ana —dijo el padre de Lucas—. Deberías revisar el coche mucho más a fondo. No es suficiente tiempo para preparar un vehículo. Si quieres participar en una carrera hay que salir a probarlo mil veces y retocar los posibles fallos. Hay muchos *rallies*, quizá deberías posponer esa carrera, no has corrido nunca, ni siquiera has ido por pistas. Y tienes que ganar experiencia, no es lo mismo correr en tierra que en asfalto.

—Durante las vacaciones podré venir todos los días, pero quiero correr en los Monegros, es la tierra de mi padre y quiero darle esa sorpresa. Mi abuelo era de Sant Feliu, pero mi abuela era de un pueblo de esa comarca, Grañen, y mi padre raro es el año que no va a visitar el pueblo de su madre. Por eso quiero correr por primera vez allí, en honor a él.

—Bueno, pues tendrás que espabilar bastante y, aunque parece que falta mucho, la carrera está a la vuelta de la esquina.

—No te preocupes por eso, estoy dispuesta a comerme al mundo si es necesario.

Fue a cambiarse y enseguida se puso con el coche.

CAPÍTULO 19

Lo que ella no sabía y ni siquiera llegaba a sospechar, era que, desde lejos, unos ojos azules no perdían detalle de todo lo que hacía. La miraba con ansiedad. Durante cuatro meses la había añorado y echado de menos como nadie podía imaginar. ¡Estaba tan guapa! Le gustaría correr hacia ella y tomarla en sus brazos para besarla hasta que ninguno de los dos pudiera respirar. Pero no podía ni ir a saludarla, su hermano Lucas le había prohibido acercarse a ella. Le había dicho que Ana había sufrido mucho con su abandono y posterior ausencia y que ahora que empezaba a remontar, no quería que la hiciera sufrir de nuevo.

Pero no le había prohibido que la mirara desde la distancia y eso era lo que estaba haciendo. Hugo no buscaba una relación ni nada parecido, la echaba de menos, pero solo añoraba lo que tenían antes de que Ana le confesara sus sentimientos. Era estupendo tenerla en su vida, pero ¿en calidad de qué? Le gustaría hablar con ella y volver donde estaban hace cuatro meses, pero eso era algo imposible. Había sido una equivocación huir y sobre todo hacerla sufrir gratuitamente. Le gustaría tenerla como la tenía, pero sin que hubiera sentimientos muy profundos por el medio, y por parte de ella los había. El móvil interrumpió sus reflexiones, pero no dejó de mirarla.

—Dime, Lucas —contestó.

—¿Dónde estás? Tengo que hablar contigo con urgencia.

—Estoy muy cerca de la nave.

—Te dije que no te acercaras a Ana todavía.

—No me he acercado, solamente doy una vuelta y miro desde lejos.

—Yo estoy en la entrada de la zona industrial, ven hasta aquí.

—Vale —protestó ante la exigencia de su hermano.

Y pocos minutos después, aparcaba la moto detrás del coche de Lucas que lo esperaba apoyado sobre su maletero. Mientras se acercaba a él, era como si lo viera por primera vez y distinguía con mucha claridad cuanto se parecían. El tono rubio del cabello era idéntico al suyo. Aunque no llevaban el mismo corte, las facciones eran casi calcadas, sus ojos eran del mismo azul y los estaba entrecerrando de la misma forma que él mientras se acercaba. La mirada de su hermano no le hacía presagiar nada bueno, estaba enfadado, lo conocía.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme y que no puede esperar?

Lucas desdobló la revista y golpeó el pecho con ella. Hugo la cogió.

—Ahí lo tienes —dijo estampándola con fuerza y obligándolo a sujetarla—. ¡Cómo puedes ser tan falso!

La abrió buscando la causa del monumental enfado de su hermano y en cuanto vio las imágenes lo comprendió. Tenía que haber imaginado que aquel momento tan fotografiado saldría en cualquier revista. ¿Y el titular? Vamos, para echar a correr. No pudo evitar sonreír al pensar en lo iluso que había sido.

—No entiendo que es lo que te hace tanta gracia. ¿Por qué me dijiste que estabas preocupado por Ana y que querías hablar con ella cuando te has reconciliado con esta? —dijo despectivamente.

—¿Y tú también te lo crees? Mira, te voy a contar lo que sucedió en realidad. Lidia quemó su último cartucho, me cogió por sorpresa y me besó, momento que aprovecharon unos *paparazzis* para inmortalizar el momento. Medio minuto después, me largaba de allí hacia el aeropuerto.

—Ana también las ha visto —dijo señalando la revista—, ella ha sido la que me la ha dado.

—¡Joder! —exclamó, tirándola con rabia.

—Está convencida de que has vuelto con Lidia.

—Pero ¡eso no es así! Tengo que aclarar este embrollo.

—Yo hablaré con ella, tú mantente al margen por ahora.

Hugo no la perdía de vista, siempre que trabajaba en la nave la observaba desde una distancia prudencial, nadie sospechaba que estaba allí, excepto su hermano. Por mucho que Lucas intentaba convencerla de todas las formas posibles, Ana no se dejaba convencer y al final de lanzó un *ultimátum*.

—O dejas de insistir en que no es verdad lo que vi con mis propios ojos, o dejo de venir aquí con vosotros y me busco otra manera y lugar para arreglar mi coche, tú eliges.

Así que no le quedó otro remedio que permanecer callado. Pero días después en el premio de Finlandia, unos periodistas captaron unas imágenes que aparecieron en un famoso programa dedicado a la prensa rosa. En ellas salía Lidia con un famoso corredor en una actitud muy cariñosa. También salieron las imágenes que le habían tomado besando a Hugo y desmintiendo así la noticia que daba la revista. Casualmente, Ana tenía la televisión puesta

mientras comía con su madre y casi se atraganta cuando la escuchó.

Su móvil sonó y no tuvo que mirar la pantalla para saber quién llamaba.

—De acuerdo, Lucas, tenías razón.

—Pero eres tan cabezota que no escuchas.

—Vale, no ha vuelto con ella. Pero no me negarás que se estaba dando un buen lote. Además, eso no cambia nada.

—Lo que tú digas. Para ti igual no cambia nada, pero para mí lo cambia todo. Hugo no me ha mentido.

Durante días se dedicó en cuerpo y alma a su coche y, antes de lo previsto, lo tenía preparado para probar. Quería seguir el consejo de Miguel, el padre de Lucas, y dedicarse a correr en todas las pequeñas carreras que salieran hasta coger la experiencia necesaria y correr en el Tramo de Tierra Robres en los Monegros. Quién sabe si en alguna ocasión podría participar en La Baja Aragón.

Aquel fin de semana había quedado todo el grupo para acompañarla en su primera salida y Lucas sería su copiloto. Había unas pistas forestales en el pueblo de Miguel, padre de Lucas y Hugo, que eran perfectas para probar el coche. Este había pedido permiso al ayuntamiento del pueblo para evitar problemas, y el alcalde no puso ningún reparo en dárselo, todo lo contrario, para los vecinos fue un honor que un gran corredor hiciera el entrenamiento en sus tierras. Miguel había contado una mentira piadosa diciéndoles que sería Hugo el que entrenaría, así que la parte más complicada, la legal, estaba cubierta.

El pueblo, Linyá, se encontraba a unos cien kilómetros de Barcelona y a muy pocos de Cardona. Esas pistas fueron las elegidas para poner a prueba el coche y saber si estaba preparado para afrontar un rally de tierra.

Esa mañana madrugaron. Querían probar el coche y volver a Barcelona lo antes posible. A las nueve de la mañana, ya estaban preparados para dar unas vueltas con el coche y ponerlo al límite. Ana no tenía mucha experiencia en pistas de tierra, había corrido siempre en circuitos y carretera, pero alguna vez tenía que ser la primera. Y hasta la fecha de la carrera, pensaba salir todos los fines de semana a quemar rueda en unos campos sin cultivar que los padres de Carlos tenían cerca de Martorell.

Todo el grupo se concentró en el principio de la pista, a unos tres kilómetros del pueblo. Ana y Lucas se prepararon y comenzaron a subir por el escarpado camino, levantando una enorme polvareda tras ellos.

Lo que Ana ignoraba era que Hugo también estaba allí. Había llegado antes que ellos y estaba en lo alto de la pista, desde donde podía ver el recorrido de la serpenteada carretera. Tanto su padre como su hermano estaban al tanto de su presencia.

Comenzó la subida de aquella escarpada pista, que se encontraba en pésimas condiciones. Las roderas que el agua había producido en algunos tramos habían dejado la pista intransitable. Hubo momentos en los que ella temió que su coche se colara en uno de aquellos enormes agujeros y desapareciera.

El coche funcionaba a las mil maravillas y la suspensión estaba más que probada con los continuos socavones.

—¡Lucas! ¡No puedo esquivarlos! No me da tiempo.

—¡Intenta ir por la derecha y que las ruedas se queden siempre fuera de las roderas!

—¡Qué listo eres! ¡Eso ya lo sé! Pero en esta carretera es imposible.

Justo en ese momento, como para burlarse de ella, apareció una repentina pendiente, muy pronunciada, con una enorme rodera que cruzaba la pista. Ana intentó disminuir la velocidad, ya que era imposible esquivarla, pero fue inevitable que un tremendo golpe sacudiera el coche de arriba abajo.

—¡Acelera para poder salir! —exclamó Lucas cuando vio que el coche se paraba y Ana no hacía nada.

—¡Lucas! Se ha debido de romper algo, ¿no lo has oído?

—Ha sido el golpe de los bajos. Cuando paremos lo miraremos, pero ahora sal de aquí.

Ana aceleró y sacó el coche del enorme socavón y siguió deslizándose por la pendiente, hasta que quiso frenar y, por mucho que pisaba el pedal, estos no respondían. Esta se volvió aterrorizada hacia Lucas y le gritó:

—¡Lucas! ¡Los frenos no responden!

—¡Tira de la palanca del freno de mano!

Ana seguía pisando el pedal del freno sin parar y no podía apartar las manos del volante. El coche cogía velocidad y al soltar el volante para accionar el freno de mano, la dirección no respondió. No podía dominarlo.

—¡No puedo, se me va el coche! ¡No tiene estabilidad!

Apenas le dio tiempo de terminar la frase cuando ante ellos se cerró la pista en una curva. Giró con violencia para no caer por la ladera llena de pinos, pero la mala fortuna quiso que un nuevo bache desestabilizara el coche

y, sin poder remediarlo, volcó cayendo al margen de la pista. Con mucha dificultad, Lucas soltó el cinturón de seguridad y salió por la ventanilla. Intentó sacar a Ana, pero ella estaba inconsciente y solo no podía. Le soltó el cinturón y comenzó a gritar, llamaba desesperadamente a Ana y esta no le respondía.

Lucas estaba desesperado, cuando un coche frenó y casi se lo lleva por delante, quedando a unos centímetros de él, que intentaba desesperadamente sacar a su amiga.

De repente se percató de la presencia de su hermano. No sabía cómo había llegado tan rápido, a pesar de estar cerca de su posición, pero estaba.

—¡Hugo! ¡Dios mío! ¡No dice nada! ¿Y si está gravemente herida?

—¡Cállate! ¡No digas eso ni en broma. ¡Vamos, ayúdame!

Entre los dos dieron la vuelta al coche y Ana empezó a volver en sí. Ya estaba totalmente consciente y los dos hermanos pudieron sacarla sin dificultad. Una vez fuera, Ana miró el coche y se puso a gritar como una loca. Estaba tan nerviosa que ni siquiera se percató de que Hugo era uno de los que la había sacado.

—¿Estás bien? ¡Estate quieta, no grites más!

—¡Lucas! ¡Me he cargado el coche! —gritaba histérica, corriendo alrededor del vehículo, observando los desperfectos.

—¡No nos ha pasado nada! ¡Deja el coche, ya volveremos a arreglarlo!

Ana se volvió hacia él, pero cada vez lo veía con más dificultad, Lucas se alejaba, su voz le llegaba cada vez más remota y apenas podía distinguir lo que le decía. Sus piernas le temblaban y poco a poco se iban doblando. Su amigo, que la observaba confundido, no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo. Su semblante iba perdiendo el color y los ojos se quedaban en blanco. Su cuerpo, después de temblar por un último intento de mantenerse de pie, cedía y se desplomaba a cámara lenta.

—¡Ana, Ana! —la llamó, ahora de nuevo asustado.

Pero ella ya no pudo escuchar como su amigo la llamaba y corría hacia ella para cogerla, antes de que su cuerpo se estampara contra el suelo. Tanto a Lucas como a Hugo les cogió por sorpresa aquel inesperado desvanecimiento y no pudieron reaccionar a tiempo y evitar su caída. Suerte que Ana llevaba todavía su casco y el traje de piloto y el golpe no le produjo ningún daño. Lucas llegó hasta ella, le retiró el casco e intentó reanimarla.

—¡¡¡Ana!!! —gritó.

Hugo quería mantenerse un poco retirado hasta que ella se tranquilizara, pero la escena lo aterrorizó como pocas cosas hasta ese momento. Su hermano la sujetaba por los brazos, mientras el resto de su cuerpo yacía inerte sobre el suelo. Lucas le hablaba y le daba pequeños golpecitos en su mejilla, con la intención de que esta reaccionara y volviera en sí.

—¿Qué ha sucedido, Lucas? —preguntó Hugo sin poder moverse—. ¡Joder! La he visto salir del coche y ahora está sin conocimiento.

—¡No lo sé!! Tú también estás aquí, así que no preguntes, sé lo mismo que tú. ¡Estaba bien y de pronto se ha desvanecido! —contestó con nerviosismo.

Hugo no perdió más el tiempo y la cogió de los brazos de su hermano. Tenerla así, totalmente inerte, hizo que todas las defensas que durante cuatro meses había levantado se derrumbaran de golpe.

El miedo lo sacudió y mil pensamientos cruzaron por su cabeza, y ninguno era bueno. Unos meses atrás, había despreciado el amor que la mujer que tenía entre sus brazos le dio sin esperar nada a cambio. Él sabía que Ana no se parecía a Lidia en nada, que no tenían nada en común, pero su desconfianza le hizo cargar contra ella, y además de despreciarla, la humilló ridiculizando su amor. Pero en unos segundos todo había cambiado. Fue como si durante mucho tiempo hubiera llevado una venda en los ojos que no le permitía ver con claridad. Al sentirla así, completamente inmóvil en sus brazos, el miedo se apoderó de él.

Todo había sucedido en unos segundos, y pensar que podía perderla para siempre le hizo tener más miedo que cuando vio cómo su coche bajaba por aquella ladera nevada de Mónaco, y vio su propia muerte.

¡Dios mío! Ana era... Era todo. ¿Y si no despertaba?

Tenía que reanimarla como fuera, porque, ahora lo sabía, ella era su vida. ¡Qué ironía! Ahora se daba cuenta de sus sentimientos y se moría por decirle que también la amaba, y que la había amado antes de conocerla. Solo con mirarla durante meses, se había enamorado de ella.

¡Qué inútil había sido! Solo quería volver atrás en el tiempo, al día que le confesó su amor, y decirle que él también la amaba con toda su alma. Que era la única dueña de su corazón, y que ese corazón solo latía por ella.

La estrechaba contra su cuerpo. Se sentó en el suelo con ella en su regazo.

—¡Lucas, trae agua de mi coche! Y mira en el botiquín, debe de haber alcohol.

Lucas corrió hacia el coche y, con mucha prisa, le dio a su hermano todo lo

que le había pedido sentándose a su lado. Echó agua en la palma de su mano y mojó con suavidad la cara de Ana. Repitió la operación una y otra vez y, al comprobar que no volvía en sí, empezó a recorrerle un sudor frío por todo su cuerpo. No se daba cuenta, pero su mano temblaba mientras le echaba agua, el miedo empezaba a hacer estragos. Temía que ella no volviera a abrir jamás esos ojos azules con los que soñaba desde que la conoció. No pudo evitar que sus dedos recorrieran su dulce y pálida cara. Tenía que reanimarla como fuera o se volvería loco.

—¡Lucas! Echa alcohol en un trapo, el olor la hará volver en sí —gritó histérico Hugo—. Y si esto no funciona, debemos volar al hospital más cercano.

Acercaron el tejido empapado y enseguida reaccionó y se removió entre sus brazos, intentando alejarse de aquel desagradable olor, pero sin abrir los ojos.

Los dos hermanos respiraron al ver cómo se removía. Hugo no se desplomó porque ya estaba sentado, pero todo el cuerpo le flaqueaba. La tensión de estos últimos minutos, intentando reanimarla, lo había llevado al límite y seguía aterrado. Únicamente pensaba en todo el tiempo que había desperdiciado por su cobardía, por negar sus sentimientos, por huir sin pararse a pensar y por dejar que el fantasma del pasado volviera a condicionar su vida.

Durante unos meses fue feliz a su lado, apenas pensaba en el accidente que sufrió, o en su exnovia, y si lo hacía era de pasada. Con las pesadillas había sucedido lo mismo, mientras dormía a su lado y la sentía entre sus brazos, estas cesaron. Hasta que su sitio se quedó vacío. Entonces todo volvió a empezar.

CAPÍTULO 20

—¡No te muevas! Estate quieta, no sabemos si sufres alguna lesión interna, debemos ir al hospital ya —exigió Hugo.

—¿Cómo está el coche? —preguntaba ella una y otra vez sin atender a ninguna indicación.

—¡Ana, por favor! Deja de preocuparte por el coche. ¡Da igual como esté! Siempre podremos arreglarlo de nuevo —le contestó nervioso Lucas.

—¡Lucas, mi coche, no puede quedarse aquí! ¡Por favor! —suplicaba.

—¡Llama a la grúa del taller y que vengan urgentemente! —intervino Hugo.

—¡No quiero nada tuyo! ¡No te he pedido nada! ¿Qué haces aquí? —exclamó ella que hasta ese momento no se había dado cuenta de que Hugo estaba allí.

—No seas cabezota, yo le dije que viniera por si sucedía algo como lo que acaba de suceder. Él tiene más experiencia que todos nosotros juntos en correr por estos terrenos.

—¡Mira, no vamos a hablar más! —dijo Hugo levantándose del suelo con ella en brazos y metiéndola en el coche, a pesar de sus protestas—. Voy a llevarte al hospital y no te vas a mover hasta que te vea un médico y te hagan las pruebas necesarias. Puedes tener una lesión grave. Después haces lo que quieras, pero hasta entonces dejarás de protestar —Le siguió diciendo mientras le abrochaba el cinturón.

—Yo espero a la grúa y me encargo del coche. Vete tranquila y haz caso a mi hermano, al menos ahora. Después, haz lo que quieras.

Ana no dijo nada más y se quedó quieta en el asiento del copiloto, mientras Hugo daba la vuelta al coche y entraba en el del conductor. Arrancó con cuidado, pero sin perder ni un minuto, no descansaría tranquilo hasta que le hicieran todo tipo de pruebas y le dijeran que todo estaba perfecto. Aquel desvanecimiento lo había asustado, aunque ahora la viera bien.

Al principio de la pista, Miguel esperaba la llegada del coche de Ana, junto con Carlos y Martín. Los tres se extrañaron al ver venir un coche desconocido, porque el tráfico estaba cortado. Al acercarse, enseguida reconocieron el coche de Hugo. Este se paró junto a ellos y les contó lo sucedido y que Lucas se había quedado con el coche de Ana, a unos seis kilómetros de allí.

—Vamos al Hospital de Cardona, tendréis que quedaros aquí para guiarlo cuando llegue la grúa. En el lugar del accidente no hay cobertura y acabo de llamar mientras bajábamos. Subid por si necesita algo. Este es el teléfono de la grúa, aunque no creo que sea necesario llamar de nuevo, les he dejado muy claras mis órdenes. Y sin decir nada más, salió de la pista forestal a la carretera secundaria que lo llevaría hasta la ciudad.

Durante el corto trayecto, Hugo la miraba continuamente con gran insistencia, tenía miedo de que en cualquier momento se desplomara de nuevo y, aunque parecía que se encontraba bien, se quedaría más tranquilo en cuanto la viera un médico.

Entraron en el hospital y, en cuanto relataron el accidente y, sobre todo la pérdida de conocimiento durante unos largos minutos, una enfermera se fue con Ana a una de las habitaciones de urgencias. Durante un tiempo que parecía interminable, ella permaneció en la zona de urgencias mientras le hacían radiografías, análisis de sangre y electro. Cuando acabaron de realizarle todo tipo de pruebas, la dejaron en una habitación, mientras analizaban los resultados. La enfermera se acercó a ella y le dijo:

—Ahora tenemos que esperar los resultados y, cuando estén todos, el médico pasará y les informará. Voy a buscar a su marido para que le haga compañía.

Ana no dijo nada, no merecía la pena dar explicaciones a esa enfermera, a nadie le interesaba su vida, así que asintió con la cabeza y se recostó en la cama. A lo mejor ya no encontraba a Hugo en la sala de espera, igual había desaparecido. Estaba allí porque Lucas se lo había pedido, no porque él quisiera estar. Cerró los ojos con fuerza, no podía desear cosas inalcanzables, debía dejar de soñar y poner los pies en el suelo.

Apenas había pasado una hora, aunque a Hugo le pareció una eternidad. No saber qué estaba sucediendo lo consumía. Si no salía alguien pronto y le explicaban cómo se encontraba Ana, entraría gritando su nombre como un loco. Estaba distraído con sus protestas internas, cuando una de las enfermeras apareció en la sala y dijo en voz alta:

—Familiares de Ana Egea.

—¡¡¡Yo!!! —gritó Hugo, levantándose rápidamente de su asiento y corriendo hacia la enfermera.

—Sígueme. Puede acompañar a la paciente mientras esperan al doctor con los resultados.

Siguió a la enfermera a través del largo pasillo. Esta abrió una puerta y allí estaba Ana, tumbada sobre una camilla con el clásico camión azul. Sobre una silla colgaban sus pantalones y la cazadora de cuero. Ella volvió la cabeza cuando la puerta se abrió y sus ojos se encontraron con los de Hugo. No pudo mantener la mirada y la apartó girándose de nuevo hacia la ventana que había frente a la puerta de entrada.

—Les dejo aquí hasta que estén los resultados. Si necesitan alguna cosa no duden en llamar —les anunció la enfermera.

—¿Tardarán mucho? —preguntó Hugo.

—En cuanto el doctor tenga todos los resultados, vendrá. No les puedo decir nada más. Pónganse cómodos.

—¿Y el doctor que la ha reconocido no sabrá algo? —insistió Hugo.

La paciencia de la enfermera empezaba a acabarse y antes de contestarle de mala manera, salió de la habitación dejándolos completamente solos. Hugo dio la vuelta a la cama y quedó ante ella, tapando la visión del exterior con su enorme cuerpo.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duele algo? ¿Te han dicho algo?

Ana levantó la vista hacia él y sus miradas volvieron a encontrarse y pudo comprobar la ansiedad que existía en el fondo de esos ojos azules, atentos a cualquiera de sus movimientos. Pero no quería que se esforzara más, Hugo no necesitaba demostrar un interés que no sentía. Sabía de sobra que lo hacía por cortesía, pero no porque tuviera sentimientos más intensos, así que le iba a quitar esa carga.

—No hace falta que te quedes conmigo, sé que no tengo nada y en cuanto me den los resultados, llamaré a mi cuñado para que venga a buscarme, así que puedes marcharte cuando quieras.

—No me voy a apartar de tu lado, y seré yo quien te lleve a casa.

—Pero ¡yo no quiero que estés aquí!

—Mira, tengo que hablar contigo, necesito hacerlo. ¡Por favor, solo escúchame! Y si después quieres que me vaya, lo haré y no volveré a molestarte.

Ana lo miraba en silencio. Hugo esperó y, al comprobar que no diría nada más y que lo dejaría hablar, se demoró unos segundos antes de empezar. Tenía que poner en orden todo lo que quería decir.

—Te he echado de menos. No sé en qué estaba pensando para comportarme como un imbécil. He necesitado cuatro meses lejos de ti y

sentirte inerte entre mis brazos, para comprender que era imposible vivir sin tenerte a mi lado.

»Cuando me fui o, mejor dicho, cuando salí huyendo, tenía miedo y ahora mismo no comprendo a qué, porque lo que más me ha aterrorizado en la vida ha sido sacarte sin conocimiento de ese coche, totalmente chafado. —No pudo evitar recordar la angustia de aquellos momentos y que un estremecimiento le recorriera de arriba abajo, mientras que un nudo se apoderaba de su garganta —. Pensé que te perdía para siempre —susurró en voz muy baja, casi sin atreverse a decirlo.

»Entenderé que no quieras darme otra oportunidad, pero si lo haces, si vuelves a confiar en mí ¡te juro que jamás te arrepentirás! Te amo y ahora sé que siempre te he amado, desde ese primer día que nuestros ojos se encontraron por primera vez. He tardado en darme cuenta. Al final tenías razón y solo cuando he sido capaz de hacer lo que tú me dijiste, dejar a un lado el lastre que durante tres años me ha acompañado, ese pasado que tanto ha condicionado mi vida, he visto todo con una enorme claridad. Y ha sido precisamente sentirte entre mis brazos completamente inmóvil y que el miedo a perderte para siempre se apoderara de mí, cuando todo quedó atrás. En estos momentos, todo lo que pasó hace tres años ha dejado de tener importancia. ¡Por favor, perdóname! Y deja que te demuestre todo lo que te amo.

Ana lo escuchaba y sin darse cuenta, sus ojos se inundaban y las lágrimas se desbordaban y rodaban por sus pálidas mejillas. Le estaba diciendo todo lo que ella se moría por escuchar desde el principio, desde que empezó a enamorarse de él. Pero tenía tantas dudas... ¿Qué había sucedido? Se había perdido. Una persona no cambia de parecer de un minuto al otro, ¿Cómo podía tener la certeza de que ya no estaba enamorado de su exnovia? No podía comprender un cambio tan rápido.

—¿Y las imágenes que salían en aquella revista?

—Nunca te engañé, te dije que en alguna ocasión nos encontrábamos y acabábamos en la cama, pero no porque la amara. Esa vez no pude soportar ni que me pusiera las manos encima. Ella forzó ese beso y los *paparazzis* que merodeaban por el circuito cogieron aquella instantánea. —Ante el silencio de Ana, añadió—: Jamás volvería con ella, aunque no hubiera otra mujer en el mundo. Desde el primer momento que te conocí, empecé a amarte sin ser consciente de ello. No podría besar otros labios que no fueran los tuyos ni acariciar otro cuerpo.

Lucas le había repetido una y otra vez que su hermano estaba preocupado por ella. Pero él le estaba confesando su amor. Deseaba una vida a su lado, lo mismo que ella.

Se moría por creerlo, era lo que más deseaba en el mundo, el amor de Hugo. Pero si volvía a caer en su trampa y semanas después se arrepentía, ella sería la única perjudicada. Entonces volvería a caer en un oscuro abismo del que, en esta ocasión, sería imposible salir. Necesitaba protegerse, no podía lanzarse a sus brazos por unas simples palabras, sobre todo dichas en un momento de angustia y miedo por su integridad física. ¿Y si le estaba diciendo todo aquello para animarla por el accidente?

Su cabeza era un hervidero de preguntas sin formular ninguna en voz alta, solamente lo miraba sin pestañear, buscando las respuestas en sus ojos. Era muy difícil volver a confiar. Lo que Hugo le decía era lo que siempre había deseado escuchar, en cada uno de sus besos y caricias, había soñado con un «Te amo» susurrado sobre sus labios que nunca llegó. El sufrimiento vuelve a los amantes prudentes, más que eso, incrédulos. Eso era lo que le pasaba a ella. Amaba a Hugo y deseaba todo lo que él le pudiera dar, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Cuándo volvería a dudar de sus sentimientos? Suspiró, debía decirle lo que pensaba igual que había hecho él.

—Siéntate, Hugo —dijo señalando la silla—. Te voy a decir lo que siento y pienso con toda sinceridad. Escuchar tus palabras, ahora mismo solo me generan dudas. Un día te confesé mis sentimientos y en ese mismo momento me echaste de tu vida y tuve que marcharme con el corazón destrozado. Destruiste mis ilusiones y escogiste la forma más dolorosa, haciéndome todo el daño posible. ¡Ya te aseguraste de eso! Podrías haber esperado al día siguiente y desaparecer como hiciste días después, pero no, tenías que darme el toque de gracia. Además de despreciarme, me humillaste e hiciste que lo que habíamos compartido pareciera algo sucio y sin valor. Y ahora me dices que me quieres, que te de otra oportunidad. Lo siento, pero no puedo evitar que me surjan muchas preguntas, y la principal, sigo sin entender por qué niegas tus sentimientos y no eres capaz de admitir que sigues amando a Lidia. No puedo entender este cambio, por mucho que lo intento, no puedo creerte.

—¿Qué estás diciendo? Yo no estoy enamorado de Lidia y, después de comparar lo que siento por ti, creo que nunca la amé, simplemente me ofusqué y no vi nada más.

—¿No me dejaste porque seguías enamorado de ella? No te creo. No

querías cambiar tu casa, te molestaba incluso que te lo mencionara. Te acordabas perfectamente de la última noche que pasaste con Lidia y fue decirte que te amaba para que tú la recordaras a ella. Así que no me mientas, por favor, si te queda un mínimo de decencia, no intentes engañarme para meterme de nuevo en tu cama.

—¡Lo juro por lo que más quiero! Que no te engaño. ¡Te amo! Solo dime qué tengo que hacer para que me creas y lo haré. Me acordaba porque desde aquella noche nunca había vuelto a pasar otra con una mujer, hasta que apareciste tú. Y te equivocas, no solo quería tenerte durante la noche, sino que quería pasar todo el día contigo. Lo que me sucedía era muy simple, tenía miedo a enamorarme, por eso lo negué. Me aterrorizaba volver a sufrir por amor y quise que te apartaras de mí, porque yo era incapaz de hacerlo. Fue una estrategia,forcé la situación y te dije cosas tan horribles que no pensaba, pero era la única forma de que salieras de mi vida y que tú misma tomaras la decisión.

—Ahora me dices todas estas cosas, las que siempre he soñado escuchar, y no sé qué pensar. No sé si te creo o simplemente quiero creerte con todas mis fuerzas. Pero de algo sí que estoy segura, no volveré a actuar a locas y tampoco voy a tirarme al vacío como hice cuando te conocí. Entonces te lo di todo sin recibir nada. En estos meses, he cambiado. Me he vuelto desconfiada porque el dolor te hace ser más cauta.

—Sé que merezco toda tu desconfianza y tengo que dejar que pienses en lo que te he dicho. Pero créelo, cada día que paso sin ti me muero un poco. Siento todo el sufrimiento que te he causado. Yo también he sufrido, aunque no puedo quejarme, ya que he sido el único causante de mi propio dolor y lo tengo bien merecido —dijo agachándose y quedando a escasos centímetros de ella. Sus bocas casi se tocaban y las respiraciones se mezclaban, ansiando mucho más que eso. Pero Hugo empleó toda su voluntad para no acercarse más a ella y únicamente decirle—: Lo quiero todo de ti y esperaré lo que sea necesario para volver a tenerte por completo. Te amo y ahora sé que te amaré mientras viva. Te necesito y, aunque tarde, he comprendido que mi vida sin ti está vacía y no merece la pena vivirla.

Aunque quiso resistirse, no pudo evitar que sus labios tocaran los de Ana, que temblaban intentando aguantar los sollozos que se agolpaban en su garganta. Y cuando sus bocas conectaron, fue como si esos cuatro meses no hubieran existido. La tranquilidad los inundaba y, todas las sensaciones,

durante unos meses olvidadas, volvían a estar a flor de piel. Un simple roce los volvió a encender.

Antes de caer en sus brazos, Ana volvió la cara hacia el otro lado, dejando a Hugo totalmente frustrado.

—Necesito pensar y poner en orden mi cabeza. Necesito tiempo.

CAPÍTULO 21

Justo acababa de decir esas palabras, cuando todos sus amigos, con Miguel incluido, entraban en la habitación. Solo tenían unos minutos, apenas había gente en urgencias y la enfermera había sido permisiva con ellos.

—¡Ana! ¿Cómo estás? ¿Qué te han dicho? —exclamaron todos casi a coro.

—Todavía estoy esperando los resultados, creo que no tardarán mucho. ¿Y mi coche, estaba muy hecho polvo?

—Nada que no podamos arreglar entre todos. Se rompió un manguito del freno y te quedaste sin líquido. La carrocería solamente está chafada por el lado del piloto. ¿Te duele algo? —preguntó Lucas mirándola con preocupación—. ¿Se ha quejado de algo? —se dirigió esta vez a su hermano, que estaba al lado de la cama totalmente aturdido. Hasta entonces no había reparado en él y, ahora que lo miraba, lo notaba lejano y disperso. No sabía qué habría pasado entre ellos mientras se habían quedado solos, pero no tenía muy buena pinta, al menos la cara de Hugo no presagiaba nada bueno.

—¡No me duele nada! Ya verás como no tengo nada, si no que te lo diga tu hermano.

Pero su hermano estaba con la mente en otro lugar y no estaba enterándose de la conversación que mantenían los dos amigos. Él seguía pensando en las palabras de Ana y no podía atender a nada más. Justo en ese momento, la enfermera entró en la habitación.

—Les he dejado entrar a todos unos minutos, pero ya tienen que salir y aguardar en la sala de espera. Lo siento, pero son las normas, con ella solo se puede quedar una persona y ya está el señor —aseveró señalando a Hugo.

Todos se disponían a salir, cuando Hugo llamó a su hermano y los dos se quedaron solos con Ana.

—Quédate con ella, Lucas, creo que se encontrará más a gusto y cómoda contigo que no conmigo. Ana —dijo volviendo su mirada, más que dolida, triste—, no te molestaré más. Todo lo que te he dicho es la pura verdad, pero lo último que quiero en estos momentos es hacerte más daño. Tú tienes la última palabra, yo esperaré todo lo que haga falta. —Después se volvió hacia su hermano y añadió—: Te dejo el coche en la puerta, yo volveré con los chicos.

Y sin decir nada más, salió de la habitación, siguiendo de los demás.

Ana no pudo evitar que sus lágrimas escaparan en silencio. Ver cómo se alejaba le estaba desgarrando por dentro. Esa vez había sido ella la que lo había apartado de su lado diciéndole que no podía aceptarlo sin más.

Lucas miraba la puerta y después a su amiga, que estaba hecha un mar de lágrimas.

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí? —Ana no podía hablar, tenía que tranquilizarse. Pensaba que empezaba a recuperarse y que no le podía afectar nada que viniera de Hugo, pero al verlo y escuchar sus palabras, se había dado cuenta de que no era así. Su ausencia le seguía doliendo como el primer día. Lucas esperó unos minutos, hasta que ella se fue calmando y, cuando la vio capaz de hablar, empezó con el interrogatorio—: ¿Qué te ha dicho mi hermano? Porque ha sido él, el causante de esas lágrimas. ¿Me equivoco?

Ana negó con la cabeza. Había sido Hugo el responsable de aquellas lágrimas, pero por diferentes motivos de los que Lucas imaginaba.

—Me ha dicho que me ama —contestó empezando a llorar de nuevo—. Me ha pedido que le diera otra oportunidad. Que me necesita y que me ha echado de menos durante estos últimos meses.

—¿Y se puede saber dónde está el problema?

—¡Le he dicho que tengo que pensar, que no iba a ser la ingenua que fui!!

—Pero ¡lo sigues queriendo! —exclamó Lucas, dejando caer sus manos a lo largo de su cuerpo, en señal de desesperación—. Es que no os entiendo, por más que lo intento. Las mujeres sois muy complicadas.

—¡Yo lo quiero! Pero no quiero que me vuelva a abandonar.

—Pero ¡es que eso no puedes saberlo ni tú ni él! ¿Sabes el tiempo que lleva mi hermano sin pedir ni una sola vez perdón? ¡Años! Si le ha costado tanto tiempo, es porque lo siente de verdad.

—¡No sé qué hacer! —contestó tapándose la boca con los dedos y moviendo su cabeza de un lado a otro con gran desesperación.

Este ya no dijo nada más. Estaba de acuerdo con ella, debía pensarlo con tranquilidad, y ponerla nerviosa en ese momento, no ayudaba en nada. Le dio un beso en la frente y, en completo silencio, esperaron juntos la llegada del médico.

Las pruebas, como ya imaginaban, le anunciaron que el accidente no le había causado ninguna lesión, y la pérdida de conocimiento podría haberse debido a una excesiva tensión. Así que, sin más preámbulo, se vistió y salió junto a Lucas del hospital. Entraron en el coche de Hugo y Ana no pudo evitar

recordarlo mientras venían hacia el hospital.

—¿Has avisado a tus padres o hermanas?

—No, no quería preocuparlos si no era por algo grave, mañana, cuando vaya a comer, les contaré lo sucedido.

—Entonces, ¿dónde te llevo?

—A casa, si no te importa. Te privo de Olivia hoy, la necesito.

—Sin problema. Con la condición de que te animes.

—Hecho. Y gracias por comprenderme y no atosigarme.

Lucas asintió con la cabeza, aunque tenía ganas de gritarle mil cosas, pero se contuvo, ya habría tiempo para eso. Ahora no era el momento.

Hugo fue directamente a su casa, su padre lo dejó en la puerta y, cuando salió del coche, Miguel no pudo evitar decirle algo.

—¿Estás bien, hijo? Si necesitas algo, puedes contar conmigo, con todos nosotros.

—No pasa nada, papá. La cagué y ahora tengo que pagarlo. Todos los actos en la vida tienen sus consecuencias y eso es lo que ahora mismo me pasa, que tengo que cargar con ellas. Vosotros siempre me habéis perdonado el comportamiento tan déspota que tengo, pero alguna vez tenía que pagar por ello. Creo que estoy empezando a hacerlo.

Su padre sabía a qué se refería, porque, aunque no preguntaba y nadie le decía nada, tenía ojos y era muy observador. Durante los últimos meses había visto cómo sufría Ana y sabía que él causante era su hijo. Así que no dijo nada más y se marchó. Pero antes de poner el coche en marcha, le volvió a recordar que estaban para lo que necesitara.

—No sufras en soledad, no es bueno. Si nos necesitas, estaremos a tu lado.

—Lo sé. Gracias por estar siempre dispuestos a ayudarme, aunque no lo merezca.

Entró en casa y se dejó caer sobre el sofá. Su hermano lo había llamado por teléfono para decirle que Ana estaba bien y que ya salían del hospital. Iba a dejarla en su casa con Olivia y se ofreció para estar con él. Aprovechó y sin ningún orgullo, aceptó. Necesitaba hablar con alguien y quien mejor que su hermano y el que mejor conocía a Ana. Mientras lo esperaba, no pudo evitar recordar la conversación con ella en el hospital.

Era tan engreído que pensaba que en cuanto él abriera la boca, Ana correría a sus brazos. ¿Cómo podía ser tan prepotente? Era normal que estuviera a la defensiva, que se hubiera vuelto más cauta y precavida. La vida

te enseña a base de golpes y él había contribuido, de una manera muy activa, a ese aprendizaje.

¡Qué imbécil había sido! Lo tenía todo cuanto un hombre pueda desear y la apartó de su lado porque le confesó su amor. Sin embargo, en esos momentos, se moría por volver a escuchar aquellas simples palabras.

¡Cómo la echaba de menos! Soñaba con su alegría, con su sonrisa y esas carcajadas retumbando por toda la casa, que le sonaban a música. Añoraba sus sensuales movimientos cuando le hacía cosquillas. Suspiraba por verla vistiendo sus camisetas y camisas. Deseaba escuchar con qué apasionamiento le contaba sus días de pesca junto a su padre. Por no hablar de ver junto a ella las carreras, ya fueran de motos o de coches. Era tan apasionada en todo y lo vivía con tanta intensidad, que su entusiasmo era contagioso. Se moría por sentir sus labios, por recorrer su cuerpo y besar cada centímetro de su piel como había hecho tantas veces.

De pronto recordó las palabras de Ana. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que seguía enamorado de Lidia? Era lo más disparatado que había escuchado. Pero ¿qué podía pensar después de ver aquellas imágenes?

Quería decirle que al volver a ver a Lidia, sus ojos, por fin, se habían abierto. Tuvo que dar la razón al dicho popular «No hay más ciego que él que no quiere ver». Fue en el momento que ella le propuso acostarse de nuevo, cuando se dio cuenta de lo que realmente quería, y era a Ana. Pero cuando escuchó a Lidia como afirmaba que, si ella se lo propusiera, volverían a estar juntos, entonces la claridad fue absoluta. En aquel momento, la venda que cubría sus ojos cayó al suelo y, por primera vez en mucho tiempo, lo vio todo claro. Sabía cómo era, pero se había quedado corto en sus pronósticos. Ahora veía con mucha nitidez la clase de persona que era; falsa y oportunista. Estaba seguro de que vendería a su padre si fuera necesario. Y lo peor de todo era que siempre había sido así, él estaba tan ciego que no lo vio cuando estaban juntos.

Después, comparándola con Ana, tan íntegra, tan sincera e incapaz de traicionar a nadie, no entendía cómo pudo enamorarse de Lidia. Ana podría dejar de amarlo un día, porque el amor no es patrimonio de nadie, viene y va y nadie tiene la total seguridad de un amor para siempre. De lo que si estaba seguro, era de que jamás lo traicionaría.

No podía estar más equivocada, Lidia no le interesaba lo más mínimo. Sin embargo, sabía que no podría convencerla. Temía perderla, pero ya no

dependía de él. Se lo tenía merecido por imbécil, por dejarla escapar cuando era suya.

No sabía qué hacer, ya le había dicho todo lo que su corazón anhelaba y, temía que después de cuatro meses, no le diera una oportunidad.

Ana ya estaba en casa, se había duchado y, después de ponerse ropa limpia, se sentó al lado de su amiga que la estaba esperando. Mientras ella estaba en la ducha, Lucas puso al corriente de lo sucedido a Olivia, el accidente y el posterior paso por el hospital.

Ahora su amiga la esperaba para preguntarle igual que una ametralladora, sin parar, sin darle respiro, hasta que su curiosidad estuviera satisfecha. ¡Menuda era ella!

Y eso es lo que hizo. Nada más sentarse, sin esperar ni un segundo, empezó.

—Dispara de una vez.

—Ya te ha contado Lucas, ¿qué más quieres saber?

—¡No te hagas la tonta! Sabes que no lo soporto.

—Uuf, con las pocas ganas que tengo de hablar. Pero te lo voy a resumir, creo que hoy ya tengo el cupo completo de lágrimas y no quiero más. Hugo — siguió relatando— ha venido al hospital conmigo y me ha dicho que me ama, que durante estos meses me ha echado mucho de menos. —Tragó saliva porque empezaba a notar cómo se formaba un nudo en la garganta, ¡otra vez! Ya lo sabía ella que en cuanto hablara, volvería a llorar, así que le puso fin al relato—. Y que le diera otra oportunidad.

Olivia vio cómo sus ojos se anegaban de lágrimas y cómo se esforzaba porque no rodaran por sus mejillas. En cuanto saliera una, no podría contenerlas. Pero a su amiga ese detalle le era indiferente, era de las que pensaba que había que desahogarse como fuera y llorar era una manera muy sana de hacerlo. Lo sabía por experiencia. Según Olivia, lo malo era dejarlo dentro.

—¿Más de una hora para decirte una sola frase? ¡No me lo creo!

—¡Ostias, Olivia! ¡No ves que no puedo hablar! Básicamente ha sido eso.

—¡Y tú le has dado calabazas! Porque si no, no estarías llorando.

Ana no pudo contenerse por más tiempo y se tapó la cara con las manos, mientras empezaba a llorar desgarradamente, sin intentar disimular. Ya no podía dominar por más tiempo todas las sensaciones que llevaba horas controlando. Todo se acumulaba, el miedo del accidente, ver su coche

destrozado y por último la emoción que recorría su cuerpo mientras escuchaba a Hugo pedirle una oportunidad.

Ahora todo se desbordaba, además de sus lágrimas y no podía retener dentro de ella sus contradictorios sentimientos.

—¡No sé si he hecho bien! ¡Yo lo amo! Y decirle que lo tenía que pensar me costó lo que nadie llegará a saber jamás —decía llorando con rabia—. ¡No tengo que pensar nada, Olivia! Me muero por volver a estar en sus brazos. ¡Él me ama! ¡Me lo dijo! Debí decirle que yo también.

—No va a cambiar de parecer, pero deja que pague un poco su culpa.

—Y yo, ¿por qué tengo que seguir pagando? ¿Qué estoy haciendo, Olivia?

—Ahora tranquilízate, mañana ya pensarás. No tienes que convencer a nadie, solamente tienes que pensar qué harás. Nada más, al menos eso es lo que le has dicho.

—¡Es tan complicado! Por una parte, lo que debo, y por otra, lo que quiero.

—Nunca hizo mal a nadie recapacitar unos días y a ti tampoco te irá mal.

—¿Unos días? ¿Por qué? ¿No me has escuchado? ¡Me quiere y yo también lo quiero! No soy orgullosa.

—¡Joder, Ana, no seas pava! ¡Porque debes estar segura de su amor para no volver a sufrir! ¡Porque durante cuatro meses has vertido tantas lágrimas que podrías haber llenado una piscina olímpica! Deja que sufra y pase miedo durante unos días. No te dejes convencer tan fácilmente, ten un poquito de orgullo.

—¡Claro! ¿Qué me vas a aconsejar? Tú que has tenido al buenazo de Lucas detrás de ti durante meses, qué digo meses, más de un año.

—¡Cómo lo sabes! Si Lucas me hace lo que te ha hecho Hugo a ti, no estoy segura de que fuera capaz de perdonarlo, pero si lo hiciera, si me decidiera a darle otra oportunidad, ten por seguro que lo iba a pagar bien caro.

—¡Cómo no! ¿Y qué ganas retrasando el momento solo por orgullo? ¡Nada!

—Eso es lo que tú piensas, pero le iba a dejar muy claro que conmigo no se juega, que no soy ningún juguete y, sobre todo, que me podía perder para siempre.

Esa noche, Ana se durmió enseguida, cayó rendida. El madrugón junto con los acontecimientos acaecidos a lo largo de la mañana habían disparado su tensión, provocando un agotamiento tan grande, que en cuanto puso la cabeza sobre la almohada, se durmió sin darse cuenta.

CAPÍTULO 22

Lucas llamó al interfono exterior. Esperó escuchar la voz de su hermano, pero este no dijo nada y al momento la puerta se abrió. Entró al jardín y dejó su coche delante del garaje. Salió del vehículo dirigiéndose a la puerta de la casa que estaba abierta. Hugo estaba en la cocina mirando una botella, como si fuera a darle la solución a todos los enigmas del universo.

Cuando escuchó cerrar la puerta, volvió la vista y le dijo a su hermano.

—¿Cómo está?

—Bien, puedes estar tranquilo.

Hugo volvió a mirar de nuevo la botella y, lamentándose, le dijo a su hermano.

—La he perdido para siempre.

—Lo tienes difícil y te va a tocar sufrir. Ella ya está acostumbrada a vivir con ese dolor, lleva cuatro meses con él. No sé con total seguridad si volverá a apostar por ti, ha sufrido mucho, Hugo. La dejaste de una forma muy cruel. Podrías haberte ido sin más, así por las buenas, no dices nada y desapareces. Pero elegiste la forma más dolorosa para dejarla. No se lo merecía.

—¿Crees que no lo sé? —exclamó volviéndose de repente hacia él—. ¿Crees que no me arrepentiré mientras viva?—. ¡Sé que fui el mayor cabrón del mundo! Pero ¡eso ya no puedo cambiarlo! ¡Ojalá pudiera!

—No puedes volver atrás, pero si compensarla.

—¿Cómo voy a hacerlo si no soporta ni tenerme cerca? —manifestó lleno de desesperación.

—Tendrás que descubrir la manera, ¿no crees? Sabes que sigue amándote, y eso es mucha información. Busca la forma de acercarte a ella, insiste, sé paciente y sutil. A mí me ha funcionado con Olivia y eso que lo tenía, más que difícil, casi imposible.

—¿Que me ama? Si lo hiciera no me apartaría de su lado como ha hecho.

—No se fía de ti y no puedes culparla por eso. Además, las imágenes que ha visto en la revista no ayudan para que crea lo que dices.

Lucas tenía razón, pero después de unas rápidas reflexiones, ya había tomado una firme decisión.

—Escucha lo que voy a decir, te puedo asegurar, aunque tenga que emplear toda mi vida, que voy a conseguir que me ame de nuevo, no voy a rendirme. Lo

único que ahora tengo claro es que es la mujer que amo, la mujer de mi vida, y haré lo imposible por volver a conquistarla. Fui un imbécil, pero aprendo de mis errores.

—Te ayudaré en todo lo que pueda, pero quiero que sepas a qué te enfrentas. Ana tiene una voluntad de hierro y le costará volver a confiar en ti. Ella era una dócil y confiada gatita, ahora, en cambio, se ha convertido en arisca y distante después de probar el dolor, y tú has sido el responsable dándole donde más duele.

—No creo que nadie pueda ayudarme. Pero lo tengo bien empleado. Todo depende de Ana, yo solo puedo esperar. ¿Qué vais a hacer con el coche?

—Lo hemos dejado en el taller, cuando lo vea le va a dar un infarto.

—Mañana mandaré a dos de mis mecánicos y les diré que le laven la cara antes de que lo vea. Ana no sabe cómo ha quedado, ¿no? No notará si está medio arreglado o no. Tú no digas nada.

—Si se entera, se enfadará. No la conoces en ese aspecto. No sabes lo pesada que se pone cuando intentamos echarle una mano.

—No tiene que enterarse, no ha visto el coche todavía, no sabe realmente cómo ha quedado. Serán rápidos. Únicamente es necesario que mañana no aparezca por el taller.

—De eso se encargará Olivia y sus hermanas. Por cierto, creo que debes de saber que sus hermanas te la tienen jurada, ya te puedes encomendar a todos los santos que conozcas, porque son como la mafia. Tendrás que hacer muchos méritos para congratularte con ellas, sobre todo con Lola. Te lo aviso para que no te coja por sorpresa. Son muy protectoras, y Ana es la pequeña, así que hazte una idea de lo que te espera.

—¡Joder, lo tengo negro!

Lucas sonrió, no lo sabía bien lo negro que lo llegaba a tener, ¡ni se lo imaginaba! En cuanto conociera a Lola, iba a flipar. Además, ahora que estaba a punto de dar a luz todavía era más protectora. ¡Y si solo fueran sus hermanas! Lucas lo miraba con verdadera lástima. Si lograba salir indemne de las Egea, le quedaba un hueso duro de roer. Tenía otro frente igual de peligroso. No se lo había dicho, pero Olivia estaba deseando echárselo a la cara y decirle un par de cosas.

Al día siguiente del accidente, Ana se levantó y le dolía todo el cuerpo. Ya le dijeron en el hospital que le podía suceder. Se tomó un analgésico, como el médico le había aconsejado, y esperó a que le hiciera efecto. ¡Estaba baldada!

Iba a comer con toda la familia y no podía echarse atrás, ya que si lo hacía los preocuparía y no quería darles más quebraderos de cabeza. Además, quería contarles a sus hermanas lo que había sucedido con Hugo el día anterior. Necesitaba saber qué pensaban y escuchar sus consejos. Estaba tan perdida, que necesitaba alguna orientación. Esta vez no quería equivocarse.

Se fue temprano y, cuando entró, se dio cuenta de que todavía no habían llegado, así que aprovechó la ocasión para hablar primero con sus padres, valoraba mucho su opinión. Ellos la escucharon con gran atención y, cuando terminó, ninguno de los dos le dijo lo que debía hacer.

—Ana, es tú vida y no dejes que nadie decida por ti —le aconsejó su padre—. Todo el mundo se creerá con derecho a opinar y repetirte hasta la saciedad la famosa y molesta frase de «tú lo que tienes que hacer», pero cuando todos se cansen de hablar, debes pensar en lo que de verdad quieres hacer.

—Tienes que escuchar, hija, pero solo a tu corazón. Es la única manera de saber qué haces lo correcto. Y si fracasas, será tu fracaso, pero sin preguntarte cada día, durante el resto de tu vida, que hubiera sucedido si... Haz lo que te dicte el corazón y no tendrás remordimientos jamás.

No pudo evitar que las lágrimas cayeran sin cesar. Llevaba unos meses sin dejar de llorar por cualquier cosa. Abrazada a ellos, pensaba con orgullo que tenía los mejores padres del mundo. Ahora vendrían sus hermanas y todo sería distinto. Eran unas mandonas sabiondas que no dejarían de decirle lo que debía decir y hacer. Pero en el fondo de su corazón tenía muy claro cómo iba a afrontarlo.

Después de comer, como siempre, las cuatro hermanas se encerraron en una habitación y Ana las puso al corriente, como hizo al llegar con sus padres, de los sucesos del día anterior. Después de comprobar que ella estaba bien y sin ningún rasguño, entraron en el debate. Ana no decía nada, solo escuchaba. Sus hermanas, en algunas ocasiones, podían ser muy brutas, y esta era una de ellas.

—¡Tendrá huevos el tío! Después de cuatro meses sin dar señales de vida, ahora quiere que lo perdones al momento. Tú lo que tienes que hacer es resistirte y dejarlo sufrir. ¡Que se joda y purgue su pena como un cabrón!

Ana no pudo evitar echarse a reír y es que habían tardado muy pocos minutos en soltar la famosa frase que su padre había pronosticado que escucharía. Era verdad, Lucía acababa de ponerla en sus labios y estaba

segura de que cada una de sus hermanas la utilizaría en cualquier momento. Las escucharía a las tres y, después, cuando no les quedara nada dentro, les diría lo que ella iba a hacer, sin importarles lo que ellas dijeran o aconsejaran.

—¿De qué te ríes? No tiene ninguna gracia —preguntó Lucía molesta.

Ana movió la cabeza derecha izquierda, para quitar importancia a su sonrisa y siguió escuchándolas.

—¿Y estás segura de que no volverá a salir corriendo? —Esta vez la duda provenía de Blanca.

—No, no estoy segura de eso, igual que ninguna de vosotras. ¿Estabas segura cuando le diste a Pablo una segunda oportunidad? —dijo mirando a Blanca. Y volviéndose hacia Lucía, continuo—: Y tú Lucía, ¿estabas segura cuando decidiste dársela a Manuel? —Después miró a Lola y repitió la pregunta—: Y tú, ¿estabas segura de Mario?

—No es lo mismo, Ana. Hugo está acostumbrado a tener todas las mujeres que quiere. Además, se mueve en un mundo diferente al de la gente corriente como nosotras. Él mismo te ha dicho que en el eufórico ambiente de las competiciones, volvió a acostarse con su exnovia.

—Hugo no se dedica a la competición, y se marchó para intentar olvidarme —les aclaró.

—Deberías estar muy segura para entregarte de nuevo a él. Tengo miedo de que vuelvas a sufrir —reconoció Lucía.

—Yo también lo tuve cuando decidiste darle a Manuel otra oportunidad. No te dije nada, pero pensé que si le ofrecían un buen puesto, se volvería a marchar. Con el paso de los meses, reconocí que habías acertado al apostar por él, igual que hizo Blanca y después tú, Lola —apuntó, repasando a sus hermanas de nuevo.

—Pero todas nosotras tuvimos un periodo de tiempo, con algo más de dos días, para recapacitar y pensar en todo lo que habíamos sufrido —manifestó Lola.

—Pero el resultado en las tres fue el mismo, después de unos meses pensando, decidisteis darles la oportunidad que ellos os pedían —apuntó de nuevo Ana con mucha serenidad, rebatiendo cada duda que sus hermanas le planteaban.

—¿Qué piensas hacer? Ya sabes que digamos lo que digamos, estamos contigo —manifestó Blanca.

—Ten en cuenta que todo lo que te decimos es porque te queremos y

deseamos evitarte otro nuevo sufrimiento —le intentó hacer comprender Lucía.

—Y que, aunque nos cueste una úlcera, o tenga que morderme la lengua hasta partirla si es necesario, no le diré nada ni le saltaré a la yugular, te lo puedo prometer —le dijo Lola.

—Ya lo sé. —No pudo evitar reírse por lo que decía la loca de su hermana—. Y ahora os voy a decir lo que haré. En cuanto salga por esa puerta voy a ir directamente a su casa y le voy a hacer una pregunta muy sencilla: si todo lo que me dijo es verdad. Si me dice que sí, le contestaré que yo también lo amo y que no quiero esperar ni un día más solo por hacerme valer. Estoy segura de mis sentimientos, de eso no tengo que convencerme, y si él también me ama, no quiero esperar más para volver a estar en sus brazos. Puedo parecer una irresponsable por no dejar pasar más tiempo, como hicisteis vosotras. Hacerlo sufrir a él supone que yo también tengo que seguir con este dolor en el alma —suspiró, pasando la mano por encima de su corazón—, para nada. Y si no sale bien, no será porque lo haya perdonado tan pronto, sino porque no estábamos hechos el uno para el otro. —Sin añadir nada más a la conversación, le dio un beso a cada una de ellas y, cuando llegó a Lola, después de besarla, le dijo—: Y tú no dejes que Inés nazca esta noche, no me fastidies la reconciliación.

Salió corriendo de la habitación con una radiante sonrisa en la cara. Besó a sus padres, sobrinos y después a cada uno de sus cuñados. Y sin más, salió corriendo a coger su coche. San Joan Despí estaba tan cerca, que casi podía ir corriendo.

Entró en la zona residencial donde vivía Hugo y dejó el coche frente a su puerta. Se acercó al interfono y todo su cuerpo temblaba. Su mano subió lentamente hasta posarla sobre el botón. Lo miró durante unos segundos y, sin pensar en nada más, lo pulsó y contuvo la respiración. Poco después la voz grave y profunda de Hugo, la puso nerviosa, ¿Y si no quería verla ahora?

—Soy yo, Hugo.

No dijo nada más, pero el suave zumbido le avisaba de que la puerta estaba abierta. La empujó y ante ella apareció el enorme jardín y al fondo la casa. Hugo estaba en el umbral, no se movía, parecía una estatua. Tras Ana, la puerta volvió a cerrarse y ella se volvió sobresaltada, estaba tan concentrada en Hugo, que el ruido la asustó. Cuando volvió a mirar al frente, Hugo venía hacia ella por el jardín y Ana hizo lo mismo, echó a andar hacia él.

Los dos iban despacio, intentando adivinar las intenciones del otro. Lo único que podían distinguir era la ansiedad de los dos. Ni Hugo sabía qué le

diría, ni Ana la contestación. Cuando estuvieron a pocos centímetros uno del otro, fue Ana la que rompió ese tenso silencio.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Sí... Sí... Por supuesto, pregunta lo que quieras.

—¿Lo que me dijiste ayer en el hospital era verdad?

—Cada una de las palabras.

—Entonces, ¿Es verdad que me amas?

—¡Más que a mi vida!

—No lo entiendo, hace cuatro meses saliste corriendo en cuanto yo te confesé mi amor y ahora...

—Hace cuatro meses no sabía que te amaba. Incluso cuando volví a Barcelona, hace unos días, intentaba engañarme repitiéndome una y otra vez que, si me acostumbraba a verte, sería más efectivo para poder olvidarte. Pero cuando te vi en mis brazos sin conocimiento, tuve tanto miedo de perderte para siempre, que en ese mismo momento lo descubrí todo. Si no te tengo conmigo no soy nada.

—¿De verdad me quieres? —quiso saber Ana subiendo sus brazos para rodear el cuello de Hugo.

Este no pudo evitar que un estremecimiento recorriera todo su cuerpo. Volver a tener a Ana pegada a él lo volvía a la vida, a las sensaciones de su cuerpo y de su alma. Lo calentaba y lo excitaba por igual. Con manos temblorosas, rodeó su pequeña cintura atrayéndola todavía más y enterrando en su rubia melena la cara.

Permanecieron así, quietos y callados unos segundos. Los dos tenían los ojos cerrados, Ana reposaba la cabeza en el fuerte pecho de Hugo, mientras este absorbía ese aroma que tanto había añorado durante todo aquel tiempo.

—Perdóname por herirte, por negar lo que sentía por ti —suplicó.

Se estaba rindiendo ante ella y toda la pose de hombre duro, insensible y frío había desaparecido. Estaba desnudando su alma sin apenas palabras, a punto de derrumbarse y darse a alguien por primera vez en la vida, sin reservas. Todos sus sentimientos estaban a flor de piel, sin barreras que los escondieran y mantuvieran encerrados en lo más profundo de su corazón.

Por primera vez en su vida experimentaba lo que era darse en cuerpo y alma a otra persona, quedar totalmente vulnerable y desprotegido, confiando en una sola cosa: que ella lo amara, lo arrojara y cuidara su corazón. Y ahora sí que sabía que Ana era esa mujer, que siempre lo cuidaría, que jamás lo

traicionaría y que para ella el orgullo significaba muy poco. Había sido capaz de perdonar su crueldad en un solo día. Nadie le había demostrado su amor como lo había hecho ella.

Por eso, su voz sonaba más grave, estrangulada porque apenas podía contener dentro de él todo el cúmulo de diferentes sentimientos que estaba provocando volver a sentir a Ana entre sus brazos. Emocionalmente, se estaba rompiendo en mil pedazos y quedaba en manos de Ana, confiando en ella y en su consuelo. La necesitaba para seguir viviendo igual que necesitaba el aire.

—¡Dios, Ana! ¡No puedo seguir viviendo si no estás a mi lado! —dijo con mucha emoción intentando resumir todo lo que sentía en tan pocas palabras.

Dejó que ella lo confortara sin hacer nada más que abrazarlo, tenía suficiente con sentirla así. Ella tampoco pudo evitar emocionarse en silencio, sentir a Hugo temblando la llenó de ternura. A partir de ese instante, sabía que la vida entre ellos se abría, que sería un amor para siempre. Desde aquel mismo momento, Hugo no se quedaría nada dentro y le daría todo, el amor, su ternura y comprensión, lo que siempre había soñado recibir de un hombre.

Cogió con sus manos la cara de Hugo, que con los ojos vidriosos la miraban como si estuviera contemplando lo más precioso e increíble del mundo. Acercó sus labios a los de él y los presionó con mucha suavidad, quería darle tiempo para que se calmara y no se le ocurrió nada mejor que un beso.

—Shhhh, no me voy a ir a ningún sitio. Jamás vas a deshacerte de mí, te lo prometo. Yo también te quiero y nunca más voy a dejar que te alejes.

—¡Júramelo! Soy tan imbécil que puedo volver a meter la pata en cualquier momento. Tengo miedo porque soy un bocazas y, cuando me cabreo, digo cosas que no siento a la gente que más quiero.

—Aprenderás a contener tus enfados y yo a no hacerles mucho caso. Entre los dos vamos a conseguir que lo nuestro funcione.

Ya no pudieron decir nada más porque Hugo tomó sus labios, besándola de una manera casi indecorosa. La saqueaba con su lengua, mordisqueaba su labio, la estrechaba contra su cuerpo, tan fuerte, que apenas podían respirar. El deseo lo calentó y su dura erección se oprimía obscenamente contra Ana. Esta se contoneaba contra aquel miembro con frenesí, lo deseaba tanto que, en apenas unos segundos, tenía las braguitas totalmente mojadas y todas las mariposas del mundo revoloteaban nerviosas en su estómago. Las sensaciones eran indescriptibles, su cuerpo era mantequilla en los brazos de Hugo, y su

calor la estaba derritiendo.

Él tampoco podía esperar para amarla como llevaba meses soñando, pero no iba a tomarla en medio del jardín, así que, aunque le costó lo que nadie sabe, se separó de ella y la cogió en brazos corriendo hacia casa.

—¡Pero ¿qué haces?! Puedo ir yo sola —dijo riendo llena de felicidad al ver a Hugo con tanta ansiedad.

—¡Ya sé qué puedes ir sola! Pero lo harás más lentamente. Yo te llevo con más rapidez.

Se acomodó en sus brazos y enterró su cara en el cuello de Hugo, besándolo y encendiéndolo más de lo que ya estaba.

—¡No sigas o no respondo de llegar! —dijo Hugo, sudando por el esfuerzo de contenerse. Estaba tan excitado que, si seguía besándolo, se correría antes de llegar a casa.

Ana no paró, pero daba igual, ya estaban entrando. Cerró la puerta con el pie y se dirigió a la habitación. Ella lo contemplaba todo, estaba igual que cuando se marchó, la misma casa impersonal, pero ¡la había echado tanto de menos!, que le pareció hasta acogedora.

Entraron a la habitación y los dos juntos cayeron sobre la inmaculada cama. Se fundieron en un abrazo, mientras se besaban con una pasión que desconocían. Los gemidos de placer los encendían cada vez más. Sus manos no podían permanecer quietas y empezaban a tirar de las ropas y desabrochar botones. Se separaban lo justo para despojarse de cada una de sus prendas. Cuando no les quedó nada, las manos de Hugo recorrían el cuerpo de Ana para cerciorarse de que realmente estaba allí y no era ningún sueño, lo mismo que hacía ella. Era como si necesitaran, después de pasar meses sin verse, recordar cada rincón de sus cuerpos y las sensaciones que despertaban esas caricias.

Hugo recorría con sus labios cada centímetro de ese cuerpo que tanto había añorado. Besó cada rincón, se deleitó con su sabor y encendió el deseo de Ana hasta casi el delirio. Succionó sus pechos bajando muy despacio por aquel estómago firme hasta llegar a ese punto donde cualquier mujer se derrite, solo con sentir la lengua caliente acariciándola.

Cuando llegó su turno, ella no se quedó atrás, necesitaba lo mismo que Hugo. Así que recorrió su cuerpo, mientras él la observaba lleno de deseo. Llegó hasta su dura erección, la cual miraba al techo, y la tomó en su boca, haciendo que Hugo levantara las caderas totalmente excitado. La apartó

enseguida y, no porque no le gustara, sino porque si seguía se correría en su boca y no quería que acabara ya, quería que estos momentos se alargaran durante horas.

Con urgencia se colocó sobre ella porque necesitaba tener el control para no correrse antes de penetrarla. Se hundió dentro y se quedó inmóvil, estaba al límite de su aguante. Habían sido muchos meses a pan y agua, desde la mañana que Ana le confesó su amor. No había podido estar con ninguna otra mujer, simplemente se desahogaba en la ducha como un adolescente. Y es que después de hacer el amor con Ana, no podía haber otra mujer, era única.

Mientras la besaba, Hugo empezó a moverse entrando y saliendo con lentitud, como si quisiera que ese momento fuera interminable. Pero finalizó, y de qué manera. Los dos se vieron envueltos en uno de los orgasmos más intensos de cuantos habían vivido. Sus gemidos de placer se mezclaban igual que lo hacían sus cuerpos y las aceleradas respiraciones.

Quedaron totalmente extenuados, muy juntos y sin soltar el amarre de sus brazos. Minutos después, Hugo volvía a acariciar suavemente su cuerpo, mientras repartía dulces besos por toda su cara repitiéndole una y mil veces cuánto la amaba y lamentando todo el tiempo perdido. Ana lo escuchaba y en cada ocasión que aquella esperada palabra llegaba a sus oídos, un estremecimiento la recorría por todo su cuerpo, parándose en la zona más sensible, entre sus piernas. Tenía que apretarlas con fuerza para calmar aquel deseo que parecía fuego.

—Te amo. Eres la mujer que siempre soñé y, cuando te tuve a mi lado, no te reconocí. Pero tu amor me ha cambiado por completo.

—Yo te lo dije hace meses y mis sentimientos siguen intactos. El amor siempre cambia a las personas, también a mí.

—Te hice tanto daño y fui tan cruel contigo que no merecía tu perdón. No tengo nada que merezca la pena. Eres tan especial que no sé cómo te has fijado en mí.

—¿Dudas de mi criterio? —exclamó con una sonrisa en los labios—. Eres el mejor hombre que conozco, has sufrido muchas decepciones y todas las has superado. Únicamente levantaste unas barreras que impedía a la gente saber cómo eras en realidad. Bastaba darte algo que querías para derrumbarla y que fueras el hombre que eres de verdad: generoso, cariñoso, dulce y un poco gruñón, eso sí. —Sonrió mientras besaba a un encandilado Hugo que la miraba sin cesar.

—Has cambiado mi vida y mi mundo y me has convertido en el hombre más feliz y afortunado, no solo del planeta, sino del universo.

La reconciliación no terminó allí, sino que durante toda la tarde y parte de la noche se entregaron una y otra vez. Jamás tendrían bastante el uno del otro.

CAPÍTULO 23

A la mañana siguiente, Ana se despertó perezosamente y, a su lado, todavía durmiendo, estaba Hugo. Sonrió al verlo, pero evitó despertarlo, tenía agujetas y estaba dolorida en partes que jamás creyó ejercitar. Pero estaba satisfecha y eso se notaba por primera vez en muchos meses en su cara, radiante y llena de alegría y felicidad.

Se levantó con cuidado para no hacer ruido y se fue directamente a la piscina. En los meses que pasó con él, era la forma de empezar el día, haciendo unos largos. Cuando terminó, se secó, se colocó una enorme camiseta y fue hasta la cocina para hacer el café. No era como el que ellos preparaban en El Tostadero, pero tenía un pase. Con la taza humeante, salió al porche y se sentó en las escaleras. Se quedó mirando al frente mientras bebía el amargo y estimulante líquido.

Su vida había cambiado en muy poco tiempo de una forma muy rápida. Unos días atrás, la tristeza era la que regía su existencia y, solo veinticuatro horas antes, Hugo irrumpió de nuevo en su vida confesándole su amor. Y estaba de nuevo junto a él, le había dado la oportunidad que le demandaba y lo único que esperaba, era no arrepentirse de su decisión. Podía ser que sus hermanas tuvieran razón y debería haber esperado un tiempo, pero lo amaba y quería estar junto a él cuanto antes. Tomó su móvil y, sin mirar los mensajes que tenía, escribió uno al grupo de sus hermanas y otro al que formaba junto con Olivia y Javi. En los dos ponía lo mismo. Quería tranquilizarlos:

Ana:

Me ama, estoy segura de él al cien por cien. No cambio ni un momento de los que acabo de pasar junto a él solo por orgullo y hacerme valer.

Cerró el móvil y, con una sonrisa tonta en los labios, siguió contemplando el jardín en aquella radiante mañana.

Hugo se había levantado y siguió el olor del café, fue hasta la cocina y de allí al porche. No dio un paso más para no hacer ruido y llamar su atención, y se quedó mirándola. Era lo más bonito que había visto jamás y no se cansaba de observarla. Había dormido como hacía días que no dormía, pero tenerla a su lado le daba la tranquilidad que tanto anhelaba.

No pudo evitar recordar el día anterior, cuando Ana entró en su casa, fue lo más inesperado, pero lo que más deseaba que sucediera. Al escuchar su voz por el interfono, no supo si estaba soñando o si de verdad era ella. Por eso

salió, para comprobar con la vista, porque no se fiaba de su oído, y ver si era real o un sueño.

Y ahora estaba delante de él, sentada en el porche y con una de sus camisetas, sin nada debajo, un sueño. No quería que se alejara jamás y haría lo posible para que fuera una realidad. Dejó de observarla porque era imposible mantenerse por más tiempo lejos de ella, sin que sus manos la tocaran o sus labios la besaran, así que se acercó y la tomó por la cintura mientras se sentaba a su lado.

—Has madrugado mucho y me has dejado solo —dijo atrayéndola hasta que sus labios quedaron a escasos centímetros.

—No quería despertarte, dormías tan profundamente.

—Me da igual estar despierto. Lo que no quiero es perder ni un momento para estar contigo —susurró besándola. Después, con semblante serio y voz profunda, le anunció—: Ana, quiero conocer a tu familia. Todo lo que sea importante para ti, ahora también lo es para mí. Y por muchas largas que me ha dado Lucas y, sabiendo que me la tiene jurada, igual que tu hermana Lola, también quiero conocer a Olivia.

—No tienes por qué hacerlo, habrá tiempo para ello más adelante.

—Sí, pero yo tengo muchas cosas que hacer y debo empezar ya.

—¿Y que es todo lo que tienes que hacer? Si puedo saberlo.

—En primer lugar, quiero conocer a tu familia y a tus amigos, si son parte de ti, de ahora en adelante quiero que también lo sean de mí. Quiero cambiar esta casa y que juntos la convirtamos en un hogar, el de los dos.

—Me da un poco de miedo. ¿Y si después piensas que me inmiscuyo demasiado en tu vida? ¿Y si no te gusta?

Hugo sonrió. Ana no lo sabía, pero no había nada en esa vida que le importara más que ella, lo llenaba todo y si estaba feliz, él lo estaría mucho más. Le había costado mucho darse cuenta de ese hecho, pero ahora que había descubierto sus sentimientos, quería entrar de lleno en su vida y amar todo lo que ella amaba.

—Di lo que te gustaría conservar, porque todo lo demás lo retirarán. Quiero que te sientas en tu casa, quiero que todos los rincones de nuestra casa se conviertan en espacios cálidos, que cualquier persona que entre aquí, sepa que vivimos nosotros, que nos amamos y que todo el mundo nos reconozca en cada objeto y mueble.

—Para empezar, quiero que tus cuadros vistan todas las paredes de la

casa.

—Concedido. ¿Qué más?

—La tele y el sofá están bien, pero los muebles en blanco y negro, no. Tu habitación...

—Nuestra habitación, ¿qué le pasa? —cortó Hugo.

—Quiero más colorido, mucho colorido, muchas fotografías. No quiero decoradores, quiero que todo lo que ocupe esta casa tenga un significado para alguno de los dos.

—Hecho. ¿Algo más?

—Quiero un gran salón, con una gran mesa donde podamos reunir a toda la gente que queremos.

—Tú mandas. ¿Algo más?

—Y te quiero a ti, siempre a mi lado.

—Eso no vas a tener que pedirlo, porque ya lo tienes.

Ana, en una semana, cambió esa casa monocromática, por una explosión de colorido, desde las cortinas, hasta los numerosos ramos de flores repartidos por los diferentes ambientes que tenía la casa. Tampoco olvidó vestir, tanto los sofás como las camas, de una gran cantidad de cojines de diferentes colores y formas. Sin cambiar apenas nada, parecía otra casa. Todos los cuadros de Hugo adornaban las paredes. Al principio él se resistió, pero poco le costó convencerlo, cuatro arrumacos y caía rendido a sus pies concediéndole cualquier cosa que ella le pidiera.

La familia de Hugo no salía de su asombro, era un cambio tan radical el que se había producido en él, que no dejaban de sorprenderse, pero estaban encantados. Lo veían satisfecho con su vida, alegre y feliz. No pedían nada más.

Con la familia de Ana no lo tuvo tan fácil. Además, los conoció a todos a la vez, y el momento elegido fue el nacimiento de Inés, solo tres días después de su reconciliación. Los dos llegaron al hospital al mediodía. La niña había nacido durante la madrugada y Lola y Mario no dijeron nada hasta que ya estuvo en el mundo. Mario estaba atacado de los nervios y no necesitaba a nadie alrededor, y así lo decidieron los dos.

Y ahora Lola se sentía como una rosa, ya que el parto había sido muy rápido y apenas tuvieron que darle puntos. Las perfectas condiciones físicas en las que se encontraba jugaron en contra de Hugo. Quizá hubiera tenido una posibilidad para librarse de una buena reprimenda si el parto hubiera sido

largo, duro y ella no se encontrara bien. Pero con una Lola en plena forma, lo tenía claro.

Ana estaba tranquila, sabía que toda su familia lo aceptaría como uno más, pero la reprimenda no se la iba a quitar nadie.

Entraron al hospital de la mano. Hugo se la apretaba con tanta fuerza, que temió que se la rompiera.

—Cariño, tranquilo. A pesar de todo lo que has escuchado, somos una familia civilizada —bromeó.

—¡Ya me imagino! Pero Lucas me ha advertido que, sobre todo, tenga cuidado con Lola. Y eso que me ha repetido que tenía suerte porque ella estaría en la cama sin poder moverse. La verdad es que eso no me da mucha tranquilidad.

No pudo evitar reírse. Lola era la más guerrera, tenía una lengua mordaz y además no tenía pelos en la lengua. También era la defensora de todas ellas desde muy niña. Todavía recordaba cuando se presentó en el restaurante de Pablo y les cantó las cuarenta a esos tres cocineros.

—Cuando la conozcas, comprobarás que es tremenda, pero tiene un corazón de oro y eso compensa todo lo demás. Pero es tan protectora con su familia, que no te vas a librar de su reprimenda. Pero también te aseguro que será con la que mejor congenies de todos. Una vez que estés en el clan, te defenderá hasta las últimas consecuencias, y pobre del que se atreva a hablar mal de ti, al menos delante de ella.

—¡Ya! Pero primero...

—Sí. —Y sin más empujó una puerta—. Primero ya sabes lo que te toca.

Y sin más se encontraron dentro de una habitación, blanca y espaciosa. Era una clínica de Barcelona. Tenían la habitación solo para ellos, privilegios de pertenecer a una mutua. Lola estaba ya de pie y Mario tenía a la pequeña en brazos, una estampa propia de una postal.

Los dos se volvieron hacia la puerta y en cuanto vieron de quién se trataba, la cara les cambió, pero por diferentes motivos. Mario tenía una expresión de admiración, y es que tener a todo un campeón de *rallies* en la familia no era para menos.

Pero la cara de Lola era muy diferente a la de su marido, ni siquiera la satisfacción de tener a Inés a su lado pudo contener la ira que despertó verlo delante de ella. Ana, que conocía a su hermana muy bien, se acercó y, mientras la abrazaba, le susurro muy bajito:

—Quita esa expresión de tu cara, pareces un Miura a punto de embestir. Hazlo por mí, Hugo está muy arrepentido, si no, jamás se hubiera presentado ante todos vosotros a la vez. Ha insistido en venir, así que no lo asustes. Aunque viene preparado, puedes ser muy cabrona si te lo propones. Acabas de parir, así que relájate un poquito.

Y sin decir nada más, fue al lado de su cuñado y después de darle dos besos y bromear con él, tomo a su última sobrina en brazos. Era lo más bonito que había visto, ¡tan chiquitita! Morena, como su madre y su padre, pero en los ojos había ganado la partida Mario, eran verdes como los de él. Aunque miraba embelesada a la pequeña, vigilaba por el rabillo del ojo la escena que tenía lugar a escasos metros de ella. Lola y Hugo se mantenían la mirada, en Lola era visible un monumental enfado, mientras que Hugo suplicaba clemencia.

—¡Tiene tu entrecejo y lo tiene fruncido! —exclamó Ana viendo cómo la pequeña Inés lo arrugaba igual que su padre.

—Debe ser porque también está mosqueada por alguien —comentó Lola mirando con descaro a Hugo.

Este no se dejó intimidar y se apresuró a felicitarlos.

—Enhorabuena a los dos —dijo mirando primero a Lola y después a Mario.

Mario se adelantó y, tomando su mano, le dio las gracias por la visita y los volvió a dejar solos, sabía que Lola lo iba a poner firme. ¡Menuda era su mujer! Así que Mario volvió al lado de Ana para dejarla que dijera lo que quisiera.

—Sé que no soy la persona que deseas tener delante en este momento, pero déjame que te diga una sola cosa, después podrás echarme de aquí, si tú quieres. En mi defensa solo puedo decirte que amo a Ana más que mi propia vida, que fui un imbécil, un cretino, un prepotente, un idiota y todos los adjetivos similares que quieras añadir. Yo me he dicho cosas mucho más fuertes que no repetiré aquí por respeto a ti, por alejarme de ella y hacerla sufrir. Te juro que, de ahora en adelante, cuidaré de Ana como lo más valioso de mi vida y que voy a vivir solo para hacerla feliz.

—¡Eso ya lo sé! Si no fuera así, no estarías ahora mismo delante de mí. Pero ¿quién le va a devolver la confianza? ¿Cómo harás para compensar todas las lágrimas que ha derramado, las noches sin dormir, su tristeza y su apatía? ¿Cómo piensas arreglarlo?

—Solo puedo prometerte que la voy a querer y espero que todo quede en un mal recuerdo. Que Ana sea feliz va a ser el objetivo principal de mi vida, mi prioridad.

—Procura que así sea porque si yo veo a mi hermana infeliz, te juro que voy a por ti y te acuerdas de ese día durante toda tu vida. Y me coges en baja forma, mi pequeña me ha reblandecido —asumió mirando tiernamente a su bebé—, porque en otro momento, te habría puesto los huevos por corbata.

Ana y Mario se acercaron a ellos riéndose. Habían escuchado las últimas palabras de Lola.

—¡Impone esta mujer!, ¿verdad? Y eso que no es alta ni corpulenta, pero es capaz de poner a cualquiera en su sitio sin que te atrevas a cantearte —exclamó Mario, sonriendo.

Hugo ni se atrevía a decir que sí o que no. La verdad era que la personalidad de Lola era apabullante, no entendía cómo ese hombre, Mario, podía estar tan tranquilo. Seguro, pensó Hugo, que más de una vez se la había liado, y por muy mozo de Escuadra que fuera, no imponía nada al lado de su mujer.

—No le hagas mucho caso —dijo esta vez Ana—, ya sabes lo que dice el refrán: «Perro ladrador, poco mordedor», y con mi hermana va que ni pintado. Lo que pasa es que tiene una forma de hablar que hace que te creas cada palabra de las que suelta por esa boquita. Es una broncas, o la macarra de la familia. Y ya te has quitado a la parte más dura de los Egea, bueno, quizá Lucía se ponga un poco pelma, pero nada que ver con Lola.

Los cuatro rieron, aunque Hugo un poco nervioso. No las tenía todas con él y es que, solo por la forma en que lo estaba mirando, ya lo intimidaba. Eran tan diferentes las hermanas, Ana, tan dulce, serena, delicada y calmada, sin hablar de sus diferentes rasgos. Y Lola en cambio, era temperamental, nerviosa, inquieta y sin pelos en la lengua. Estaba por compadecer a su marido, Mario, pero en cuanto vio cómo se miraban y como la cogía por la cintura para acompañarla a la cama, comprendió que esa mujer era el centro de su vida, que su existencia giraba alrededor de Lola y que, sin ella, estaba perdido. Eso mismo le pasaba a él con Ana.

En cuestión de poco tiempo, la habitación se fue llenando. Los padres de Ana llegaron los primeros, habían estado por la mañana, en cuanto los avisaron, y ahora volvían para ver cómo se encontraban. Después llegaron Blanca y Pablo y, por último, Lucía y Manuel.

En un principio, todos miraban a Hugo de forma distante, pero solo fue la primera impresión, pasados unos minutos, cada miembro de la familia intentó hacerlo sentir como si ya fuera una parte de ellos.

Y al final acabaron como siempre que se encontraban a comer los fines de semana. Las cuatro hermanas haciéndose confianzas, alrededor de la cama. Los cuatro hombres hablando animadamente de vete tú a saber qué y los abuelos con la pequeña Inés en brazos, disfrutando de sus primeras muecas.

Al final era tanto el barullo dentro de aquella habitación, que la enfermera fue a poner orden. Todos se despidieron y los recién estrenados papás, volvieron a quedarse solos.

De camino a casa, Ana se volvió hacia Hugo. Estaba muy silencioso y pensativo.

—¿Te has arrepentido de volver conmigo?

—¿Cómo dices? ¿Arrepentido? ¿Por qué motivo? —dijo mirándola sin entender por qué decía eso.

—Has conocido a mi familia y no han sido lo que se dice amables contigo. Estoy segura de que te han asustado.

—No te negaré que Lola y Lucía imponen, pero ¡arrepentido! ¡Jamás, Ana! Eres lo mejor que ha pasado en mi vida, la mujer que he esperado durante años, y nada va a hacer que yo cambie de parecer. Sé que al final me aceptarán. Y tengo que decirte que me gusta tu familia.

—Son o, mejor dicho, somos muy nuestros, tanto que a veces nos pasamos. Y Lola, en especial, parece la matona de la familia. Con todos sus cuñados ha tenido fuertes movidas.

—¿No soy el único?

—¡Qué dices! ¡Para nada! Primero fue con Manuel. Se llevaban genial, pero cuando dejó a Lucía y se marchó a Atlanta durante dos años, se acabó el buen rollito. Le costó mucho volver a ganarse su cariño. Claro que ahora todo ha vuelto a ser como antes y hay mucha complicidad entre ellos. Después le tocó el turno a Pablo. Le montó un pollo en el restaurante a él y sus dos socios, Aser y Fabio, que los dejó sin palabras. Fue cuando Pablo culpó a Blanca de robarle una receta, ¡chorradas de hombres!

»Su marido no se libró, él tuvo la bronca más gorda que nadie. Si no llega a ser porque le pegaron un tiro, no sé si le habría convencido. Lo tuyo ha sido muy *light*, creo que has tenido suerte y la has cogido en su momento más dulce, y estaba muy tierna.

—¡Eso me ha dicho ella! Así que, si la conozco estando en plena forma, me destroza. He tenido suerte.

—Nunca ha destrozado a nadie —dijo Ana riéndose por la ocurrencia—, pero sí que te habría puesto en tu sitio con más contundencia y, sobre todo, habría sido mucho más grosera de lo que ha sido contigo.

Hugo siguió conduciendo y en poco tiempo estaba abriendo la enorme puerta de su casa. Llegó con el coche hasta la vivienda y lo metió en el garaje. Entraron en el salón, muy diferente al de unos días atrás, y Hugo la sujetó por la cintura oprimiéndola contra su cuerpo, mientras buscaba su boca con enorme deseo.

—¿Y tú no vas a echarme la bronca?

—¡Claro! Si te hace ilusión te puedo echar una buena bronca, pero podemos hacer otra cosa. ¿Y si pasamos directamente a la reconciliación?

—Esa idea me gusta muchísimo más.

Y allí mismo, en aquel salón, ahora lleno de vida y de color, sin más, empezaron por el final.

FIN

SOBRE LA AUTORA

Mariló Lafuente, autora nacida en Jaca (Huesca) en el año 1960, aunque con solo tres años su familia se trasladó a Zaragoza donde vivió hasta la edad de los veinte años. Es la mayor de cuatro hermanos, a los que está muy unida. Se casó muy joven y desde entonces vive en Gavá (Barcelona) ciudad en la que se siente muy integrada. Durante doce años se dedicó a su familia, su marido y sus dos hijos. A partir del año 1997 se dedicó a la estética y al trato con sus clientas, así como las charlas y confidencias en la intimidad de la cabina, han sido su gran fuente de inspiración y el principio de muchas historias.

Su tiempo libre lo dedica a la lectura, sobre todo a la novela romántica, además de ser una modesta pintora y gran aficionada a cualquier tipo de manualidades sin olvidarse de la música, otra de sus grandes pasiones. El reto de pertenecer al seno de una familia creativa, de escritores y artistas, fue lo que la decidió a escribir sus propias historias. Actualmente tiene varias novelas publicadas entre ellas: *¿Y si el amor existe de verdad?*, *Nada nos volverá a separar* y *Un error no me alejará de ti*, las dos primeras partes de la *Serie Amor y leyes* y, por fin, cierra la *Serie Hermanas Egea* con los títulos: *Lucía*, *Blanca*, *Lola* y *Ana*.